
Una
Boda Gitana
Francisco Angulo de Lafuente
Charles Company
y un
Funeral Escocés



Una boda gitana y un funeral escocés

Francisco Angulo de Lafuente

This is a work of fiction. Similarities to real people, places, or events are entirely coincidental.

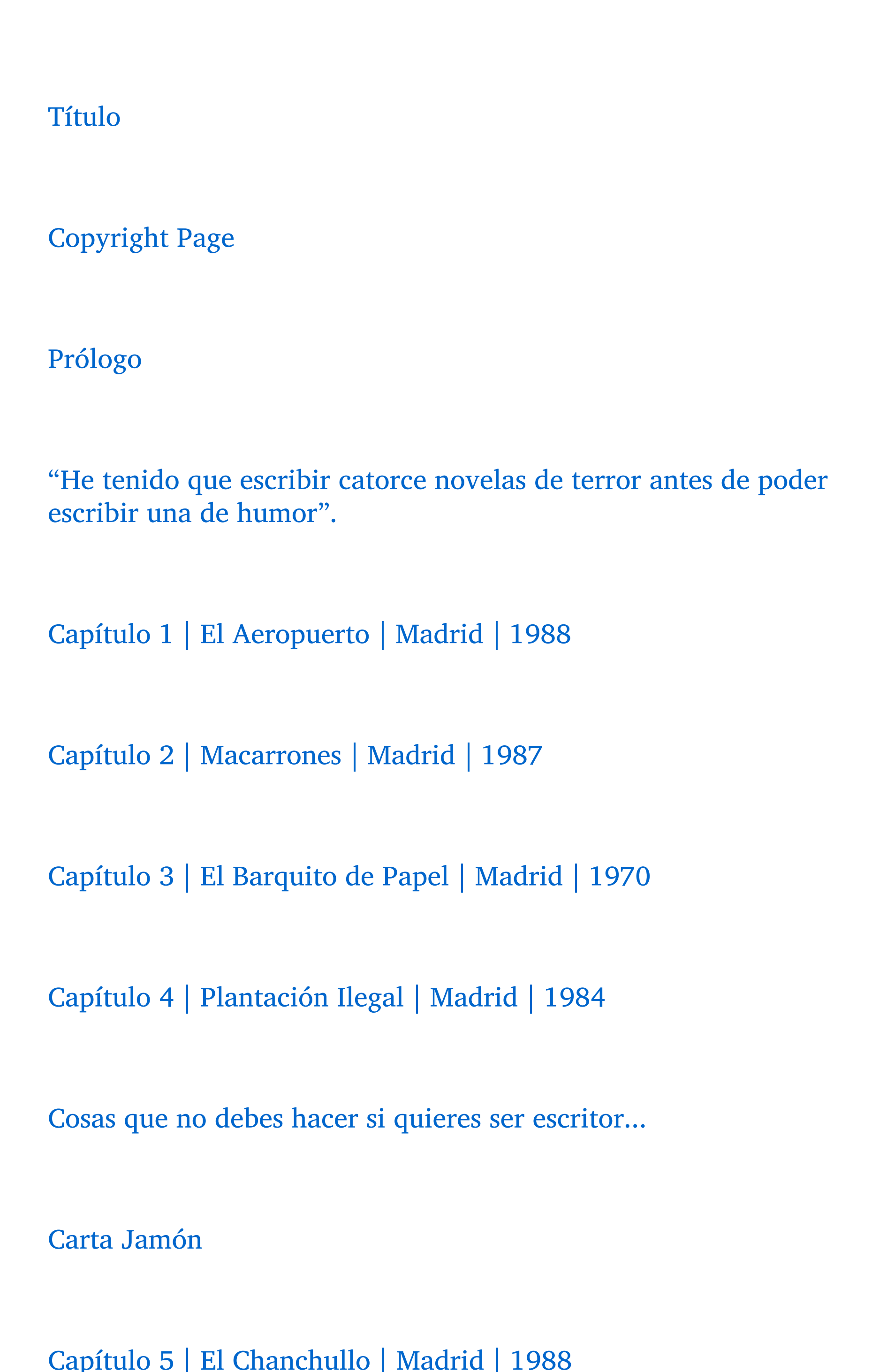
UNA BODA GITANA Y UN FUNERAL ESCOCÉS

First edition. October 4, 2023.

ISBN: 979-8223981657

Written by Francisco Angulo de Lafuente.

Tabla de Contenido





Prólogo



La nueva novela de Francisco Angulo, "Una boda gitana y un funeral escocés", es una obra maestra del realismo mágico que cautivará tanto al lector casual como al estudioso de literatura. Angulo demuestra ser un digno condiscípulo de escritores como Gabriel García Márquez y Julio Cortázar en su habilidad para mezclar lo cotidiano con lo fantástico de una manera que parece absolutamente natural.

La trama sigue las desventuras de Agustín, un aspirante a escritor que vive en la pobreza en un barrio de Madrid, y su peculiar amigo Luisito, quien siempre está tramando algún plan descabellado para hacerse rico rápidamente. Cuando Luisito involucra a Agustín en un matrimonio falso con una inmigrante somalí llamada Marilyn, se desata una hilarante cadena de eventos absurdos y situaciones alucinantes.

Lo que distingue a Angulo como un verdadero maestro de la narrativa es la destreza con la que entrelaza múltiples elementos cómicos y dramáticos sin perder el hilo conductor. Cada escena, por disparatada que sea, surge de forma orgánica de la anterior. Por ejemplo, cuando el trío se ve obligado a escapar de la policía en el aeropuerto, acaban metiéndose por error en una boda gitana y luego en un velatorio escocés.

Angulo exhibe un dominio del lenguaje que le permite cambiar de registro con facilidad, desde la prosa poética al habla coloquial madrileña. También hay un virtuosismo en la caracterización de los personajes, que son al mismo tiempo arquetipos y criaturas únicas e idiosincrásicas.

Uno de los mayores logros de la novela es la humanización de personajes marginales como Luisito, un pícaro del bajo mundo madrileño con un corazón de oro. La amistad entre este y el introspectivo Agustín parece tener ecos quijotescos. También es un acierto que Angulo evite los estereotipos al retratar a los gitanos, dibujando retratos afables pero verosímiles.

Las situaciones delirantes que viven los protagonistas podrían derivar en un humor absurdo vacío, pero aquí siempre revelan verdades más profundas sobre la condición humana. Cuando Agustín sufre ataques de pánico y piensa que se está muriendo, no podemos evitar identificarnos con sus miedos irracionales. Incluso los sicarios que persiguen a Marilyn tienen sus motivos ocultos.

En definitiva, con "Una boda gitana y un funeral escocés" Angulo se codea con los maestros del realismo mágico sin parecer un imitador. Su prosa ágil y lírica, su imaginación desbordante y su mirada compasiva hacen de esta novela una celebración de las maravillas y miserias de la vida.

Recomiendo encarecidamente adentrarse en el universo de Angulo. Aunque los elementos fantásticos parezcan improbables, sus personajes respiran con una autenticidad conmovedora. Después de leer esta novela, el mundo real se verá de forma distinta, más misterioso, más poético. En sus páginas se encierra la esencia de lo que nos hace humanos.



“He tenido que escribir catorce novelas de terror antes de poder escribir una de humor”.



Así comenzaba el prólogo de la novela. Nada en la vida de Agustín había sido sencillo. Había trabajado desde los quince años y sabía muy bien lo que era ganarse cada peseta con el sudor de su frente. Al contrario de lo que pueda pensar la mayoría de la gente, en los países del llamado primer mundo también se pasa hambre, tal vez no se llegue a morir, pues siempre se puede sobrevivir con pan duro o como llevaba Agustín los dos últimos años a base de macarrones lavados con un poco de tomate frito por encima, nada de lujos, ni salchichas, ni tomate Orlando. Puede que aquí la gente no muera de hambre, pero se muere de depresión y de asco...

Rodeado de pobres diablos, alcohólicos, drogadictos, traficantes y aún así los consideraba su gente, pues había visto como aquellos desgraciados, eran capaces de robarte la cartera para después gastarse el dinero en comprar comida para los hijos del vecino. Cuando a la familia del primero le cortaron la luz en pleno invierno, Luisito, el camello del cuarto, que subsistía con pan mojado en aceite, vino a granel del barato y cajetillas de tabaco africano. “La venta de marihuana no le daba para más”. Lanzó una manguera por su ventana, del cuarto al primero, compartiendo su electricidad.

Muchas veces recordó lo que le dijo un sargento nada más ingresar en el ejército para realizar el servicio militar obligatorio:

- No os preocupéis por las novatadas, aquí las putadas las hacemos nosotros.

Cuando los golpes vienen del interior, cuando el enemigo es tu propio gobierno, las minorías, los marginados y oprimidos, se unen como hermanos. El infierno es más acogedor cuando los diablos te aceptan en la familia.

Un brindis al sol con vino barato: El propósito de año nuevo del toxicómano, alcohólico, camello, ratero y el de la prostituta de comenzar una nueva vida. Pero nadie escapa al infierno, tal vez Dante Alighieri en La Divina Comedia, y era eso, una ficción, una novela, una comedia.



Capítulo 1

El Aeropuerto

Madrid

1988



Me dirigía al aeropuerto de Barajas en Madrid, para recoger a mi mujer que venía de un largo viaje en un vuelo internacional. Estaba nervioso, pues nunca la había visto y aunque sobre el papel todo parecía sencillo, a la hora de la verdad comenzaba a parecer más complicado de lo que había imaginado.

Luisito se ofreció a acercarme en su vieja furgoneta de segunda o tercera mano. Más que hacerlo por echarme una mano, lo que quería era comprobar que todo salía bien, pues él se llevaba una comisión por los trámites matrimoniales. Supongo que temía que me pudiese escapar en cualquier momento.

El pequeño despertador Titan Twin Bell, repiqueó sus campanas doradas de latón, temprano, a eso de las seis. Me levanté pronto para iniciar mis rituales, seguir metódicamente cada uno de los pasos para no dejar que los nervios se apoderasen de mi cuerpo. Desayuné una

tila con una tostada de pan desnuda, nada de cafeína ni lácteos, no quería andar con dolores de estómago y terminar liándola como solía ser habitual. Necesitaba tiempo para despertarme, es curioso, aunque me desvelo con facilidad, hasta que no pasa al menos una hora, mi sistema vegetativo sigue dormido. Mi mente funciona correctamente, pero mi cuerpo no, como se suele decir, no siento ni calor ni frío. Como llevaba casi desde niño sufriendo este tipo de ataques, me había diseñado una metodología, una manera de actuar, para ir forzando al organismo a activarse.

Luisito ya se encontraba abajo desayunando, en el New York Café, siempre me pareció un nombre demasiado rimbombante para un bar cutre en un barrio de mala muerte.

- ¿Qué pasa tron? ¿Quiéres un cafelito? Venga, yo invito, que hoy te casas... - Se reía el solo. A mí me produjo retortijones de tripa.

Comenzábamos bien, acababa de salir de casa, después de dos horas preparándome y lo único que tenía en la cabeza era la sensación de que no iba a salir bien. Con suerte tal vez unas horas declarando en comisaría y después para casa con una multa bajo el brazo. Ya me estaba viendo delante del juez pensando que alegar en mi defensa. ¿Se consideraría tráfico de personas? ¿Estafa al estado? ¿Tal vez algo relacionado con la explotación de mujeres? No creo que a las asociaciones feministas les hiciese mucha gracia.

- Vamos joer, alegra esa cara, venga tómate un carajillo. – No sé si lo hacía para animar o simplemente para reírse viéndome la cara de sufrimiento.

- Venga vámonos, que se hace tarde.

- Buenooo... como estamos hoy... - Terminó de un trago su café con leche en vaso de caña y nos marchamos.

Al montar en la furgoneta recordé los viejos tiempos, cuando trabajábamos de fontaneros para los seguros, aunque en realidad hacíamos de todo: Fontanería, electricidad, albañilería, pintura... la mayoría de las veces con resultados decentes, casi profesionales.

En cuanto nos pusimos en marcha regresaron nuevamente los retortijones. Pensé que tal vez debería bajarme e ir al baño del bar, pero antes de decidirme a hacerlo ya nos encontrábamos de camino al aeropuerto.

- Que mala cara tienes macho. A ver si me vas a potar en la furgo.

Lejos de ayudar, cuando alguien comienza a preguntarme qué tal me encuentro o me dice que pálido estoy, lo que hace es producir una reacción en cadena descontrolada que nunca sé como va a terminar.

Sólo había dos cosas que le preocupaban a Luisito, que le manchase la furgoneta y que no cumpliese mi parte del trato. Con toda probabilidad, ya se había gastado el dinero por adelantado en alguno de sus disparatados negocios. Una vez montó un puesto ambulante de perritos calientes, la vez que estuvimos vendiendo Barbies Malibú, los trabajos como chapuzas a domicilio, el cultivo y venta de cannabis... Lo mismo te montaba un puesto de castañas asadas que una guardería. Era como se dice hoy en día un emprendedor y antes como ahora, lo único que conseguía era perder el tiempo, el dinero y la paciencia. Pero igual que yo no me desanimaba con mi idea de ser escritor algún día, él antes de salir de una ya estaba metiéndose en otra con ilusión, con mucha ilusión.

- ¡Ésta es la buena, ahora si que sí, de ésta me forro! – Cuántas veces le había oído decir eso, ojiplático, sin parar de hablar de su nuevo proyecto, con una cara de alucinado que daba miedo.

No sé cómo, pero conseguí llegar al aeropuerto sin vomitar. Ahora únicamente me tenía que preocupar de tener bien controlado el lugar donde se encontraban los aseos. A menudo, al entrar a unos grandes almacenes o una estación, me fijaba en todos los carteles informativos, memorizando la ruta más rápida a los lavabos más cercanos.

En 1988 el aeropuerto no estaba tan masificado, aún no se habían inventado las compañías de bajo coste e implantado una agencia de viajes en cada esquina. El parking del aeropuerto estaba despejado, algunos coches a uno y otro lado, bajo los tejadillos de chapa corrugada, pero poco más. Aparcamos lo más alejado posible a la zona de entrada, ya que era mejor que nos viesen bajando de la furgoneta. Yo me había puesto los pantalones de raso negros y la camisa blanca que utilicé en la boda de mi prima Amparo. Pensé que ya que iba a recoger a mi mujer, que menos que hacerlo bien vestido y arreglado. Luisito llevaba las mismas pintas de siempre, una mezcla chunga entre roquero y heavy, botas tejanas, vaqueros azules desgastados, camisa negra y en el cuello una cadena gruesa de oro con un Cristo. Herencia familiar, lo único que le dejó su padre después de reventar a base de ginebra Larios, cajetillas de Celtas cortos y vinilos de Camarón de la Isla.

En la calle que pasaba por delante de la puerta de entrada una fila de taxis se perdía en la distancia, la mayoría de los conductores formaban corros charlando de forma distendida, aunque a cada rato se montaba una gresca porque alguno se había saltado la cola o había cogido a los clientes con los que otro apalabró antes.

Ahora el sonido de las turbinas a reacción de los aviones que aterrizaban y despegaban, podían oírse y sentirse.

Cuando trabajábamos juntos haciendo chapuzas, parábamos muchas veces en el aeródromo de Cuatro Vientos, para ver como despegaban y aterrizaban los aviones. A Luisito le encantaba todo lo relacionado con la aviación, aunque para ser piloto hacía falta tener mucho dinero, así que nunca pasó de ser un sueño inalcanzable. La vida sería muy diferente si hubiésemos nacido en otro barrio o en otra familia; Pero no se puede elegir donde se nace, ni tampoco se puede escapar del infierno. Estoy seguro que en otra vida Luisito sería piloto y tal vez yo escritor, quién sabe.

Al entrar por la puerta principal, choqué de frente con un grupo de chinos, japoneses o de algún país asiático. Me sorprendía la cantidad de gente que pululaba por el mundo de aquí para allá. A mi se me hacía un mundo coger el transporte público para ir al centro de Madrid, como para meterme catorce horas para viajar a Japón y descubrir allí lo pequeño que es mi mundo. Supongo que eso de viajar y ver mundo, no era para nosotros, pues nos conformábamos con cosas más sencillas: Una cerveza Mahou y un buen picho de tortilla en el New York, por supuesto me refiero al bar de enfrente de mi casa.

Tenía el contrato matrimonial grabado a fuego en la cabeza. Se acercaba la hora de la verdad, nos dirigíamos hacia el mostrador de aduanas para preguntar por Marilyn, pero antes de que nos pudiesen atender, tenían montado una trifulca con un negro enorme, que parecía muy enfadado. Aunque el hombre hablaba castellano, estaba tan nervioso que no se le entendía una palabra. Un policía intentaba sujetarlo de cada brazo, parecían niños pequeños agarrados a sus enormes brazos. Con facilidad debía medir dos metros y pesar más de ciento veinte kilos, todo músculo, un auténtico animal. Nosotros no estábamos en disposición de meternos en líos, pero la curiosidad nos obligó a acercarnos para ver que estaba sucediendo. Tras un rato forcejeando, parece que el hombre comenzó a calmarse. La señorita de aduanas, le explicó que había algo mal en su documentación, pero que debían esperar para confirmarlo.

Miré el reloj que había en la pared, detrás del mostrador y vi que eran las nueve de la mañana. Puede que fuese la primera vez que Luisito no llegaba tarde. Llevaba la carpeta con la documentación bajo el brazo, como si fuese mi abogado. Una vez que el hombre se quedó sentado en el centro de una fila de butacas de madera, la señorita regresó al mostrador y le entregamos los papeles.



EL VUELO DESDE SOMALIA había sido largo, se mantuvo alerta, sabiendo que le estaban siguiendo. Ni siquiera se creía el haber llegado tan lejos. En la aduana, cuando entregó el pasaporte antes de embarcar, el policía le hizo un montón de preguntas y pensó que no pasaría de allí. Ya en la aeronave se dio cuenta de que dos extraños hombres le observaban. Los había visto en alguna otra ocasión, llevaban meses siguiéndole, pero fuesen quienes fuesen, seguro que no trabajaban para el gobierno. Parecían no dase cuenta de que eran blancos, de raza árabe tal vez, pero desde luego destacaban a kilómetros entre los somalíes. Cubrirse la cara haciendo que leían un periódico, tampoco les servía de nada. Además siempre iban los dos juntos como hermanos siameses. Entonces pensó que tal vez

trabajaban para alguna petrolera, desde que se publicaron sus estudios sobre biocombustibles y en especial lo referente con los catalizadores, no había parado de recibir amenazas.

- Señor: ¿Qué va a tomar? – La azafata era alta y delgada, una esbelta y guapa chica somalí de las más tostaditas.

- Una botella de agua por favor.

- Aquí tiene caballero y junto con la botella le entregó una servilleta en la que previamente escribió nombre y teléfono. – Pese a la situación de estrés, esbozó una bonita sonrisa que hizo ruborizar a la azafata.

Además de ser un hombre educado, de refinados modales y con una inteligencia fuera de lo normal, era joven y guapo. Siempre había tenido mano con las mujeres, aunque aquel no era el momento ni el lugar. Una sonrisa cortés le pareció lo más adecuado, notó los nervios de la joven nada más acercarse, pero pensó que sus motivos serían otros. El vuelo desde Mogadiscio a Madrid con African Express Airways, tenía una duración de ocho horas y dieciocho minutos, era un recorrido de más de 6.500 kilómetros. Por su seguridad decidió no dormir ni ir al baño en todo ese tiempo.

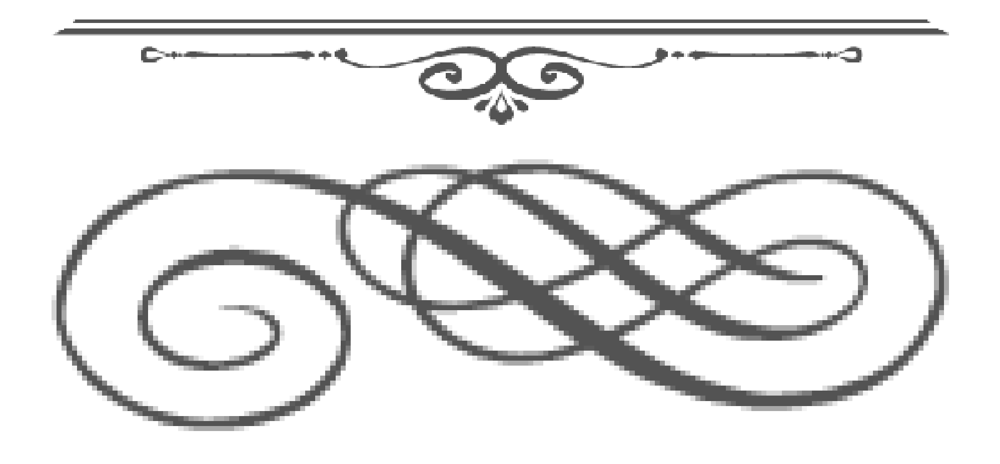


Capítulo 2

Macarrones

Madrid

1987



MI SUEÑO DE SER ESCRITOR un día, era ya más que improbable. Más de veinte años intentándolo, el último a macarrones: “Situación de supervivencia, la carne y el pescado eran artículos de lujo”.

Una pequeña habitación del tamaño de una celda, la ropa amontonada sobre las sillas, la cama sin hacer y sobre el pequeño escritorio metálico, papeles con apuntes amontonados hasta quedar en

equilibrio.

Al lado tenía un esquema de trabajo con los horarios marcados en diferentes colores, administrando el tiempo de descanso, pegado en el exterior de la puerta del armario.

Pocas cosas tenía claras en la vida, nacer pobre y morir del mismo modo, es norma general; así que teniendo el futuro medio claro, estando destinado a ser pobre, decidí mandar en mi pobreza. No necesitaba jefes explotadores, ni de socios estafadores, iba a hacer lo que siempre he querido, le jodiese a quien le jodiese.

La vida entre dos aguas de Paco de Lucía literalmente, entre el viejo y el nuevo mundo, solo en mitad del océano. Así me sentía, no encajaba en ninguna parte en la obra me llamaban el escritor y en la asociación de escritores el albañil.

Nunca me dejé derrotar por la desesperanza, estaba seguro que con esfuerzo y trabajo lo conseguiría, aunque mi cuerpo no pensaba igual que yo. La factura de nadar a contracorriente comenzó a hacer aparición. Recuerdo los primeros síntomas, náuseas por las mañanas, bajadas de tensión, gastroenteritis, úlcera, me atiborraron a medicamentos, pero no mejoraba, hasta que me derivaron a psiquiatría. Siempre pensé que lo que no te mata te hace más fuerte, pero descubrí que no es cierto, lo que no te mata te deja minusválido. No es exageración, cualquier cojo llegará a la meta antes que yo. Tenía que llevar siempre varios tipos de tranquilizantes en mi bolso, unos de alta intensidad y otros de acción rápida, en cualquier momento me podía dar un ataque de pánico y mi cuerpo dejaba de funcionar. Realmente patético: ¿Alguna farmacéutica me puede explicar como sacar una pastilla del blíster y tragarla en pleno ataque de pánico? Las extremidades no responden, las manos se mueven sin control, el estómago intenta salir por la boca y la lengua se queda seca como un cartón.

Con gran esfuerzo conseguí sacar la cápsula del embalaje, luego la abrí para echarme el contenido directamente en la boca, pues no podía tragar y de hacerlo el estómago no lo digeriría. Cuando por fin la mano me hizo caso conseguí dirigirla hacia la boca, pero a escasos centímetros un fuerte espasmo me tiró todo el polvo blanco por la cara. Estaba apunto de caer inconsciente al suelo, cuando el revisor me puso la mano sobre el hombro y dijo:

Está prohibido consumir estupefacientes en el transporte público... - Y de un empujón me echó del tren.

Tenía las piernas y los brazos dormidos, me propuse llegar al baño y echarme agua fría por la cabeza. En ese momento llegó la diarrea, las piernas recobraron la circulación y caminé lo más rápido posible. Ya veía la puerta metálica con el símbolo de un hombre sobre ella. Al intentar entrar comprobé que estaba cerrada. Por lo visto hoy en día los trenes no necesitan baño, total son de cercanías, aunque en algunos trayectos de una punta a otra de la comunidad de Madrid puedes tardar más que un viaje a Londres, París o Berlín. Los baños de las estaciones están cerrados con llave y la llave está en la taquilla, pero el taquillero no está. Recorte de plantilla. Así se cumple con todas las normativas: La estación tiene baño y estos están nuevos y relucientes, cualquier inspección puede comprobarlo, pero los usuarios que no sean robot se lo hacen encima.

En otra ocasión, el director de una pequeña editorial de Madrid, me pidió que me pasase por su oficina para hablar sobre uno de mis borradores. Lo peor de los problemas psicológicos es que nunca sabes cuando te está ocurriendo algo de verdad: ¿Cómo diferenciar una bajada de tensión por el calor de un ataque de pánico? ¿Cómo identificar un dolor de apendicitis, una intoxicación o un cólico al riñón? Los síntomas y los dolores son los mismos. Mi cerebro puede simular cualquier síntoma, de hecho el médico me ha diagnosticado sarampión en cuatro ocasiones y varicela en al menos tres. Una vez me dijo el psiquiatra, que era normal que el sistema vegetativo dejase de funcionar. El cuerpo deja de regularse, todos los sistemas automáticos fallan. Si hace calor no sudo, si hace frío no tirito, con los nervios me olvido de respirar, el corazón late como le viene en gana y tampoco sé cuando tengo que ir al baño.

- Lo que le pasa es que tiene miedo a la muerte. – Dijo el médico sin levantar la vista de sus apuntes.

- A mí no me da miedo morir, lo que me da es vergüenza llegar a una entrevista de trabajo con la camiseta vomitada y los pantalones meados. Por qué iba a tener miedo a morir, usted me ha dicho que es todo psicológico…

- Si

- ¿Entonces?

- Bueno. – Levantó la vista, me miró a través de los cristales amarillentos de sus gafas y pegó una fuerte calada al cigarrillo que estaba fumando.

- ¿No, dijo eso?

- A ver, el cerebro puede hacer que el corazón funcione mal, al final puede fallecer de un golpe de calor o de un ataque al corazón...

Entonces es cuando pensé: Seguimos en la edad media, la medicina no tiene ni idea de cómo funciona el cerebro. Rómpete un brazo o una pierna, pero que no te toquen la cabeza.



Capítulo 3

El Barquito de Papel

Madrid

1970



Llevaba años enviando los borradores de las novelas a editoriales y concursos literarios, siempre con escasas respuestas, la mayoría ni se molestaban en enviar ningún tipo de contestación. Las pocas que me llegaban eran bastante traumáticas, en una el editor se tomó la molestia de dedicarme algunas líneas fuera de la plantilla preestablecida: “Su obra es funesta, triste y deprimente, dedíquese a otra cosa”. Esas palabras dolían especialmente cuando la situación económica era más comprometida de lo habitual. Me hacía tener menos confianza en mí y claro, luego a la mínima llegaban las náuseas y los mareos. Pero pese a todo nada me haría desistir. Seguí trabajando y pronto me llegó la carta de un director que me citaba para una entrevista en su oficina. Cuando leí el correo, las piernas me temblaron, me entró algo de flojera. Cada vez que tenía que ir a hablar con un editor, tenía la sensación de llevar tatuado en la frente las palabras gueto y analfabeto. Como decía antes, las inseguridades... Aunque he escrito más de quince novelas, siempre me consideraré

analfabeto. Tal vez en otras escuelas públicas o en los colegios de pago se trabaja la autoestima de los alumnos, pero nuestros profesores, supongo que por venganza, por tener que trabajar en uno de los peores barrios de Madrid, siendo ellos de familia bien, se ensañaban con los niños. Para empezar en preescolar cuando cantábamos la canción del barquito de papel. La letra original dice:

…y aquel pequeño barquito de papel

…y aquel barquito

…y aquel barquito navegó…

A nosotros nos la enseñaron de la siguiente manera:

…y aquel pequeño barquito de papel

…y aquel barquito

…y aquel barquito naufragó…

Para cuando llegamos a sexto curso ya habíamos comprendido que había dos sociedades diferentes y que los profesores no eran de los nuestros, aunque algunos se esforzasen por poner caras amables, en el bolsillo ocultaban el puño apretado. Aun así en ese curso nos pidieron una redacción explicando lo que deseábamos ser de mayores. Yo escribí que quería ser escritor, novelista en concreto. Recuerdo como la profesora Dolores leyó en alto mi trabajo, haciendo hincapié en todas mis faltas de ortografía, me sentí muy avergonzado ante toda la clase, después al terminar de leer se rió profundamente.

- ¿Tú escritor? – Me señaló con las hojas de los trabajos en su mano derecha. Luego soltó una carcajada corta, seca e irónica. – Tú Agustín lo que vas a ser es un puto albañil como el subnormal de tu padre.

La mayoría de niños se reían a la par con la profesora, mientras que yo intentaba secarme las lágrimas con las manos, para no parecer aún más patético.

Esa noche había dormido especialmente mal, no había parado de dar vueltas en la cama, pensando en la entrevista con el editor. Desayuné algo ligero, pensé que una infusión relajante podía ser lo ideal. Salí sin

nada más en la tripa que una taza de agua caliente. Esta vez cogí el autobús, aunque era muy lento, no tenía dinero para el tren. Colarse en el cercanías podía ser más sencillo, pero luego el revisor te solía echar en la siguiente estación, así que de parada en parada, se tardaba mucho. La opción del autobús solía ser más fiable, sólo había que coger un bonobús gastado y sustituir la banda que picaba la maquina por un trozo de cartulina, pegada por detrás con cola y un pedazo de folio. Al meterlo en la maquina, al ser algo más grueso, no encajó bien y el conductor me miró con mala cara, entonces lo saqué intentando dar apariencia de normalidad y lo volví a introducir, esta vez sonó la campana y entré sin problema. Noté el primer pinchazo en la vejiga, una especie de calambre corto y recordé la taza de tila. Iba con la hora justa, no podía bajarme a orinar, además, a lo mejor al subir a otro autobús no tenía tanta suerte, no sabía si la cartulina aguantaría muchos pases más.

Siempre que me pongo nervioso olvido cuando tengo que ir al baño, voy acumulando líquido hasta prácticamente reventar. Lo peor es que al tener la tripa hinchada la vejiga oprime tanto los intestinos como el estómago, así que debido a la presión todo quiere salir de mi interior. Afortunadamente para mí esta vez conseguí llegar al destino, con fuertes calambres pero sin ir a mayores. Pensé en entrar al baño de un bar, aunque la última vez me hicieron tomar una coca-cola antes de poder usar el baño y hoy no tenía un duro en el bolsillo. Hay normas que nadie sigue, por ejemplo la de prohibido orinar en la calle, con mi mala suerte, estoy seguro de al hacerlo encontrarme con la policía. Caminé unos metros más y me encontré con el local de la editorial.

- Perdone: ¿Tienen baños? – No sé que pensaría al verme la cara con mueca de dolor, discretamente la recepcionista me indicó donde se encontraban.

Al relajar el esfínter se me saltaron las lágrimas. Otra cosa que me suele pasar cuando estoy estresado, es que no sé cuando he terminado. Después de cinco minutos, me abroché y salí a la recepción entonces noté como la orina caliente me chorreaba por la pierna, empapando los pantalones.

- Señor Agustín Hidalgo, pase a la oficina por favor. – Dijo el editor

asomándose a la puerta.

El pantalón de pana marrón oscuro, apenas daba muestra de estar empapado. Entré intentando caminar con normalidad. Me senté en la butaca de piel negra, mientras que al otro lado del escritorio el editor hojeaba mi manuscrito. Es en ese momento cuando más dudas me asaltan, las malditas inseguridades grabadas a fuego desde la guardería, aquel maldito barquito de papel que naufragaba una y otra vez irremediablemente. La vista se me pierde en el infinito, veo borroso, no soy capaz de enfocar a lo que tengo enfrente y comienzo a pensar que se ha dado cuenta de que no pertenezco a su mundo, que vengo del gueto, que no tengo carrera universitaria y lo que es peor, que he nacido analfabeto.

Yo no era uno de esos niños prodigio que leen El Quijote con cuatro años, que tocan el violín o el piano, yo a esa edad lo que hacía era pasarme las horas muertas jugando en la calle, a menudo entre los escombros de casitas y chabolas derribadas por el ayuntamiento. Lo que más nos gustaba era ir a la vieja fundición, donde varias plantas del edificio en ruinas estaban repletas de peligros: Agujeros por los que caer de las plantas superiores al sótano, ganchos, cadenas, vigas y raíles oxidados y afilados. Por si eso no fuese suficiente, diferentes grupos de niños se disputaban la propiedad a palazos y pedradas.

El editor me miró por encima de las gafas, se hizo un silencio incómodo, recordé que me había meado encima.

- Tienes los mismos gustos que yo, me encantan las novelas de ciencia-ficción. – Una ligera sonrisa. – Una imaginación prodigiosa.

Era la primera vez que alguien alababa mi trabajo y aunque suelo desconfiar, normalmente tiendo a pensar que a lo mejor esta vez es diferente.

- Me ha encantado la novela, además ese giro que le has dado al final, me parece de lo más original. ¿Te gustaría publicarlo?

No supe muy bien que contestar a esa pregunta. ¿Cómo no iba a querer publicarlo? ¿Para qué me había acercado hasta allí? ¿Para mearme encima y volver a casa con los pantalones mojados?

- Claro, me gustaría mucho... - No me lo podía creer estaba entusiasmado.

- Todos nuestros escritores ganan dinero... El tono había cambiado, ahora ya no era alegre y dicharachero, se tornó serio, rancio, algo turbio. Repitió: - Todos nuestros escritores ganan dinero, pero antes hay que hacer una pequeña inversión... ¿Me comprendes?

- Pero en el anuncio... La secretaria me dijo... lo dejó claro... - Antes de terminar cada una de mis alegaciones, él respondía con un cortante: por supuesto. Interrumpiéndome.

Desde aquel momento, fue un monólogo, no me dejó decir esta boca es mía. Durante los siguientes treinta minutos me habló de la producción, de las ventas, de la recuperación de la inversión en las presentaciones. Lejos de salir defraudado, hice todo el camino de regreso a casa con una estúpida sonrisa en la cara. Horas más tarde comencé a reflexionar: De dónde iba a sacar el dinero, a quién le iba a vender los libros, aún si fuesen cintas de casete, pero libros, lo único que leían mis conocidos eran las cartas certificadas con el requerimiento de los juzgados.



Capítulo 4

Plantación Ilegal

Madrid

1984



Agustín se encontraba esperando en el descansillo de la escalera, frente a la puerta de la casa de Luisito, había llamado varias veces, le había parecido escuchar su voz decir algo, pero nadie le habría la puerta. Llamó una vez más y ahora sí, escuchó con claridad su voz.

- Dame un momento… - Sonido de pasos y de cosas que caían por el suelo.

El edificio no tenía calefacción, y aun en el interior del portal, los pantalones vaqueros se le quedaban acartonados. Por fin abrió la puerta: Sólo el espacio justo para asomar la cabeza. Detrás de él, todo era oscuridad, no tenía las persianas bajadas y las luces apagadas. Llevaba una pequeña linterna en las manos, envuelta en el plástico

rojo de una bolsa de la compra.

- Vamos, vamos, no te quedes ahí, pasa. – Le agarró cerca del hombro, por un pliegue de la chaqueta, una Lois vaquera con piel de borrego en el interior.

- ¿Por qué tienes las luces apagadas y la linterna metida en una bolsa? – Había un olor fuerte, a tierra húmeda y a madera podrida.

- Es un filtro, pa los rayos infrarrojos. – Lo dijo en tono serio, como si hablase cuestiones muy técnicas, de las que no tenía ganas de estar dando explicaciones.

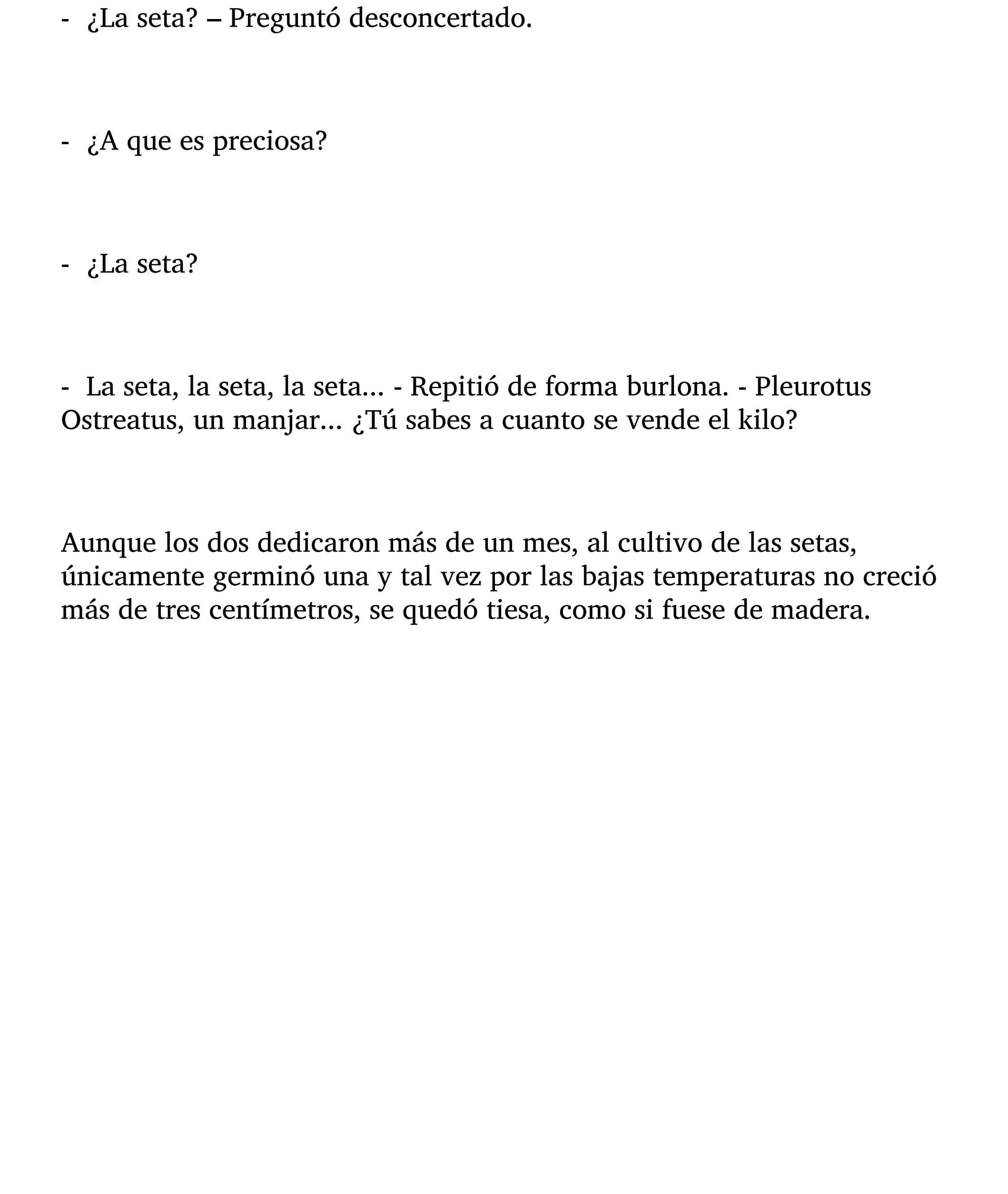
Caminaban por el pasillo tropezando una y otra vez, con multitud de cajas que había por todas partes. La tenue luz rojiza, apenas le dejaba ver de qué se trataba. Había cacharros llenos de tierra por todas partes: Bandejas, cazos, cacerolas, platos, sartenes, cualquier cosa que tuviese forma recipiente. Llegaron al fondo del salón y ahí se detuvieron, Luisito enfocó con su linterna a la bandeja del horno llena de barro.

- ¡Mira, fíjate! ¿Lo ves? Nos vamos a forrar... - Soltó una carcajada corta, estaba eufórico, pero Agustín aún no entendía nada.

- No, no veo nada... - Se acercó más, para fijarse con atención en la chapa recubierta de arena húmeda.

- ¡Mira ahí! ¿Qué te parece? – Otra carcajada.

Posó el foco de la linterna, sobre un minúsculo hongo, una pequeñísima seta que no llegaba a un centímetro.



- ¿La seta? – Preguntó desconcertado.

- ¿A que es preciosa?

- ¿La seta?

- La seta, la seta, la seta... - Repitió de forma burlona. - Pleurotus Ostreatus, un manjar... ¿Tú sabes a cuanto se vende el kilo?

Aunque los dos dedicaron más de un mes, al cultivo de las setas, únicamente germinó una y tal vez por las bajas temperaturas no creció más de tres centímetros, se quedó tiesa, como si fuese de madera.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…sobornar a las editoriales



AHORA MISMO NO RECUERDO bien quién me comentó lo de impresionar a las editoriales…

- ¿Con la inmensa cantidad de manuscritos que reciben a diario piensas que se van a parar a leer el tuyo? Tienes que hacerte notar, ya sabes como funcionan las cosas en España…



REALMENTE EN AQUEL momento estaba desesperado y hubiese hecho caso de lo que me aconsejase cualquier pirado. He enviado manuscritos a las editoriales desde que terminé mi primera novela, cuando contaba con dieciocho o diecinueve años. Recuerdo que el primer borrador estaba mecanografiado, no lo tenía digitalizado y bajé con él a la fotocopistería.

- Hágame 10 copias por favor, a una sola cara y con perforaciones para archivador.

Estaba tan emocionado... Busqué en la guía telefónica, las direcciones de las editoriales más relevantes, preparé un paquete con cada manuscrito y me presenté con ellos en la oficina de correos. El envío me costó un riñón, pero ni siquiera reparé en ello, solo pensaba en la cara de sorpresa que iban a poner los editores cuando leyesen mi novela.

Todos los días bajaba y abría el buzón, si no encontraba indicios de que hubiese pasado ya el cartero esperaba un rato y volvía a bajar. Algunos días pasaba cuatro o cinco veces, pero nunca recibía nada, todo lo que llegaba era publicidad y si encontraba algo de correspondencia estaba destinada a algún familiar y no era de mi incumbencia. Muchas veces salía a la calle a buscar al cartero, el hombre que ya me conocía, nada más verme me decía con un gesto de cabeza que no tenía correspondencia. Pasaron más de tres meses y cuando ya había perdido el hábito de fisgonear en los buzones y martirizar a los carteros con mis persecuciones, apareció un pequeño sobre en el buzón, firmado y estampado por una editorial. Agarré el sobre en las manos y no perdí tiempo de esperar al ascensor, corrí escaleras arriba, sin pensar que vivía en un noveno y a eso del tercero ya estaba echando las tripas. Nada más llegar a mi casa, me metí en

mi cuarto y con las manos temblorosas abrí el sobre con cuidado de no dañar el valioso contenido. Mi cara quedó como un poema y todo mi gozo se vio en un pozo cuando leí aquel comunicado:

Sentimos informarle, que su obra no se adapta a nuestra línea editorial...

Eso era todo, unas cuantas palabras, ni crítica, ni tan siquiera una valoración, únicamente el sabor amargo de la decepción.

Con el tiempo fueron llegando más cartas, todas con las mismas palabras, pero no me desanimaba, yo continuaba escribiendo y enviando más y más manuscritos con infinitos relatos. Pasaron cinco, diez y hasta quince años y las cartas con la repetitiva contestación, llenaban ya más de un cajón. Fue en ese momento cuando fruto de la desesperación se me ocurrió lo de la impresión.

— Tienes que hacerte notar: hay quien envía sus libros encuadernados y quien los manda estampados o incluso perfumados.

Recuerdo, que algo así fue lo que me dijo uno de mis amigos y colega escritor.



ERAN YA VÍSPERAS NAVIDEÑAS, aún siendo estas fechas andábamos tan mal de pasta, que hacía por lo menos tres meses que no comía un bocata de jamón o degustaba un buen chuletón. Aun así, decidí que era más importante invertir mis últimos ahorros en comprar jamón, para enviarlo a las editoriales como carta de presentación.



Carta Jamón



Un buen amigo y colega escritor, me ha comentado que para llegar a un acuerdo en España es habitual regalar un jamón.

He intentado por todos los medios meter el jamón dentro del sobre, pero no había manera, así que definitivamente he optado por enviarlo en lonchas bien envasado. En esta carta adjunto la primera entrega.



PD: Temiendo que el jamón se echase a perder he decidido comérmelo yo.



Capítulo 5

El Chanchullo

Madrid

1988



Al salir del portal se encontró con Luisito, que solía pasar el día en la puerta de la calle, trapicheando. La verdad que echaba más horas que un vigilante jurado y aun jugándose la libertad ganaba una miseria.

- ¡Fiu! – silbó al tiempo que levantaba la mano derecha.

Agustín se acercó para ver que quería.

- Tengo un tema pa ti.

- ¿De verdad?

- No es gran cosa, pero te puedes ganar cinco mil pavos...

- Veinticinco mil pesetas me vienen muy bien.

- Si, lo chungo es que sólo se puede hacer una vez. Tienes que casarte pa arreglar los papeles a un inmigrante.

- ¿Pero tengo que besarla sin conocerla y vivir con ella?

- Que va tronco, es un rollo de papeleo... Un paripé ya me entiendes... Si te enrolla me pasas tus datos y se los envío al abogado.

Llevaba dos meses sin pagar el alquiler de la habitación, con ese dinero podía sobrevivir durante una buena temporada e incluso comprar algo de carne picada para los macarrones. Le pareció muy buena idea, era algo fuera de lo legal, pero que no perjudicaba a nadie. Él recibiría su dinero y la chica su nacionalidad.

Tres días más tarde Luisito llamó a su puerta, con un taco de papeles desordenados bajo el brazo.

- Mira, el pibe este ya me ha dao los papeles.

- Pasa, pasa, no te quedes en la puerta, vamos a mi cuarto y me lo explicas. – pasaron hacia el fondo del piso, sorteando la enorme cantidad de juguetes que había tirados por el suelo de los niños del matrimonio con el que compartía piso.

- Señora Loli, huele de muerte. – Exclamó el camello, al pasar por delante de la puerta de la cocina, con cara de no haber comido en tres días.

- Anda, quédate a comer. Los niños están al llegar del colegio. Vas a probar el mejor cocido de tu vida. – La señora Loli hablaba siempre con un tono muy alto, como si estuviese discutiendo.

- Si sabe igual que huele, estoy seguro...

Entraron en la habitación y Agustín echó el pestillo a la puerta, después le pidió a Lusito que hablase en voz baja, pues las paredes tenían oídos.

- Mira que coña has tenio: La chorba se llama Marilyn, es un bombón somalí.

- Anda que si además es rubia...

- ¡Nos vamos a forrar Tron! – Comenzó a contarme sus planes, tenía en mente un nuevo negocio. - Las barcas de pedales, ahí está el futuro...

Luisito llevaba un par de meses buscando un remolque barato para acoplarlo a su furgoneta. Su plan era ir robando barcas de pedales por las noches, llevarlas desde Torrevieja- Alicante hasta Marbella-Málaga, pintarlas de otro color y montar su propia empresa de alquiler. Hacía poco había pasado un fin de semana en Valencia y el negocio de alquiler de hidropedales le pareció increíble.



Capítulo 6

Las Vías del Tren

Madrid

1972



Otro lugar habitual de juegos eran las vías del ferrocarril, allí pasábamos muchas horas, justo debajo de la carretera, bajo un puente sobre el que pasaban los coches que llegaban desde Leganés y bajo el que pasaban los trenes de la estación de Villaverde Alto a Zarzaquemada. Normalmente nos entreteníamos colocando chapas o pesetas de cobre sobre los raíles, esperábamos a que pasase uno de los trenes y luego las buscábamos por las vías, ya que las ruedas metálicas las lanzaba a varios metros de distancia. Cuando por fin las encontrábamos nos maravillábamos viendo el tamaño y la forma que habían alcanzado por la presión, el efecto de una presa producido por las ruedas sobre los raíles.

Tras un lago rato ya no nos parecía tan divertido y pasábamos de las chapas y monedas a las piedras. Eso era mucho más divertido, el tren producía un enorme estruendo y saltaban fragmentos de granito en todas direcciones; Como si andar cruzando las vías por un tramo

interurbano con locomotoras a toda velocidad no fuese lo suficientemente peligroso. Mi abuela siempre decía que no teníamos una idea buena, siempre estábamos haciendo alguna pillería. La imaginación de los niños no tiene límites y la consciencia del peligro, de lo que esta bien o mal, quedaba fuera de nuestro entendimiento.

- ¿Has visto? Las hizo papilla. – Luisito señalaba a la zona donde habíamos colocado la hilera de piedras, justo cuando el tren terminaba de pasar y aun flotaba en el aire una nube de granito pulverizado.

Primero fue una piedra, luego dos o tres y cuando nos dimos cuenta estábamos haciendo largas hileras sobre los raíles. No se nos ocurrió pensar que al poner tantas piedras por ambos lados el tren podía descarrilar. Esperábamos tumbados en la tierra, bajo el montículo que formaban las vías, a escasos dos o tres metros y los fragmentos de piedra volaban sobre nuestras cabezas y la nube de polvo nos cubría.

- ¿Cuántas piedras podrá machacar? – Se rascaba la cabeza pensativo.

Encontramos un trozo de cemento perteneciente al bordillo de una acera y se nos ocurrió colocarlo en medio, en equilibrio sobre el raíl. Nos costó mucho esfuerzo, lograr colocarlo, lo tuvimos que coger entre los dos, aunque Luisito ya había cumplido los ocho años y tenía uno más que yo, era un canijo enclenque, supongo que parte por la genética y parte por la mala alimentación. Bueno después del esfuerzo sólo restaba esperar tumbados cerca de las vías y ver qué sucedía. ¿Quién ganaría el tren o el bloque de cemento?

Éramos tan inconscientes que ni siquiera pensamos en la posibilidad de que el tren volcase sobre nosotros, tampoco pensamos en los cientos de pasajeros que viajaban en su interior. Nosotros lo veíamos como una máquina de hierro, un enorme monstruo mecánico que destrozaba todo lo que ponía en su paso.

A lo lejos vimos a dos hombres caminando hacia nosotros, se trataba de la policía que había sido avisada por uno de los maquinistas, al percatarse de que nos estábamos poniendo en peligro y lo que es peor,

estábamos poniendo en peligro a todos los pasajeros. Antes de que estuviesen lo suficiente cerca para cogernos salimos corriendo, pero dejamos el bloque de cemento en medio de la vía. Entonces mientras nos alejábamos corriendo, vimos a uno de los hombres apresurarse a quitarlo, pero ya era demasiado tarde, el tren se acercaba a toda velocidad y el maquinista únicamente pudo tocar el silbato de la locomotora eléctrica. El flamante tren de la Serie 440 azul intenso con sus dos franjas amarillas no tuvo tiempo a detenerse y sus ruedas golpearon contra el enorme adoquín de hormigón. El estruendo se escuchó como un trueno, haciéndome agachar la cabeza de forma instintiva por si la metralla nos alcanzaba. Hubo gritos de los policías, pero no pudimos ni siquiera mirar atrás, corrimos lo más rápido posible hacia el poblado. Fue luego en casa, cuando la posibilidad de que el tren hubiese descarrilado provocando un terrible accidente me asaltó. En el estrecho comedor teníamos un televisor Thomson y cuando llegué para la hora de la cena, mi padre estaba escuchando las noticias. Imaginaba que en cualquier momento aparecería la crónica del descarrilamiento y poco después la policía entraría en casa tirando la puerta abajo de una patada. Pero vimos todo el telediario y no dijeron nada. ¿Qué había pasado? ¿Aún no habían tenido tiempo de informar a la prensa?

De nuevo un acto divino, la providencia nos había salvado, por suerte el tren ganó la batalla contra el bloque de cemento y no hubo heridos ni daños, aunque supongo que las ruedas necesitaron una reparación.

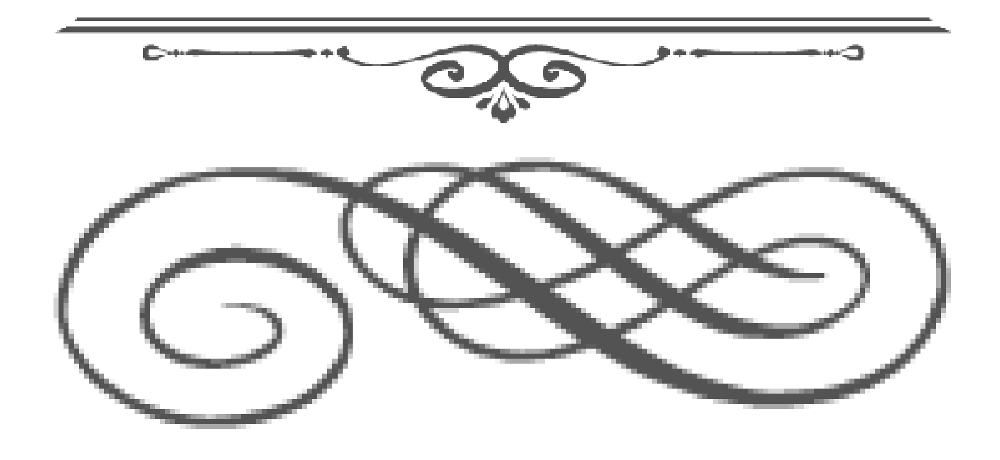


Capítulo 7

Tribunal Médico

Madrid

1987



TRAS PERDER MÁS DE diez kilos, finalmente el médico de cabecera me dio la baja y me mandó al psiquiatra. Por suerte en ese momento me encontraba trabajando en la construcción, con contrato formalizado, dado de alta en la Seguridad Social y al estar de baja laboral, me pagaron el subsidio. Por supuesto la parte de la empresa, me la restó de la nómina mi tío, más los gastos de gestor, etc...

El principal problema que me surge con los psiquiatras, es que si se trata de una doctora siempre termino pidiéndola en matrimonio. Supongo que están acostumbrados, la mayoría de los pirados actuaremos del mismo modo. En esta ocasión y en mi defensa alegaré que se trataba de una chica joven muy guapa, así que cuando me preguntó:

- ¿Tú qué crees que puedo hacer para solucionar tu problema? – No tardé ni un segundo en contestar, fue una respuesta espontánea.

- Si sale conmigo, estoy seguro que mis inseguridades disminuirán.

- ¿A qué se refiere? – Pareció no entender lo que le estaba diciendo.

- ¡Cásese conmigo! – Entonces se ruborizó, poniéndose totalmente colorada. Cruce de miradas nerviosas, de incomodidad.

- Los profesionales no salimos con los pacientes... - Aclaró después de un silencio que me pareció largo.

- Pues conozco una amiga que se lió con su psiquiatra.

- Los psiquiatras son una cosa y las psiquiatras somos otra. Los hombres siempre son predecibles, depende de la edad pueden ser bastante explosivos, claro, luego con los años eso termina, bueno la verdad algunos empeoran con el paso del tiempo.

Al llevar seis meses de baja me enviaron al tribunal médico para que me valorasen. Desde luego por mi problema yo no quería que me diesen como discapacitado, aunque recibir algo de dinero y poder seguir escribiendo me venía muy bien.

El humo de la consulta se podía cortar con un cuchillo, el doctor, con espesa barba canosa me preguntó a qué me dedicaba. Le comenté que había realizado todo tipo de trabajos, pero el último era trabajando en la construcción de albañil.

- ¿Y cuál es el problema? – Dijo despreocupadamente, como si no hubiese leído mi informe.

- Pues que me dan mareos por los nervios.

- Pues tómatelo con más calma…

- Lo intento, pero si me da un mareo en lo alto del andamio… – Puse cara de circunstancias.

- Pues búscate un trabajo con menos riesgo en una oficina.

- Si, eso estaría muy bien, aunque me mareo cuando hay mucha gente.

- Pues un trabajo en el que estés solo en la oficina.

- También me mareo en el transporte público.

- Pues un trabajo cerca de casa en el que estés tranquilo y solo en la oficina.

No sabía si reír o llorar, por que aunque parecía estar de broma, en

realidad lo decía muy enserio, como si el trabajo se pudiese elegir como el color de los calcetines. Me pregunto si aquel hombre salía de vez en cuando a la calle, porque parecía no haberse dado cuenta del mundo en el que vivimos, de la cantidad de gente con estudios que hay en paro con las continuas crisis que azotan nuestro país. Con la crisis de 1982 muchos se lanzaban literalmente por ventanas y balcones, otros acuciados por las deudas se colgaban del techo. La verdad, como toda mi vida ha sido una crisis continuada desde que llegué al mundo, no veía motivo alguno para llegar a tales extremos. Como me contó mi padre: Cuando Dios dijo hágase la luz, en mi casa ya debíamos dos recibos.

- A ver: ¿No sé si me comprende? Si fuese cojo o manco podía hacer algo, pero teniendo brazos y piernas, no puedo hacer nada. - Me miró a la espera de una señal afirmativa.

Y así es, para la sociedad lo que no se ve, no existe. Cualquier cosa relacionada con el cerebro, es psicológico y por tanto poco más que algo imaginario, una entelequia, una treta para no hacer las cosas. Y ya, ya me gustaría que únicamente me sucediese cuando tengo que hacer algo que no quiero, lo peor es que también me sucede cuando tengo que hacer algo que me gusta. Al trabajo tienes que ir sí o sí. Que no puedas tener amigos, pareja o simplemente salir a tomar una cerveza por que te mareas, eso no tiene importancia, te quedas en casa planeando si saltas por la ventana o por la terraza.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…Acosando a los famosos

Tendemos a creer que alguien famoso nos puede ayudar, incluso al verlo se nos hace familiar, al fin y al cabo entra a menudo en nuestro hogar, aunque solo sea de forma bidimensional. “Puede que alguno de vosotros ya tenga un TV-3D”. De una o de otra forma pensé que tal vez algún ilustre escritor me podía apadrinar. Perros, gatos, vacas y hasta burros se pueden apadrinar, total por uno más…

Tengo que hacer memoria, pues no recuerdo bien cómo empezó todo, creo que lo primero fue enviar mis novelas por correo: Fernando Sánchez Dragó, Arturo Pérez-Reverte, Federico Moccia, Stephen King… Cierto, se me fue la olla. El italiano es casi como el valenciano y ¿No hablan los americanos castellano?

Estáis pensado este tío está tarado, pero no os voy a poner ningún teléfono o dirección, pues sois capaces de cometer mi mismo error.

¿Cuántas novelas envié? Cuarenta, cincuenta, tal vez cien, no lo sé, perdí la cuenta. Ahora bien os puedo decir cuantas contestaciones recibí, y para ello voy a usar una frase hecha: Las contestaciones se pueden contar con los dedos de un muñón.

Cansado del funesto servicio postal, decidí pasar a la acción. Con mi mochila llena de novelas a la espalda salí a perseguir a los famosos.

Me encontré a Alberto Vázquez Figueroa en una presentación, y en cuanto tuve ocasión le regalé uno de mis libros y hasta me pidió que

fuese con dedicación, que contradicción debería ser yo el que comprase su novela e intentar que me la firmase. Al parecer teníamos algunas cosas en común, no solo por el lado de la literatura, también por el de la investigación. Alberto lleva muchos años trabajando en un proyecto de desalación que ahorra energía y yo con Ecofa en proyectos de energías renovables. No me costó entablar conversación y charlar hasta aburrir a los fans.

En otra ocasión le entregué un manuscrito a Al Gore, esta vez por supuesto traducido al inglés. Chapurreé algunas palabras en mi spanglish y no solo me dijo que me iba a leer, me comentó que había oído hablar de mí y de mi proyecto. “Es increíble los milagros que hace Internet”.

Hablé con Eduardo Mendoza, Lucía Etxebarría, Javier Reverte, Maruja Torres, Lorenzo Silva y muchísimos más.

Lo que aprendí de todos ellos, es que no hay más truco que leer mucho y escribir más.

Mi consejo es trabajar, escribir lo que os gusta, divertiros y disfrutar.

Y si un día os persigue un joven, con mochila y novela en mano, no os asustéis, es posible que os quiera regalar un ejemplar.



Capítulo 8

La Aduana

Madrid

1988



Tenía el contrato matrimonial grabado a fuego en la cabeza. Se acercaba la hora de la verdad, nos dirigíamos hacia el mostrador de aduanas para preguntar por Marilyn, pero antes de que nos pudiesen atender, tenían montado una trifurca con un negro enorme, que parecía muy enfadado. Aunque el hombre hablaba castellano, estaba tan nervioso que no se le entendía una palabra. Un policía intentaba sujetarlo de cada brazo, aunque parecía niños pequeños agarrados a sus enormes brazos. Con facilidad debía medir dos metros y pesar más de ciento veinte kilos, todo músculo, un autentico animal. Nosotros no estábamos en disposición de meternos en líos, pero la curiosidad nos obligó a acercarnos para ver que estaba sucediendo. Tras un rato forcejeando, parece que el hombre comenzó a calmarse. La señorita de aduanas, le explicó que había algo mal en su documentación, pero que debían esperar para confirmarlo.

Miré el reloj que había en la pared, detrás del mostrador y vi que eran

las nueve de la mañana. Puede que fuese la primera vez que Luisito no llegaba tarde. Llevaba la carpeta con la documentación bajo el brazo, como si fuese mi abogado. Una vez que el hombre se quedó sentado en el centro de una fila de butacas de madera, la señorita regresó al mostrador y le entregamos los papeles.

No mostró ninguna señal de que algo estuviese mal, debía de ser una hábil jugadora de póker. Levantó el auricular del teléfono y lo mantuvo entre el hombro y la oreja mientras en las manos revisaba minuciosamente la documentación que le acabábamos de entregar.

¿Sería una llamada rutinaria? La mujer se retiró un paso para que no pudiésemos escuchar la conversación, por la gesticulación y las miradas al hombre de dos metros, algo me olía a chamusquina.

- Perdónenme, ahora mismo baja el supervisor y ustedes lo aclaran todo. ¿Es usted Agustín Hidalgo? - Me miró nerviosa, la piel de las mejillas se le tornó rojizo.

- Sí claro. ¿Hay algún problema?

- Es que no estoy informada de si las bodas homosexuales tienen vigencia en nuestro país.

El silencio y la quietud me recordaron a la vez que Luisito intentó robar una motocicleta. En esta ocasión como en aquella, él parecía ir un paso adelante.

La señorita miró al fondo del pasillo, desde donde venían un hombre con pinta de oficinista, camisa arrugada y corbata torcida, junto a dos guardias civiles uniformados.

- ¿Marilyn? – Gritó mi compañero mirando al negro mezcla de jugador de baloncesto y boxeador.

El hombre se puso de pie y pareció comprender lo que estaba sucediendo, nuevamente todo el mundo sabía lo que pasaba menos yo.

- Correr, correr, correr. – y eso hicimos, los tres salimos corriendo esquivando a la multitud de viajeros que caminaban cargando con las maletas.

Ya estoy metido en uno de los tinglados de Luisito. Fue lo primero que me pasó por la cabeza, después como la fotografía sumergida en líquido de revelar, caí en la cuenta del lío en el que nos habíamos metido: La señorita Marilyn, había resultado ser un somalí de dos metros. Quién iba a pensar que un hombretón se llamaría así. Nosotros al oír el nombre lo primero que se nos pasaba por la cabeza era la famosa actriz rubia de curvas despampanantes.

- ¡Alto la guardia civil! – Se escucharon voces que nos hicieron correr más aprisa.

El hombre de la corbata al cuello se estaba poniendo de un color rojo amoratado, le faltaba el aire, parecía que en cualquier momento le iba a dar un infarto. La pareja de guardias civiles estaba formada por Paco, un hombre joven en buena forma física, que nos estaba acortando terreno y Pepe, un hombre mayor apunto de jubilarse, que quedó atrás con el oficinista, apoyado el uno en el otro intentando recobrar el aliento. Si no pensábamos algo rápido el joven guardia civil nos daría alcance.

- ¡Por aquí! – Luisito iba en cabeza, era corredor profesional, tenía experiencia en participar en carreras contra los cuerpos de seguridad del estado.

Un día le encontré en la calle vacilando porque tenía un Omega. Le pregunté de dónde había sacado el reloj.

- Lo he ganao en una carrera.

- No me lo creo... ¿En qué carrera?

- En la Carrera de San Gerónimo.

Como nunca sé en lo que anda metido, es difícil adivinar cuando está contando la verdad y cuando miente. Pero me pareció extraño, pues no le he visto hacer deporte en la vida.

- ¿Participaba mucha gente?

- Yo y los dos maderos que me perseguían...

Salimos del largo pasillo por una puerta de emergencia con los cristales tintados de negro, sin saber a dónde nos conduciría.



Capítulo 9

Pobreza y Miseria

Madrid

1988



Mi reto era sobrevivir con veinte duros al día. Tras perder el tiempo en estúpidos trabajos que lo único que me proporcionaban era mayor malestar y más problemas mentales, decidí que me pondría enserio a escribir. Con la compraventa de cosas de segunda mano, podía sacarme algo de dinero y si me ajustaba a mi presupuesto diario de cien pesetas, podría seguir escribiendo. Por suerte la dueña de la papelería del barrio era amiga mía y además una o tal vez la única de mis seguidoras, le encantaba leer los borradores de mis novelas. Gracias a ella podía conseguir carretes de tinta para mi Olivetti Studio 46, la mejor máquina de escribir que había tenido, conseguida tras varios trueques de objetos de segunda mano. Para conseguir los folios bastaba con echarle un poco de morro e ir pidiendo en sitios oficiales, colegios y bibliotecas. Lo de escribir a máquina no era un mero capricho, para enviar los borradores a editoriales y concursos era necesario que estuviesen mecanografiados. Es cierto que siempre he creído en el trabajo y la palabra concurso me lleva a pensar en juego y

azar. Pero tras diez años intentándolo en editoriales, cualquier vía para publicar era de aprovechar.

El arroz, las lentejas y los macarrones siempre estaban en el menú del día. Llevaba tanto sin comer ternera, que había noches que soñaba con chuletones de carne argentina a la parrilla. Eran tiempos difíciles, en la crisis de los ochenta, la gente pedía en la charcutería del barrio que le guardasen los culos del fiambre, la pieza del final, poco más que piel y cuerda por donde se cuelgan los chorizos y salchichones. En la pescadería las cabezas y raspas estaban también muy solicitadas para hacer guisos y sopas. “Sopa de espinacas: Espinas gordas”. El panadero no tiraba una barra de pan, en tiempos difíciles todo se utilizaba.

La señora Loli apenas tenía para mantener a sus hijos, así que no podía darme casi nada, además era mi casera y de lo que le pagaba del alquiler de la habitación sacaba para comprar algo más de comida. Aunque intentaba llevar mis deudas al día, había meses en los que me retrasaba en el pago. Ella siempre me decía que me dedicase al negocio con Luisito, pensaba que lo que estaba haciendo era una completa pérdida de tiempo. Lejos de animarme, tanto la señora Loli como la mayoría de familiares y conocidos lo que hacían era intentar que desistiera. Pero no entendían que pocas cosas aparte de saltar por la ventana podía hacer con mis ataques de pánico.



Capítulo 10

La Vieja Fundición

Madrid

1973



Alos niños nos encantaba jugar entre las ruinas y escombros de casas derribadas, fábricas cerradas y esqueletos de hormigón de edificios abandonados que nunca llegaron a terminarse. Cuanto más peligroso era el lugar, más parecía atraernos. Cada vez que lo recuerdo, no sé la verdad cómo nunca nos pasó nada.

A las afueras de Villaverde Alto, habían colocado los tramos desmontados de una carretera elevada, conocido popularmente como el Scalextric de Madrid. Los tramos estaban separados uno de otro a veces centímetros a veces metros. Desde la superficie de asfalto podía haber fácil dos metros de altura. Subíamos con dificultad y luego corríamos saltando de módulo en módulo, como si se tratase de la pista de despegue de un portaaviones. Los cortes de cada tramo, a menudo terminaban en oxidadas varillas de acero, un fallo de cálculo y perfectamente podíamos quedar ensartados. Además había que tener en cuenta que los fragmentos del puente estaban colocados de forma

aleatoria y la distancia entre algunos era insalvable. Pero tal vez era poco peligroso para nosotros, más adelante se encontraba la carretera de Toledo la N-401 y al otro lado una vieja fundición abandonada. A la mayoría de niños de entre ocho y diez años nos encantaba ir a jugar allí. Recordándolo no entiendo el motivo, pues el lugar era verdaderamente siniestro, oscuro, tétrico cubierto de polvo de óxido anaranjado. Había raíles con vagonetas de hierro, gruesas cadenas colgadas del techo y el suelo estaba comunicado de una planta a otra del edificio por orificios en el suelo, como si hubiese sufrido un bombardeo.

Esa tarde nada más salir del colegio fuimos a la vieja fábrica mi primo, Luisito y yo. Al llegar nos encontramos a dos niños de nuestra edad o tal vez algo más pequeños. Por la forma de hablar eran quinquilleros. Lo digo así porque realmente había pocos o ningún calé de raza, en el barrio estábamos todos mezclados, aunque nosotros tres por nuestra forma de hablar nos considerábamos payos, aunque a ojos de otras personas éramos gitanos.

El conflicto comenzó cuando Luisito no quiso compartir la zona de juegos. Pensó que la enorme fundición era demasiado pequeña para los cinco niños. Así que dijo que la fábrica era nuestra, que estaba en nuestro territorio, pero los dos gitanillos se negaron a marcharse. Entonces mi primo agarró a uno de ellos, amenazándole con el puño, yo me puse entre Luisito y el otro. Intenté protegerle.

- Vete de aquí, corre. – Le grité para que escapase. Salió corriendo y escapó por un agüero de la cubierta exterior de uralita.

Al otro lo ataron con las viejas cadenas que había por el suelo. Aquello no me pareció una buena idea.

- Dejar al chaval, dejar que se marche. – Les ordené, con una entonación nerviosa.

- Es un prisionero de guerra y le vamos a interrogar. – Gritó Lusito poniéndose en el papel de un soldado, personaje que seguramente había visto en alguna película bélica.

Cuando comprendí que el juego no terminaría bien, decidí marcharme. Salí por la apertura que había entre las dos hojas de la puerta principal atada con una gruesa cadena. Ya estaba atardeciendo y caminé hacia el barrio. Sobre el puente que cruzaba la carretera me encontré de frente con una banda de gitanos armados con estacas. El más mayor que debía de tener unos doce años me agarró por la pechera.

- ¿Ha sido éste? – Le preguntó al niño que había escapado de la fábrica hacía un rato.

- Sí, es uno de ellos. – Entonces el más mayor y corpulento levantó el palo para darme con él y vi pasar mi vida en papel Kodak instantánea a instantánea.

Con facilidad eran más de veinte, estaba claro que de esa no iba a salir bien parado, eso si conseguía salir, ya que desde lo alto del puente podía caer con facilidad. ¿Qué podía hacer? Estaba claro que no habían venido con ganas de dialogar. Además qué les iba a decir a una banda de las que se disputaban la propiedad de la fundición.

- Yo dije que podíamos jugar todos juntos... ¿Te acuerdas? – Me dirigí al muchacho antes de que su compañero me asestase el primer estacazo.

- Sí, sí, tiene razón, éste no fue... - El grandullón me soltó de la pechera y sin bajar la mano con el palo, me dijo que no quería volver a verme por su territorio y me dejó marchar.

No creía la suerte que había tenido, me marché lo más rápido que puede de ese lugar. Pero mi primo y Luisito no corrieron la misma suerte. Cuando llegué a casa, pensé en contárselo a mi madre, tal vez

debían llamar a alguien o informar a la policía. Pero a los pocos minutos aparecieron los dos, magullados y llenos de arañazos.

- ¿Qué os ha pasado? ¿Os han cogido los gitanos?

- No

- Si nos llegan a coger nos matan. – Continuó Lusito. – Tuvimos que subir a la planta de arriba y saltar desde lo alto.

Estaban magullados por haber caído entre las zarzas, pero por suerte habían conseguido escapar, aunque la verdad, se lo tenían merecido. Por suerte no tuvieron tiempo de hacerle daño al pequeño que habían encadenado, así que la aventura terminó bien para todos y supongo que todos habíamos aprendido algo nuevo aquel día.

Hay quien piensa que la gente es buena por naturaleza, pero yo no estaba tan seguro de ello, a menudo los niños pueden convertirse en pequeños psicópatas. Ese día todos tuvimos mucha suerte, cualquier pequeña variación y la historia hubiese terminado mal. Si uno de los pequeños no hubiese escapado para avisar a sus amigos, si mi primo y Luisito llegan a tener tiempo para torturar al pequeño. Si a mí no me exculpasen y me dejasen marchar indemne. Y finalmente la suerte que tuvieron de poder huir antes de que les atrapase la jauría enfurecida.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…El libro viajero

Estoy seguro que todos habéis oído hablar del libro viajero. Que bonito, se deja un libro en el sitio más insospechado: El hueco de un árbol, en la parada del metro o en una cabina de teléfonos. El libro será recogido por una maravillosa persona que lo leerá con cariño y lo depositará en otro lugar, para que el susodicho manuscrito continúe su camino. La novela viajará de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, en coche, autobús, tren, barco o avión y el mundo recorrerá…

Abro una nueva caja de libros, esperando vaciarla para dejar algo más de espacio en mi habitación y poderme al menos sentar. Cuatro cajas de mi novela La Reliquia hacen de escritorio, dos del Olfateador sirven de mesita, otras tantas sujetan el colchón, hay novelas encima del armario, debajo de la ropa en un cajón, detrás de las puertas de la cocina y del salón. Lleno mi mochila hasta reventar y debido al peso apenas puedo caminar. Salgo a la calle y empiezo a inspeccionar un lugar donde el primero liberar. En la parada de autobús dos marujas no me dejan de mirar, abro mi mochila y saco un ejemplar, pero me miran mal. No tienen pinta de lectoras… A lo mejor si se tratase de una revista del corazón o las memorias de Ana Rosa copiadas por su amigo escritor…

Llega el autobús, me hago el despistado, miro para otro lado:

– ¡Muchacho! ¿Vas a subir o me marcho? - Me grita el conductor.

Cuando por fin tengo una oportunidad, la parada se vuelve a llenar. Pensé que sería mejor irme a otro lugar, tal vez al centro de la ciudad, en Madrid tendré alguna oportunidad.

Subo al tren, camino de una punta a otra, buscando un vagón vacío donde soltar un ejemplar. Encuentro el lugar ideal y dejo La Reliquia en un asiento, luego me alejo cuatro o cinco metros y me siento a esperar. En la siguiente parada el tren se pone a rebosar, todos miran el libro, pero nadie lo quiere tocar. Aparece el típico yonki hecho polvo y se pone a cantar "El suplicio que hay que aguantar". Pasa pidiendo dinero pues lo necesita para poderse drogar. En cuanto ve el libro se lanza como si fuese un tesoro, un Iphone o un reloj de oro, se lo mete bajo el pantalón sobre la tripa, para que le ajuste mejor el cinturón. Me bajo en la siguiente estación salgo de Atocha y camino hacia Sol. Veo una cabina de teléfonos y de un sopetón suelto otro en el interior. Camino a prisa mirando hacia atrás, pero me asusto de un hombre vestido de negro que me persigue, ando más rápido pero el señor me intenta alcanzar. En la calle Montera o Carretas, es mejor no pararse a conversar... Salgo corriendo y entonces le escucho gritar:

– ¡Eeeh, chaval! Que se ha dejado un libro en aquella cabina, se le ha olvidado.

– No, no, se confunde, no es mío.

Pero el tío no se quiere callar, insiste y hasta la policía se acerca a ver que es lo que sucede. Ante los agentes tengo que reconocer que el libro es mío, le tengo que dar las gracias al señor pues el policía me mira mal y hasta le tengo que abrazar.

Frustrado deshago el camino y bajo de nuevo hasta la estación, donde me encuentro al drogadicto, que además de cantante y actor también es vendedor. Ha puesto un cartón en el suelo con cosas que se ha encontrado por el camino y en el centro como artículo destacado se encuentra mi novela:

– ¿Cuánto cuesta este libro? - Le pregunto al indigente

– ¿Cuánto me puedes dar?

– ¿Diez Euros?

– Es muy bajo para este ejemplar. Pero un momento, yo te conozco, si, si, te he visto en algún lugar.

– No, no creo.

– Tú, tú eres Francisco Angulo, por favor fírmame este ejemplar. Pon: Para mi amigo Blas.

¡Que ilusión me hizo, estaba algo colocado, sucio y mal cuidado, pero era mi primer fan! Yo también soy pobre y mucho no le podía ayudar, pero le di los diez euros que tenía, a condición de que cenase en algún bar.



Capítulo 11

Cebollas y Potitos Caducados

Madrid

1970



Lo único que le quedaba era su estúpido orgullo y dignidad… de todas maneras los servicios sociales eran escasos y las asociaciones religiosas únicamente atendían a los más necesitados: Los últimos serán los primeros… y efectivamente los últimos que iban llegando siempre se encontraban en peor situación.

Los alrededores de Villaverde estaban llenos de huertas y de tierras de cultivo, aunque era un barrio de Madrid, el distrito 21 seguía pareciendo un pequeño pueblo agrícola. En plena crisis, a los agricultores no les pagaban ni para cubrir los gastos de la producción de cebollas, así que las tiraban en el campo y después pasaban por encima con el tractor. Nos arremolinábamos entorno con bolsas, sacos y carros de la compra, para llenarlos de cebollas, aquel año sobrevivimos a base de encebollados y potitos caducados que retiraban de las farmacias y se donaban a la iglesia.

Además de pasar escasez de alimentos, lo peor llegaba en pleno invierno, cuando las temperaturas descendían y en casa sólo teníamos una pequeña estufa eléctrica, que únicamente encendíamos en algunas ocasiones, pues si el recibo de la luz era demasiado alto, no podíamos pagarlo. Muchas veces me pregunto si no viviríamos mejor en cuevas, si nuestros antepasados primitivos no vivían mejor, al menos ellos podían hacer fuego para calentarse y comer todo lo que cazasen, ahora con la civilización y tantas leyes y normas, a los pobres sólo nos queda la opción de morir de hambre o de frío. Seguro que si algún hombre de Cromañón levantase la cabeza diría que estamos completamente locos: Pagar por un trozo de tierra, trabajar toda la vida para conseguir comprar un pequeño piso de cincuenta metros, tener que pagar hasta por el agua que bebemos.

Poco o nada han cambiado las cosas desde la antigua Roma o la época de los faraones, unos pocos privilegiados, la nobleza hoy en día la casta política, dispone de todos los recursos y hacen las leyes a su medida, mientras el resto de mortales intenta escapar de la miseria y la esclavitud.



Capítulo 12

El Ladrón de Libros

Madrid

1976



No disponíamos de biblioteca , así que era difícil leer alguna novela interesante. Me encantaban las historias de ciencia-ficción: La Máquina del Tiempo, La Guerra de los Mundos de Herbert George Wells, Yo Robot de Isaac Asimov o de fantasía y terror como El Resplandor de Stephen King. Pero claro conseguir aquel tipo de novelas era muy difícil para mí. La única forma que tenía era ir alguna vez a Galerías Preciados.

Si pasaba demasiado tiempo hojeando los libros las dependientas recelaban, y en ocasiones, podían incluso llamarme la atención. Pese a todo, solía revisar atentamente los libros que me interesaban. En su mayoría novelas de autores norteamericanos. Después dejaba el ejemplar en una de las estanterías más alejadas de la caja, me marchaba a ver cosas en otra planta y varias horas más tarde regresaba y antes de levantar sospechas lo guardaba contra mi tripa sujeto por la cinturilla del pantalón. Si el tomo era voluminoso me

costaba andar con normalidad. Antes de salir a la calle daba una vuelta por otra de las secciones, a menudo por la de electrónica donde no había posibilidad de llevarse nada ya que un televisor no podía guardarse en el bolsillo. La verdad, pocos ladrones roban libros. Aunque mi abuela siempre contaba la historia curiosa que le había pasado una vez: Caminaba por la calle De Alcalá, leyendo una de esas pequeñas novelas de aventuras que se compran en los quioscos de prensa, en concreto una del oeste, El Álamo creo recordar. Andaba mientras leía, con cuidado de no chocar contra las farolas, cuando de buenas a primeras de la nada salió un joven, le arrancó el libro de las manos y salió a la carrera.

- Un ladrón culto. - Comentó en voz baja para si mismo.

En mi defensa alegaré, pues aún siento remordimientos, aunque años después la cadena de tiendas cerrase por causas ajenas al tema de los libros; En total me llevé tres novelas, luego acudía a una pequeña y destartalada tiendecita en la plaza Mayor de Villaverde, donde por muy poco dinero podía cambiar mis novelas por una de las de allí. El negocio era de lo más curioso, no se vendía nada, la librería sólo se dedicaba al trueque.



Capítulo 13

Explosión de Gas

Mogadiscio

1988



Marilyn llevaba más de diez años trabajando en métodos para ahorrar combustible y sobre todo para no contaminar. Trabaja como profesor e investigador en la universidad de Mogadiscio. Había desarrollado un catalizador de combustible. Un aparato del tamaño de una caja de zapatos, que podía instalarse en el motor de cualquier automóvil y al conectarlo, este dejaba de contaminar, por el tubo de escape únicamente emitía vapor de agua. Hasta ahí todo bien, el catalizador lo que hacía era romper las moléculas de los hidrocarburos, separando el hidrógeno y el carbono, el hidrógeno se mezclaba en el motor con el oxígeno del aire haciéndolo funcionar sin contaminar y el carbono quedaba atrapado en forma de carbonilla en una bolsa similar a la de una aspiradora. Aunque en Europa la contaminación en las ciudades estaba obligando a restringir el tráfico rodado, a nadie parecía interesarle el catalizador, ya que al utilizarlo los vehículos perdías un 25% de la energía en el proceso, lo que aumentaba considerablemente el consumo, así que a nadie le interesaba que su coche consumiese

más. Lo que Marilyn no había previsto, era que el catalizador funcionaba con cualquier cosa que contuviese carbono e hidrógeno: El vehículo podía funcionar con gasolina, diesel, alcohol, aceite, grasa de cualquier tipo, caramelo, azúcar, cáscaras de comida, papel molido, serrín de madera, plásticos molidos... Cuando se enteraron de esto las grandes petroleras, su vida cambió, comenzaron a sucederle cosas inesperadas.

- ¿Quién es el hombre de las ideas? – Gritaba Tresor a su hermanos Lucien, cada vez que este intentaba proponer un plan para secuestrar al profesor Marilyn.

Tresor era bajo y muy delgado, aunque era el hermano mayor. Lucien era alto y gordo, pese a su tamaño, era más bonachón, el de las ideas retorcidas siempre era Tresor.

- Mira, esto no puedo fallar, lo he visto en una película: Sólo tenemos que dejar la llave del gas dado... - Tresor le explicaba el plan a su hermano.

Los dos hombres habían entrado al apartamento del profesor, mientras que este trabajaba en la universidad. La idea era sencilla: dejarían la llave de uno de los fuegos de la cocina dada, con las ventanas cerradas el gas se acumularía, y cuando Marilyn entrase y encendiese la luz, un cortocircuito, provocaría la chispa que le haría volar por los aires. De esta manera parecería un accidente y la policía no abriría una investigación por homicidio.

- Que te esperes te he dicho... ¿No ves que estoy manipulando los cables? ¿Qué quieres que saltemos los dos por los aires? – Tresor se afanaba por manipular el interruptor de la luz de la cocina, mientras su hermano estaba manipulando el gas.

- Pero: ¿Qué te he dicho? ¡Cabeza de chorlito! Que no toques aún

eso...

La poca paciencia de Tresor se agotaba con facilidad, siempre se quejaba de la cruz que le había caído con su hermano. Si no fuese por él, a estas alturas seguiría trabajando para el servicio secreto Iraquí... Pero tras varias meteduras de pata, aunque los hermanos tenían recomendación, ya que descendían de un largo linaje de policías al servicio de Saddam Husein.

Lo difícil era conseguir manipular la llave de la luz, de tal manera que luego no lo pareciese. Sólo faltaba colocar los cables en su sitio.

- ¿Has cortado la general? – Quiso confirmar que la electricidad estaba cortada, antes de tocar los cables con los dedos desnudos.

Lucien agachó la cabeza de forma afirmativa y Tresor tocó los cables de cobre. La luz de la cocina se encendió, emitiendo destellos, de entre los dedos salía un sonido a palomitas recién hechas saliendo de la cazuela con pequeñas y simultaneas explosiones.

- ¡AAAAAhh! ¡Aaaaayudaaaa! – La corriente le había dejado tieso sujetando los cables.

Lucien quiso ayudar a su hermano, aunque ya estaba viendo que le iba a caer una buena. Lo agarró por el pescuezo para intentar que soltase los cables, pero sus manos se pegaron a él. La corriente eléctrica activaba sus músculos, apretando sus enormes manos sobre el delgado cuello de Tresor. Intentaba decir algo, maldecir en vano, pero le faltaba la respiración, tenía la lengua fuera y los labios morados. Entonces la bombilla de la cocina en una subida de tensión hizo explosión.

- ¡Te mato, te mato! ¡Inútil! ¿Qué te he dicho? ¿Cortaste la general? – Tenía los dedos negros como el carbón y de las uñas salían hilillos de


humo.

- Sí, sí, yo he cortado. – Lucien siempre hablaba con pocas palabras y de forma desordenada.

Le señaló la llave general del gas, lo que cabreó todavía más a su hermano.

- Eres un inútil, te he dicho que cortases la llave general de la luz, no la llave del gas. Inútil, casi me electrocuto.

En unos minutos ya estaba recuperado, cambiaron la bombilla y dejaron todo preparado. Ahora el gas poco a poco se acumularía por el apartamento y cuando el profesor llegase y accionase el interruptor, la deflagración sería tan grande que lo pondría en órbita.

Esperaron durante todo el día, hasta caer la noche, en un apartamento justo enfrente del de Marilyn, desde el que le observaban todos los días. Por fin a eso de las 23:00 un taxi dejó en la puerta del edificio al profesor.

- Toma, para los oídos. – Tresor le dio dos filtros arrancados de las colillas que había en el cenicero y los dos se taponaron los oídos con ellos.

Caras expectantes, asomados por la ventana, observando justo el piso a oscuras de enfrente. Casi sonriente Tresor se frotaba las manos, mientras Lucien intentaba sacarse uno de los improvisados tapones de los oídos. Había apretado demasiado y ahora no era capaz de sacarlos. Vieron al profesor abrir la puerta de la cocina.

- Agáchate, cúbrete...

- ¿eeeh?

- Que te agaches coño y no chilles tanto.

- ¿Qué? No puedo oir nada. – Continuaba intentando sacar los filtros, pero se lo había metido hasta el tímpano.

Tresor tiró del brazo de su hermano y los dos se agacharon apretando los dientes esperando la onda expansiva provocada por la fuerte explosión. Pero en lugar de ello vieron como la luz de la cocina se encendía con normalidad. Esperaron algo más, pero no pasó nada, luego el equipo de grabación que tenía junto a ellos se activó. Marilyn estaba haciendo una llamada telefónica. Había surgido algo urgente en el laboratorio y debía marcharse de nuevo a la universidad. Un taxi hizo aparición en pocos minutos y el profesor se volvió a marchar.

- ¿Dejaste abierta la llave del gas como te indiqué?

- Claro, seguro estoy.

- ¿Pues qué carajo ha pasado?

Tenían tiempo suficiente para volver al apartamento y revisar la trampa. Así que cogieron el maletín de cuero, estilo doctor donde llevaban las herramientas, y en pocos minutos con ayuda de una ganzúa ya tenían abierta la puerta de la vivienda.

Lucien se dirigió directamente a la cocina, para comprobar que la llave del gas estaba dada, como su hermano le había ordenado.

- ¡No, no des la...! – Gritó Tresor al notar el fuerte olor a gas. Pero ya era demasiado tarde, su hermano Lucien había accionado el interruptor de la cocina.

En esta ocasión los dos cables de cobre que habían manipulado produjeron una chispa, se hizo una luz instantánea, como el flash de una cámara fotográfica. El gas se incendió y antes de que todo volase por los aires los dos hombres tuvieron tiempo de verse las caras. La cara de Lucien era casi de pena, de resignación sabiendo que su hermano estaba muy disgustado con él. La de Tresor era de perro, mostraba los dientes y tenía una mano en forma de garra señalando al cuello de su hermano. Lucien salió despedido por la ventana y aterrizo en llamas sobre la piscina que había en el jardín. Tresor corrió peor suerte, la explosión le lanzó de espaldas saliendo por la puerta y rodando escaleras abajo por el portal. No le quedó un hueso sin romper. Su hermano tuvo que cargar con él y llevarlo al hospital, mientras no paraba de quejarse y de maldecir su suerte. Pasó una buena temporada apartado de sus actividades delictivas. Escayolado de cuerpo entero, en reposo en la cama, mientras que su Lucien le iba a visitar todos los días llevándole flores, aunque sin tener en cuenta que su hermano era alérgico y le provocaban estornudos y picores.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…Nadie es profeta en su tierra

El jueves pasado, me acerqué a la presentación de Albert Espinosa, la verdad con muy pocas ganas, pues el otoño siempre me deprime y oír hablar sobre el cáncer no me parecía lo más apropiado. Tengo que decir que salí de allí de lo más animado, Albert es un tío cojonudo.

Como siempre llegué más de media hora antes y al no tener nada que hacer, estuve dando una vuelta por la sala de exposiciones del centro cultural Tomás y Valiente. Vi un montón de trípticos culturales, panfletos y marcadores de página del ayuntamiento, eché mano a mi mochila y saqué un taco de marcadores de Compañía Nº 12. No me gusta este rollo, esto de darle a los amigos un marcador, me parece de lo más pretencioso: Te doy un marcador para ver si me compras un libro. Me recuerda a las invitaciones de boda: ¿Pero por qué les llaman invitaciones si el que paga es el invitado? Siempre he preferido regalar novelas, así no hay escusas para no leerme “Lo busqué pero no lo encontré, este mes ando muy mal de dinero, etc.”. Desgraciadamente en esta ocasión me ha resultado imposible continuar con la tradición, ya que la editorial Sharedpen es norteamericana y no han podido enviarme más que unos pocos ejemplares debido al elevado costo del transporte.

Colocando mis marcadores sobre el mostrador noto una punzada, es la mirada malhumorada de la señorita que está en recepción.

— ¿Puedo dejar unos marcadores de página?

— ¡Pues no señor, solo se admiten los del ayuntamiento de Fuenlabrada!

Esto me hizo recordar viejos tiempos, cuando en cierta ocasión me encontré con el alcalde don Manuel. Era en mis comienzos cuando llevaba mi mochila llena de novelas de La Reliquia. Me acerqué y le regalé un ejemplar.

— ¿Pero no me digas que eres escritor y de Fuenlabrada? Por favor fírmamelo, pues soy un voraz lector...

Me comentó que podía haberlo publicado con el ayuntamiento, que en cultura tienen esa misión. El hombre como buen político en campaña electoral, se mostró muy amable y cordial. A los pocos días me llamaron del ayuntamiento, me concertaron una cita y me reuní con él en su despacho. Hablamos un buen rato, yo le comenté el proyecto sobre mi libro Ecofa, parecía muy interesado.

— Este nos vas a dejar que te lo podamos publicar.

Solo tenía que presentarme en el departamento de cultura con un borrador y ellos se encargaría del resto. Preparé un CD con el libro en PDF, y le diseñé una portada muy chula que parecía la portada de una película en DVD. Dentro estaba todo bien organizado: El texto en PDF, las imágenes numeradas y un dossier muy detallado. Me dijeron que me llamarían, pero pasaron algunos días y después unas semanas y algunos meses, la campaña electoral había terminado y aunque todo seguía igual no recibía ninguna señal. Llamé por teléfono y la concejala de cultura ya nunca me podía atender, estaba siempre muy ocupada y no me podía escuchar. Me contaron que les habían robado el CD, que como la portada era tan bonita alguien hubo de pensar que se trataba de alguna novedad audiovisual. Les preparé uno nuevo y otra vez me pasé para que lo pudiesen publicar. Una vez más pasaron los días y los meses, hasta que me decidí a llamar:

– ¿Habrán perdido el borrador o de nuevo se lo habrán vuelto a robar?

Ahora ya varios meses pasadas las elecciones, nadie me conocía, nadie parecía saber nada, ni recordar nada, hasta que por fin hablé con el director de cultura:

– ¡Este año ya nos hemos gastado el presupuesto cultural! Inténtalo de nuevo el próximo año...

Que lo intentase de nuevo, como si participase en un sorteo... ¡Lo siento a mí lo del juego no me va!

Por aquel entonces fue mi editorial la que me lo quiso publicar, ya había realizado varias presentaciones y me invitaban a dar conferencias. La que mejor recuerdo fue la primera en un pueblecito de León, Soto de la Vega, me pagaron el viaje y el hotel, me invitaron a comer y a cenar, todo el pueblo se volcó conmigo, me trataban como si fuese una eminencia. Después hubo muchas más, no solo me invitaban, además me pagaban.

Como dice el dicho nadie es profeta en su tierra; pero gracias a dios, con salir a fuera y viajar un poco todos nos ganamos la admiración.



Capítulo 14

Colegios de Integración

Madrid

1970



Nacer condenado: Mis padres y mis familiares e incluso mis profesores, pensaban que las personas nacen, no se hacen. Así que si que no había porqué preocuparse de la educación de los niños, de hecho fui a los peores colegios, escuelas de integración, donde se juntaban todos los niños problemáticos de Madrid. Al comienzo los recreos eran un infierno, los niños ya desde muy pequeños llevaban navajas, te amenazaban y te robaban el bocadillo. Así que siguiendo el propósito del colegio, había que integrarse, pero no con los niños de fuera, tenía que integrarme con los de dentro, ser como ellos o morir. Por suerte enseguida hice amistad con mi vecino Luisito, al que todos respetaban porque su padre estaba en la cárcel.

Como decía, la mayoría de personas de la época pensaban que el genio nace y yo había nacido para albañil. No había nada que hacer, para qué gastar en libros o en profesores particulares, total todo el mundo sabía lo que iba a ser. Si tu padre no sabe hacer la “o” con un canuto,

tú no vas a ser más listo que él. Hoy puede parecer exagerado, pero era muy normal castigar a los niños sin vacaciones, encerrándolos en la habitación con los libros del colegio.

Siempre me he preguntado: ¿Si dejas un montón de ladrillos y cemento en un solar, cuando vuelves de las vacaciones encontrarás un edificio? Así que si encierras a un niño con un montón de libros en una habitación, cuando abres la puerta sale ingeniero...

Mis libros siempre eran prestados y estaban todos escritos por encima, así era difícil pensar por uno mismo, los deberes ya estaban hechos, los problemas resueltos, aunque casi nunca correctamente.

Curiosamente esta mentalidad se sigue aplicando, la de no invertir en los hijos, la de no sembrar ni regar la huerta. La teoría de la cigarra, la hormiga siempre proveerá. Como yo digo, en el agua de mi zona debía haber algo que afectaba al desarrollo mental de los niños, pues de mi colegio salieron muchos delincuentes, pero ni un solo doctor o ingeniero, nadie logró estudios superiores. En cambio de los colegios de la zona norte, la persona que no terminaba con dos o tres titulaciones era el bicho raro. La culpa estaba repartida entre toda la sociedad, en el fondo nadie quería que las cosas cambiasen, los cambios asustan. El padre albañil no quiere un hijo arquitecto que le haga sentir inútil, quiere un hijo compañero de sufrimiento, que se emborrache con el en el bar al terminar la dura jornada laboral. El que se encuentra en un escalafón superior de la sociedad, no quiere que los de abajo escalen puestos colocándose a su lado o lo que es peor poniéndose por encima.

Así se estableció hace milenios, cuando se etiquetó a las personas con apellidos: Guerrero, Manzano o Porquero. El soldado y sus hijos siempre serían guerreros. El agricultor hortelano, cuidaría de los frutales. El porquero y sus descendientes nunca saldrían de la mierda.



Capítulo 15

Luisito y las Prácticas de Robo

Madrid

1972



Era un domingo soleado de otoño, el curso escolar había comenzado hacía poco, estábamos en cuarto y de vez en cuando me encontraba con Luisito en el pasillo, sentado en un banco de madera que había justo ante el despacho del director. Cuando no era por una cosa era por otra, siempre estaba castigado. Me lo encontré de camino a casa de mi abuela, el último día de la semana siempre comíamos allí. Fui a saludarle y cuando estaba bastante cerca a punta de navaja me metió en un portal a empujones.

- Pero Luisito, que soy yo Andrés...

- ¡Calla y dame la pasta!

- ¿Qué pasta?

- Pues el reloj.

- El reloj es de mi madre...

- ¿Qué número usas?- dijo mirándome las deportivas.

- Un 38

- Mierda no me sirve... ¿Quiéres unirte a mi banda?

- ¿Qué banda?

- Pues ésta, tú y yo... Estoy preparando un golpe de los buenos.

- No sé, cuando se entere mi madre me mata.

Entre los dos apenas sumábamos dieciocho años y Luisito ya estaba practicando para convertirse en uno de los chorizos del barrio. Un pequeño delincuente en potencia. Lo cierto es que su padre estaba en la cárcel por varios delitos menores, pero al poco de salir le volvían a meter por alguna otra cosa. Él y sus hermanos subsistían como podían, con la ayuda de la iglesia y con el trabajo de su madre, que se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para ir a limpiar portales y oficinas. Mirases a donde mirases en el barrio sólo se veía pobreza y miseria. El único consuelo era que siempre había alguien que lo estaba pasando peor, así que en definitiva te sentías afortunado, al menos mi padre aunque no encontrase trabajo estaba en casa y no en la cárcel.



Capítulo 16

Los Hermanos Silvestri

Bagdad

1985



Su padre siempre les decía que eran una vergüenza para su estirpe, no eran dignos de llamarse musulmanes. Los colegios europeos a los que habían ido desde pequeños los habían convertido en unos inútiles, en unos afeminados, que no sabían nada del mundo real. Su padre y su abuelo habían trabajado para el gobierno, en el servicio secreto desde hacía décadas, pero tanto Lucien como Tresor eran unos completos inútiles. Aún así llevaban el respetadísimo apellido Silvestri, y su padre hizo todo lo posible para que los admitiesen en la guardia personal de Saddam Husein. Aunque pronto trajeron la deshonra y la desgracia a la familia.

Había mucha gente que le debían favores, así que consiguió colocar a sus dos hijos en el palacio real de Bagdad. Aunque los dos eran unos completos inútiles, mientras que no se les encomendó ninguna tarea de vital importancia todo fue bien. Pasaron varios años y los hermanos eran conocidos por fanfarronear y presumir de ser guardias personales

de Saddam, aunque en la realidad los tenían perdiendo el tiempo y ayudando a los criados en los recados y tareas domésticas. Lucien aunque era lento y se expresaba con dificultad, le cayó bien a Sajida, la esposa de Saddam y casi siempre lo llevaba con ella como si fuese un niño pequeño, cuando iba de compras o de viaje a alguna ciudad cercana. Tresor en cambio no parecía caer en gracia a nadie, y pasaba las horas muertas haciendo guardia, caminando de un lado a otro del palacio pensando como hacer méritos para ascender a un puesto de mayor responsabilidad.

- Tú, que estás con la mujer, debes de saber algo...

- ¿Algo? ¿yo?

- Sí, me he fijado que algunas noches un hombre hace aparición en palacio y va a visitarla. – Lucien se atusaba los cuatro pelos largos de su perilla, concentrado intentando recapacitar.

- Pues no he visto yo nada.

- Claro, si en lugar de pasarte el día de paseo, estuvieses haciendo guardia delante de la puerta como hago yo te enterarías de las cosas que pasan en palacio.

Tresor tenía un plan para pillar al amigo secreto de la señora Hussein, de esta manera, el mismo Saddam los recompensaría y los nombraría capitanes de la guardia real o generales en el ejército.

El corredor de acceso a los aposentos de la mujer, solían estar en penumbra, y los dos hermanos se encargaron, de desconectar algunas de las lámparas, para que la oscuridad fuese todavía mayor y poder permanecer ocultos tras las sombras de las columnas de mármol. Uno permaneció agazapado a la derecha con un saco grande de arpillera y el otro con cuerdas gruesas para amordazarlo.

La primera noche aunque estuvieron haciendo guardia frente a la puerta, no aparecía nadie, pero la segunda noche tuvieron más suerte. Sobre las doce de la noche, vieron la figura de un hombre acercarse a la puerta. Cuando se disponía a entrar sin ni siquiera haber llamado antes, los dos hermanos se abalanzaron sobre él, sin dejarle ni abrir la boca. Tresor que había realizado un cursillo intensivo sobre secuestro e interrogatorio, le metió un trapo en la boca y con cinta adhesiva se la vendó, luego le ataron pies y manos y finalmente le metieron dentro del saco.

- Ya lo tenemos, lo hemos logrado. – Y le tendió la mano en el aire a Lucien para que la chocase como los jugadores de baloncesto.

El plan llegaba hasta ahí, ahora no sabían que hacer, no habían pensado como presentarse ante Saddam y entregarle al supuesto querido de la mujer. Arrastraron el saco hasta la cocina, que se encontraba desierta a esas horas. Cada uno cogió una botella de vino, pensando en la recompensa que les pertenecía, pensaron que no importaría si lo celebraban con el vino de reserva.

El ruido y las voces les despertaron de mañana, alguien había entrado por la noche en el palacio real. Los guardias corrían de un lugar a otro sin saber muy bien que hacer.

- Lucien y Tresor Silvestri, a vuestros puestos holgazanes. – Les ladró el sargento.

- A la orden mi sargento: ¿Qué está pasando? ¿Nos atacan? – Preguntó Tresor asustado.

El mismísimo comandante en jefe, había desaparecido durante la noche, al parecer alguien había entrado al palacio y lo había secuestrado mientras dormía, a primera hora de la mañana el servicio se dio cuenta que el cuarto de Saddam Hussein se encontraba vacío.

- ¡Por Alá! ¿Los americanos? – Lucien estaba convencido de que espías norteamericanos habían sido los culpables.

Tresor miró al saco de tela color café, que tenían bajo la mesa, ante sus pies y se dio cuenta del error que habían cometido. El sargento miró hacia el lugar de donde provenían unos extraños ruidos, le pareció que algo se movía dentro de aquel saco de patatas. Tresor en posición firme ante el sargento, dio un taconazo al saco, para que dejase de moverse, pero el sargento estaba intrigado.

- ¡A formar la guardia! - Se escuchó la voz del capitán y los tres hombres corrieron por el pasillo, dejando el saco bajo la mesa.

Poco después uno de los cocineros, encontró a Saddam amordazado, por suerte no pudieron incriminar directamente a los hermanos Silvestri, además: ¿Cómo el mismo Saddam Hussein se iba a dejar capturar por los dos hombres más tontos de todo Irak? Aunque todo el mundo sospechaba que había sido cosa de los hermanos, nadie se atrevió a acusarles directamente, menos aún siendo su padre uno de los militares de mayor graduación. Pese a todo se les mandó al extranjero, el mismo Saddam pidió que los enviaran lo más lejos posible, que no quería volver a ver a ninguno de los dos en toda su vida.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



Una estructura de carpintería para sostener las palabras



LLEVO VARIOS MESES sin escribir, estoy bloqueado, es difícil de expresar, una sensación de angustia como un ardor insistente me hace sentir asfixiado. Dicen que es lo peor que le puede pasar a un escritor, jamás me había pasado, en la vida me he sentido tan desorientado. Me levanto de la cama con la cabeza hirviendo, todo me da vueltas, me pongo ante el ordenador, pero me es imposible seguir escribiendo. Ya a comienzos de junio me sentía cansado, sin ganas de trabajar, completamente saturado. El verano terminó, le siguió el otoño y entrado el invierno continuo bloqueado. Leo y releo, buscando algo de inspiración pero no veo más que la desesperación. Anoche: mientras hojeaba un libro que me habían dejado, comencé a sentir algo, una tenue luz se iluminó y del papel comenzaron a surgir palabras y más palabras, estaba seguro de ver la estructura, de haber encontrado un patrón. ¿Era posible que simplemente se tratase de una ilusión? Con un lápiz marqué algunas palabras, sobretodo las que abren una frase y

las que la cierran, pero también marqué las palabras seguidas de una coma o cualquier otro signo de puntuación. En ese momento lo tuve claro, estaba seguro, no se trataba de pasar por el aro, era más bien como seguir una estructura, pura carpintería para hilar la lectura, hipnotizando de esta forma al lector sin que pudiese desviar la mirada, manteniéndole embelesado.

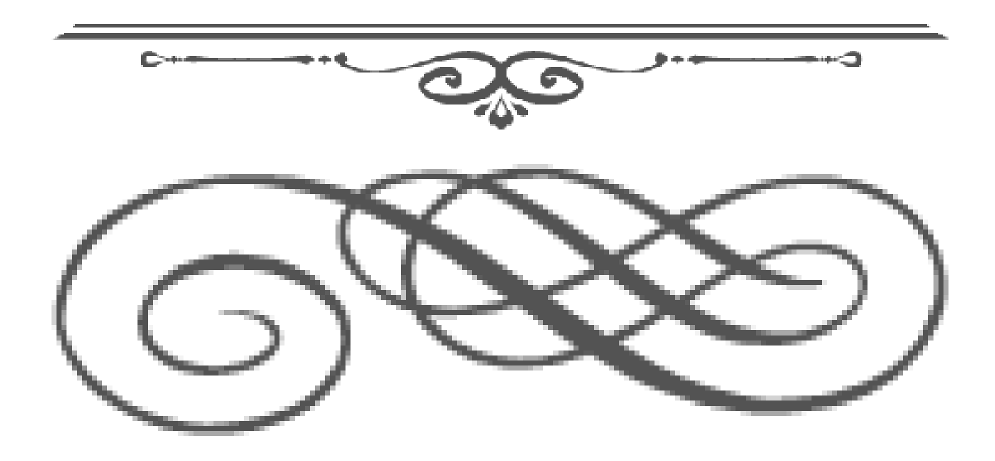


Capítulo 17

Unos Canapés Muy Salados

Bagdad

1985



CUALQUIER CELEBRACIÓN en el palacio de Saddam se realizaba por todo lo alto, así que para la boda de uno de sus sobrinos no se escatimó en gastos. Llevaban varias semanas preparando el evento y había un enorme revuelo en el palacio, cocineros, camareros, diseñadores, decoradores, músicos y un largo etcétera, a los que había que mantener vigilados y controlados. Eso significaba el doble de trabajo para los hermanos Silvestri.

Una vez comenzó el banquete, Lucien no pudo resistirse a probar todos aquellos manjares, así que aunque a la guardia le estaba totalmente prohibido comer y beber estando de servicio, se movió por la fiesta como si fuese uno más de los invitados. Su hermano encolerizado, le observaba desde una de las esquinas, detrás de las columnas de mármol blanco. Finalmente, viendo que no atendía a las señas, se acercó disimuladamente pasando entre la multitud.

- ¡Quieres dejar de engullir como un pavo! Parece que no has comido en tu vida... ¿Te has vuelto loco? ¿Quieres que nos fusilen o que nos corten la cabeza? – Ladraba en voz queda, con la cara roja de rabia.

- Prueba uno de estos canapés de caviar. – Y cuando su hermano le estaba insultando, cogiéndole de improviso con la boca abierta, le embuchó un panecillo.

Un repentino cortocircuito se produjo en el cerebro de Tresor al saborear el magnífico aperitivo. Lo tragó y se quedó con la boca abierta, momento que aprovechó Lucien para introducirle otro canapé. El caviar estaba buenísimo, pero al ser tan salado le dio mucha sed. Sobre la mesa únicamente había copas con cocteles, unos con cerezas, otros con aceitunas y todos con sombrillitas de papel. Se bebió tres del tirón y enseguida la ginebra se le subió a la cabeza. Mientras su hermano seguía atacando los aperitivos, Tresor continuó con los combinados. Al poco rato se había sentado entre los invitados, en la mesa donde se encontraban los familiares más allegados. Tras recitar una especie de poesía y soltar dos eructos, se apoyó sobre el hombro de uno de los invitados y dijo en voz alta:

- ¡Pero mira que es fea la novia! – Ahora le entró hipo.

- ¡Es mi hija!

- Perdone, hip, no sabía, hip, que fuese usted el padre...

- ¡Soy la madre!



Capítulo 18

Un Motor para La Zodiac

Madrid

1987



En ese caluroso verano , se les ocurrió fabricar un arpón y Luisito enseguida pensó en las salidas comerciales que aquello podía tener. Los precios del pescado estaban cada día más caros y antes de probar el invento o de haber pescado un pez, ya había hablado con el pescadero del barrio, para que vendiese en su puesto todo el pescado que él le suministrase.

Habían fabricado el fusil submarino con piezas de fontanería y disparando al cielo, la flecha de hierro alcanzaba decenas de metros de altura. Era un artefacto muy peligroso, el gatillo artesanal, desprovisto de seguro, podía dispararse en cualquier momento y el pantano a esas horas estaba repleto de gente.

Agustín se puso aletas y mascarilla y cogiendo el fusil con cuidado se metió en el agua. La visibilidad era escasa, prácticamente nula, el líquido cenagoso color café con leche del pantano, no parecía un buen

lugar para la pesca submarina. Tras un buen rato, intentando pescar algo, apunto estuvo de disparar a una mujer, que con su traje negro de baño y su mórbida figura recordaba a una foca, león o elefante marino, de esos del National Geographic.

Cuando salió del agua, no encontró a su amigo por ninguna parte, así que esperó sentado en la arena, secándose al sol. Al rato, apareció y sin preguntar que tal fue la pesca, dijo que se tenían que marchar. Bajaban por la serpenteante y angosta carretera, cuando de un volantazo salieron por un camino. Paró la furgoneta y hecho el freno de mano.

- Venga, baja, ayúdame a cargarlo. – Se bajó el otro sorprendido, preguntándose: ¿Qué era lo que debían de cargar?

Entre unos matorrales, se encontraba el motor fueraborda de una embarcación.

- ¿Pero de dónde lo has sacado?

- No iba a estar mirando como buceabas... El embarcadero está to lleno lanchas...

- ¿Pero para qué quieres un motor?

- ¡Pues pa una Fobia!

- ¿Para una qué?

- Pues eso, una lancha Fobia de esas...

- ¿Y de dónde vas a sacar una Zodiac?

- Ya estamos el interectual... Que lo tengo to pensao, que me fabrico una lancha con tubos de fontanería, de los gordos de PVC de los que se utilizan pa los desagües. Que nos vamos a la playa con la Fobia y el arpón y nos forramos con la pesca...

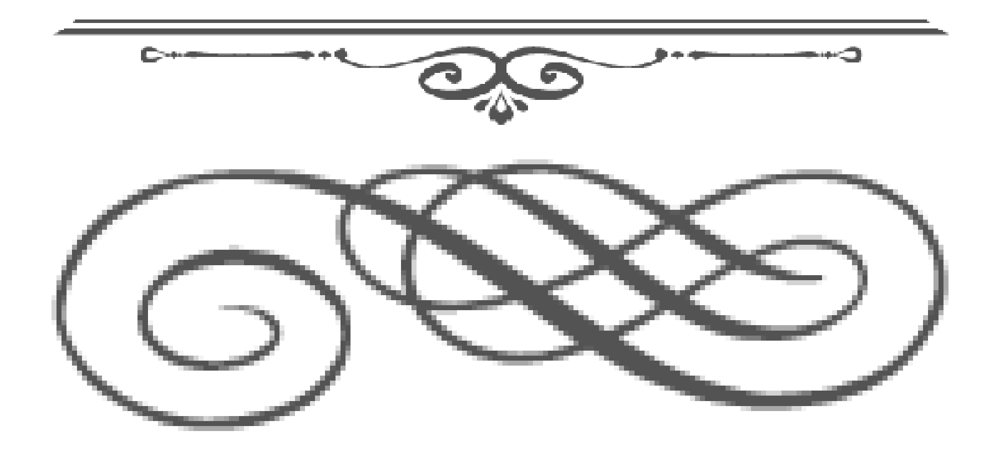


Capítulo 19

El Movimiento Perpetuo

Madrid

1988



TENÍA POR EL SUELO varias bicicletas a las que le había quitado las ruedas. Con los imanes que había sacado rompiendo los altavoces de un viejo equipo de música, pinzas de tender la ropa y las mencionadas ruedas. Fabricó un desvencijado artefacto, que mediante piñones y cadena, al mover los pedales con la mano, giraban oscilantes, desequilibradas las dos ruedas.

Abrió la puerta a Agustín y le mostró orgulloso su invento.

- ¿Qué es eso? – No tenía ni idea de que sentido podía tener todo aquello y menos aun que hubiese estropeado su bici y la de su hermano.

- Una máquina de hacer dinero... - Desbordaba alegría.

- No lo entiendo.

- Hay que darte to mascao... Esto lo pones en marcha y ya no para nunca. – Indicó mediante señas con las manos, cómo funcionaba el ingenio.

Según Luisito, los imanes colocados en la rueda de forma estratégica, la daban impulso con cada vuelta, haciendo que girase eternamente.

- ¿El móvil perpetuo? – Y movió la cabeza a uno y otro lado con pesar y desaprobación.

- ¡Ya habló el ministro! A esto le engancho el alternador de la furgoneta y nos da electricidad gratis para todo el vecindario.

- A ver: yo no sé mucho sobre el tema, pero me parece que eso se opone a varias leyes de física, entre ellas eso de que la energía ni se crea ni se destruye...

- To chorras, tonterías que algún subnormal ha escrito en un libro... ¿Pues no lo ves? Cuando la rueda llega hasta aquí el imán le pega un

chute y vuelve a subir por aquí.

- Yo creo que de la nada no se puede sacar electricidad.

- De la nada no, esto es la energía de la gravedad. – Y se quedó serio esperando la respuesta del otro.

- Pero la gravedad es una fuerza, no una energía...

- Fuerza o energía me da lo mismo tronco ¿O no gira la luna alrededor de la tierra?

Ahora Agustín tuvo que detenerse un rato a reflexionar, las explicaciones de Luisito le estaban confundiendo y ya no sabía muy bien por dónde salir. Pensó sobre el tema mientras el otro sonreía como si hubiese ganado una partida de ajedrez.

- Pero en el espacio no hay rozamiento y aún así supongo que las órbitas de la luna irán variando, supongo que algún día o termina cayendo a la tierra o se irá alejando hasta perderse en el espacio.

- ¡Bueno, pues mientras tú esperas a que caiga la luna, yo voy a forrarme vendiendo mi invento!



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…Una forma diferente de afrontar la piratería

Hace apenas unos días , pude leer en la prensa una insólita declaración. La escritora Lucía Etxebarría vencida por la piratería:

No le dedicaré más tiempo, no malgastaré tres años de mi vida, trabajando en más libros, que cualquier desalmado puede descargar ilegalmente de Internet.

Y es que aún existe la absurda idea de pensar que si se descargan mil libros de forma gratuita, son mil libros menos que se venderán. ¿Pero tiene esto algo de cierto? Ya antes de la era digital, existían las bibliotecas… ¿Por qué se compraban entonces libros, si cualquiera podía leerlos en una de ellas?

Recuerdo bien aquella época, pues no hace muchos años que las computadoras apenas se conectaban a la red, y no servían más que para jugar a los marcianitos en un monitor fosforito. Yo escribía mis novelas y por supuesto si quería que alguien las leyera, las tenía que imprimir en soporte de papel. Entonces comenzaba el calvario, enviar los manuscritos a las editoriales era un

trabajo arduo, lento y muy caro; También participaba en concursos literarios, de estos mejor no hablar demasiado, ya que parece que aún no han oído hablar del formato PDF, mucho menos de los libros electrónicos y siguen pidiendo las novelas por duplicado, triplicado y hasta cuadruplicado, por supuesto por una sola cara, a doble espacio y encuadernado: no solo cuesta una fortuna preparar el envío, sobre

todo en mi caso que soy un trabajador obstinado y para algunos concursos he presentado varios libros; además, ni pizca de gracia me hace que por cada persona que participa en uno de estos certámenes se tenga que talar un árbol, cortarlo y triturarlo para convertirlo en papel. Eran tiempos difíciles si lo que pretendías es que te leyesen, de una u otra manera era cuestión de dinero, no de dedicación o esmero. Lo más fácil era arruinarse si uno quería que su libro llegase. Así fue como después de llevar más de diez años enviando mis borradores a concursos y editoriales, decidí publicar mi primera novela por mi cuenta y riesgo. Una pequeña editorial se hizo cargo de la publicación financiada naturalmente por dinero de mi bolsillo. Apareció así mi primera novela La Reliquia “al mercado” sin distribuidora, pasaron varios meses y no había salido del almacén. Como la mayoría de escritores noveles, ahora tenía que hacer yo de distribuidor y de vendedor. Mi sueño de ver mi novela en las estanterías de El Corte Inglés se esfumó, se vio truncado cuando la editorial me dio dos cajas con toda la tirada. “Conseguimos que apareciesen en La Casa del Libro, aunque la publicación me salía por diez euros la unidad y se vendía a dieciocho, yo como autor solo percibía ocho: perdía dos euros con cada libro que se vendía, así que cuantos más libros se vendían en las librerías, más pobre me hacía”. Pero yo estaba dispuesto a que la gente leyese mi novela, así que pregunté en una imprenta y pidiendo un crédito me atrampé hasta las cejas. Esta vez si que hice una buena tirada, montones de cajas, miles de libros, campaban ahora en mi casa. Lo primero que hice fue llamar a las bibliotecas, donándolos a todas ellas. Luego cargué siempre con una caja en el maletero del coche y mi indumentaria se complementaba con una mochila morada. A todo el mundo que me encontraba se lo regalaba, y también conseguí ver mi novela en los estantes de las librerías y de los grandes almacenes en los que compraba, aunque no de una forma demasiado ortodoxa. “Era lo que terminé por denominar aparición de libros de forma milagrosa”. Entraba en El Corte Inglés, con varios libros escondidos en mi bandolera y los depositaba en un buen lugar, donde todo el mundo pudiese verlos al pasar. Ver mi novela en ese lugar, rodeado por libros de los más vendidos, me hacía soñar...

Pero fue de esta manera analógica, en la que la gente comenzó a leerme, no solo me leían, también me escribían e incluso me llamaban. Los usuarios de las bibliotecas, comentaban mi novela y la recomendaban. Por fin había conseguido que alguien leyese mis obras. Hoy en día y gracias a Internet todo el mundo puede descargar mis novelas de forma gratuita, ya no es necesario el soporte en papel y tampoco arruinarse para que te puedan leer. Son miles las descargas

que cada día se realizan de mis obras gracias a Internet.

En Google Libros y en muchas otras web, se pueden leer y descargar mis novelas de forma gratuita.



Capítulo 20

Los Fontaneros

Madrid

1985



En 1985 Lusito había hecho un curso de fontanería, se había comprado una furgoneta cochambrosa y había montado una pequeña empresa, como llevaba unos meses sin trabajo por los mareos que me habían dado en la construcción me contrató como ayudante.

Recuerdo uno de los casos más desastrosos, cuando nos llamaron para una emergencia, al parecer en un lujoso piso de la zona norte tenían algo de humedad en la pared del salón. Las aseguradoras para ahorrarse de contratar personal, nos llamaban en ocasiones y nosotros solucionábamos el problema como si fuésemos gente de la empresa, aunque no teníamos contratos ni nada. Tuvimos que dar mil y una explicaciones al vigilante de seguridad de la puerta de entrada a la lujosa urbanización. Cualquier furgoneta de un chatarrero o de alguien que se dedicase a la recogida de cartón, estaba en mejores condiciones que la nuestra. No bastando con el aspecto del vehículo, además Lusito llevaba el pelo largo y un aro de plata en la oreja

izquierda. Una vez por fin en la casa, nos abrió la asistenta, una mujer entrada en años y en carnes, pero mi jefe le tiraba a todo, mientras hablaba le puso ojos de cordero degollado, a mi me daba verdadera vergüenza.

- Pasen por aquí... ¿Vieron la mancha de la pared? Ahorita la señora no está en casa, pero me dijo que empezasen en cuanto llegasen.

Antes de ver siquiera la mancha, con una visual y el ojo experto del chorizo profesional, Lusito ya había valorado el televisor, el video y la colección de películas en VHS.

- Pásame la piqueta, vamos a descubrir el tinglao. – Pareció centrarse en lo que habíamos venido a hacer, pues puso la entonación que utilizaba cuando intentaba dárselas de profesional.

Piqueta en mano, un certero golpe en el centro de la mancha producida por la humedad a medio metro de altura y el río Colorado y la presa Hoover en el salón.

- ¡Hay que cortar la llave de paso! – Gritaba Luisito como un poseso.

Afortunadamente la mujer aunque gorda corría que se las pelaba y le llevó rápidamente a la cocina, donde se encontraba la llave de agua general de la casa. Al poco mientras yo intentaba parar el chorro a presión con las manos apareció como si ya estuviese todo resuelto.

- Ya está cortada. – sin entender nada, el agua seguía saliendo.

- ¿Qué hacemos? – El agua sobrepasaba el palmo de altura, cubriendo todo el parqué del comedor.

- Mujer, traiga toallas... - Al instante la señora y yo nos pusimos a intentar parar la inundación. – Tiene que tratarse de una tubería del portal, la principal del edificio...

Salió al portal, pero la puerta del cuarto de contadores, donde se encontraba la llave general estaba cerrada y el presidente que era el que tenía la llave no se encontraba en casa. Para cuando regresó el agua ya nos llegaba a las rodillas y las cintas de video pasaban flotando como patos en un estanque.

- ¡Me mata! ¡Me mataaa! ¡La señora me mataaa! – La asistenta, no paraba de exclamar aquello con cara de terror.

- Agustín, vamos a la furgoneta, tenemos que coger la llave 12/13. - Luisito agarró la caja de herramientas y los dos salimos por patas.

Allí dejamos a la pobre mujer con el agua al cuello y no volvimos a saber nada más de aquel asunto. Como Luisito no tenía identificación ya que trabajábamos para las aseguradoras de forma esporádica y sin ningún tipo de contrato laboral, nadie nos pudo acusar de lo sucedido, aunque hoy en día años después aún sigo teniendo remordimientos por la pobre criada.



Capítulo 21

¿Te gusta esa moto?

Madrid

1985



Al salir a la calle aún dentro de la urbanización, Lusito estaba disgustado, habíamos gastado gasolina y no había cobrado nada. Con ese pensamiento de agarra lo que puedas, pero no vuelvas a casa con las manos vacías, que le había inculcado su padre. Echó un vistazo a los alrededores y enseguida localizó un objetivo.

- ¿Te gusta esa moto?

- ¿Qué moto?

- Pues esa de ahí, es una honda como la que yo tuve, una moto cojonuda.

Ahora le entendí, de nuevo nos íbamos a meter en un lío. Estábamos escapando de la inundación que habíamos provocado y Luisito ya tenía otro de sus disparatados planes en mente. No sé como lo hacía, pero siempre me arrastraba.

En el radiocasete de la furgoneta sonaba a todo volumen Pongamos que hablo de Madrid de Joaquín Sabina. Paramos a escasos centímetros de la motocicleta, abrimos el portón lateral y entre los dos intentamos subirla. En ese momento se acercó un muchacho gritando.

- ¡Ladrones! ¡Ladrones soltar mi moto! – Era un joven de más o menos nuestra edad, unos dieciocho o veinte años.

- ¡Esta jaca es mía, tú me la afanaste! – Le gritó muy enfadado Luisito.

- ¿Cómo?

- Qué la puñetera moto es mía, que me la robaron en Villaverde. – Se hizo un largo silencio, Los tres nos quedamos paralizados, congelados en una fotografía.

Ninguno entendíamos que sucedía, yo soy lento en reaccionar y tardé un tiempo en asimilar lo que estaba sucediendo. Era posible que el dueño de la motocicleta no tuviera muy clara su procedencia y si los papeles eran legales.

- ¡Y una mierda va a ser tuya! – Espetó finalmente mientras el tiraba de la rueda delantera y nosotros de la trasera. La moto iba para uno y otro lado, arriba de la furgoneta y abajo, una y otra vez.

Cuando Luisito se cansó de forcejear, viendo que no conseguiríamos nada, se puso en pie muy serio y miró fijamente al joven.

- Está bien, quédatela, ahora mismo voy a avisar a la policía. – Otra fotografía, los tres mirándonos con cara de sorpresa.

Acción, rodando y aquí no ha pasado nada, cada uno siguió su camino. Yo todavía sin entender muy bien lo que había pasado, con el susto metido en el cuerpo y Luisito ya tenía cara de estar maquinando algo de nuevo.



Capítulo 22

El Secuestro

Mogadiscio

1988



Además de tener pinchado el teléfono, los hermanos Silvestri, pasaban todos los días para recoger la correspondencia que el cartero dejaba en el buzón. Tras examinarla rigurosamente, la volvían a sellar con cuidado y la dejaban nuevamente en el lugar de donde la habían recogido. A eso de las diez, como cada mañana, el cartero hizo aparición y esta vez le tocó a Lucien bajar a recoger la correspondencia. No era diestro con las ganzúas, de hecho era incapaz de abrir una caja de zapatos, pero en este caso disponían de llave. La cerradura del buzón no tenía ningún misterio, bastó con hacer un molde de masilla. Una pasta parecida a la plastilina de los niños, que después de unos minutos al aire endurecía.

Una carta llamó la atención de Tresor, se trataba de un sobre con sello oficial de la universidad de Mogadiscio. La abrió con mucho cuidado de no estropear el sobre y luego la leyó con atención. Era una carta del rector de la universidad, que indicaba al profesor Marilyn las

intenciones de trasladarlo a Kinshasa en el Congo. Mustafá llevaba cuatro años dirigiendo la universidad y a todo el que no fuese familiar o reconocido pelota, que le bailase el agua, lo enviaba fuera del país. Por lo visto había tenido algunos encontronazos con el profesor, ya que él pensaba que su investigación no les traería más que problemas. Prefería tener contentos a los políticos y a los grandes empresarios, aunque su investigación más relevante tratase de cómo hacer un tapón de corcho mejorado para las botellas de vino.

Si el profesor Marilyn salía del país, las cosas se complicaban para los hermanos Silvestri. Debían poner todos los medios posibles para que el rector desistiese de su idea.

El rector de la universidad conducía un Citroën GS Palace, de color verde botella y aparcaba cada mañana en la plaza 103A del parking del campus. Aquella mañana los dos hermanos ocupaban la plaza con su furgoneta pintada de la compañía telefónica.

- Fuera de ahí, salgan de ahí ahora mismo, esa plaza es para el director. – Mustafá estaba visiblemente alterado. Cosa que no era difícil de conseguir, era un hombre de carácter difícil.

Tresor, con su andar cansino, espalda encorvada, marcando las vertebras en la camisa azul marino.

- Perdone, nos has avisado por una avería...

- Ni avería ni leches, salgan de mi plaza que tengo prisa.

La verdad, el rector se lo puso más sencillo de lo que habían imaginado, se bajó como una fiera hacia ellos, facilitando las cosas. Mientras discutía con Tresor, Lucien abría la parte trasera de la furgoneta. Parecía que él solito se iba a meter dentro. Cuando estuvo justo detrás de la puerta, apunto de tirarse al cuello, Lucien le asestó un buen golpe en la cabeza con la empuñadura de la pistola. Lo había visto hacer en miles de películas.

- ¡Ay, ay, que me matan! - Por más fuerte que lo golpeaba en la cabeza no perdía el conocimiento y cada vez gritaba más alto de dolor.

- Venga arriba al puto maletero. – Tuvo que intervenir Tresor. Su hermano seguía mirando su arma sorprendido de que no funcionase como en el cine.

- No tengo dinero, están en un error…

- ¿Dinero? ¿Qué dinero ni que leches? Silencio o te meto un tiro. – Le amenazó con la pistola, era pequeño, esmirriado y feo, pero tenía una cara de loco que aterrorizaba.

En cuestión de unos minutos, Mustafá les había contado su vida en verso. El hombre no paraba de hablar.

- Que le pego… - y puso el dedo cruzando la boca, para indicarle que se estuviese callado.

- Ya está bien, este tío no se calla ni debajo del agua… Coge el volante. – Tresor pasó entre los asientos delanteros a la parte posterior y amordazó al rector con cinta americana.

No habían pensado que hacer con él. Como la mayoría de sus planes, no pasaban de la primera página, nunca tenían previsto qué hacer después. Por el momento lo tendrían retenido una temporada en el piso franco, mientras intentaban eliminar de una vez al profesor Marilyn.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…Dislexia

No me imagino nada peor que ser disléxico si quieres ser escritor. Y es que hasta los exámenes de matemáticas me suspendían por las faltas de ortografía. Decidí abandonar los estudios o más bien me obligaron a decidirlo.

¡Todavía hay quien piensa, que lo que me hace falta es leer y escribir!

Yo también fui del mismo parecer: Desde los quince o dieciséis todos los días leía cuanto podía, y también escribía y resumía. He escrito más de diez libros y aún así no sé decir si nube se escribe con b o con v.

Dicen que la mayoría de idiomas siguen las mismas pautas, pues nuestra mente al igual que la de aquellos seres humanos primitivos relaciona imágenes y sonidos. Primero fueron dibujos, más tarde símbolos, palabras y letras. De tal forma que una cosa gorda, blanda y redonda se podría llamar “BUBU” y una cosa punzante con muchos filos “KIKI” y esto es norma general en la mayoría de idiomas…

Pero que ha pasado en España: Los romanos de un lado, del otro vikingos y por abajo árabes y africanos; todo esto interpretado por los primeros escribas, monjes cristianos.

Total que a mi cerebro primitivo le es imposible encontrarle sentido:

Color blanco, blanco se escribe con b ¿Y qué hay más blanco que la nieve? “NIEBE” le gusta más a mi cerebro, además de blanca es

esponjosa y blanda. Esto no es más que el principio… Tenemos viento y vela, un velero navegando por el viento “BARCO” barco suena mejor con v.

Y solo es el conflicto entre b y v, luego tenemos la h, la g o j, la x…

Además desde que a los ocho años comencé a estudiar inglés, te das cuenta de que algo no funciona bien: ¿Mi cerebro?

Por lo visto hay muchas personas con mi mismo problema: Bill Gates, Tom Cruise, incluso Barack Obama y no les ha ido tan mal, por supuesto sin olvidar que no son españoles pues en nuestro país no les hubiésemos dejado pasar de la E.G.B.

Menos mal que ahora tengo PC y con los genios de Google hasta puedo escribir en un chat, usar el Twitter el Facebook, tener un blog y una web. Creé entonces la asociación de escritores analfabetos “Hasóciacion de Escritores Analfavetos” y me sorprendí al ver que somos muchos, más de cientos, miles…

Ahora sé que da igual cuanto lea o escriba, siempre me consideraré analfabeto. Pero no un analfabeto cualquiera… ¡Soy escritor!



Capítulo 23

Chapuzas a Domicilio

Madrid

1985



Junto a la sala en la que estábamos trabajando se encontraba el despacho de la madre superiora. Pasábamos el día solos, no había más trabajadores y las monjas, supongo que de clausura, se habían trasladado al edificio de enfrente. Luisito entró en la oficina y comenzó a registrar todos los cajones.

- No fastidies macho, que esta gente trabaja para Dios.- Respiré aliviado al ver que únicamente se guardó un bolígrafo de plástico en el bolsillo. Seguidamente descolgó el auricular del teléfono negro de baquelita, un Standard Eléctrica S.A. de los años 50.

- ¿Está San Pedro? ¿No? Pues dígale a San Miguel que nos traiga unas cervezas... - Me miró con cara de alucinado y del primer cajón del

escritorio sacó dos botellines de la marca San Miguel, que previamente había colocado sin que yo lo viera, para hacer la gracia a la hora del almuerzo.

Yo no solía beber mucho alcohol, debido a ello y a la falta de experiencia, el techo de escayola que estábamos montando en una de las amplias salas del convento, quedó con oleaje. En mi vida había visto un techo más psicodélico. Lo más raro de todo, es que nadie dijo nada, ni el contratista ni la madre superiora, creo que debieron suponer que era algún tipo de construcción moderna, especialmente diseñada para que el sonido del locutor se escuchase en toda la sala, similar a la Casa de la Ópera de Sídney en Australia.

Luisito era uno de esos chapuzas profesionales, siempre sabía como sacar partido de las pequeñas desgracias de los demás. La verdad, tenía una gran imaginación y lo más sorprendente era lo rápido que argumentaba de forma creíble y coherente.

- He movido la lavadora para limpiar por detrás y ahora no funciona. – La mujer estaba bastante preocupada.

Luisito ya había visto que no estaba enchufada, el cable estaba en el suelo, la señora al moverla la desenchufó sin darse cuenta.

- Pues va a ser la junta de la trócola... la mano de obra son cinco minutos, pero la pieza son mil duros. – Puso cara de buena persona. – Pero va a tener suerte, llevamos una seminueva en la caja de herramientas, por tres mil pesetas se la ponemos.

Se cuidó de ponerse delante para que la mujer no pudiese ver el cable desenchufado.

- Pues gracias a Dios que han venido, porque tengo que poner de inmediato la lavadora, que para mañana los niños no tienen ropa

limpia. – La mujer agradecida, nos sacó unas cervezas, pan y chorizo picante, sólo la faltó darnos un abrazo y un beso.



Capítulo 24

Estas Navidades nos Forramos

Madrid

1987



Reconocía esa cara , esa expresión ridícula, esa sonrisa de felicidad en el rostro de Luisito. ¿En qué nuevo chanchullo andaría metido?

- Tengo un negocio entre manos de lujo: Estas navidades nos forramos. – me llevó a la parte posterior de un pequeño camión de alquiler y abrió las puertas, mostrando el interior de la caja.- ¿Qué te parece? Te has quedado alucinao.

Tenía un camión repleto de muñecas, empaquetadas en cajas tranparentes. Con facilidad podía haber unas dos o tres mil.

- ¿Muñecas?

- ¿Muñeeeeeecaaaaaas? – cara de loco, ojos en blanco y voz desafinada. – Son puñeteras Barbie Malibú… ¿Tú sabes a cuánto se venden en tienda?

No quise hacer más preguntas, o había robado en una fábrica de muñecas o tenía un montón de falsificaciones.

- ¿Pero cómo las has conseguido?

- A ti te lo voy a decir.

- Lo digo porque te deben haber costado un montón…

- Una pasta, pasta gansa, pero está to controlao, he conseguio un préstamo, vendemos la mercancía en 48 horas y nos repartimos los beneficios al sesenta cuarenta, el sesenta por ciento para mí claro.

Un préstamo, los prestamistas que Luisito conocía, no trabajaban precisamente en un banco… Con pensar en el tipo de personas que le podían haber dejado el dinero, el estómago me dio un vuelco.

Mi abuela siempre decía: ¿Quién es más tonto, el tonto o el que le hace caso? Fuese como fuera, siempre terminaba involucrado en los disparatados negocios de mi vecino.

Tras recorrer varios mercadillos, nos dimos cuenta de que era un producto demasiado caro para venderse en los puestos, la policía solía estar al tanto de esas cosas. Las 48 horas llegaban a su fin y no habíamos conseguido vender ni una sola muñeca.

- Tenemos que ir a hablar con el prestamista...

- ¿Tenemos?

- ¿No irás a rajarte y dejarme sólo?

- Pero en este lío te has metido tú solito.

Nada más bajar de la furgoneta ya nos estaban esperando unos matones enormes como armarios. Nos pidieron amablemente que les siguiésemos para hablar con su jefe. Por desgracia conocía bien a ese tipo de gente, auténticos animales sin sentimientos, tan pronto te servían un café como te rompían las piernas con un martillo, órdenes son órdenes solían decir. Nos llevaron ante el jefazo, un hombre que en cualquier otra circunstancia me hubiese resultado simpático y afable.

- Verá, estamos tardando un poco más de la cuenta en colocar la mercancía, pero... - Comenzó Luisito excusándose.

- ¿Qué mercancía? – Miró a uno de sus matones, inclinándose hacia adelante desde la silla y apoyándose con los antebrazos sobre el escritorio.

El hombre llevaba en la mano una de las muñecas y la dejó con suavidad sobre la mesa. Entonces el hombre comenzó a reírse a carcajadas. Era una risa contagiosa, los enormes secuaces también se echaron a reír. Finalmente todos reímos hasta llorar. Era una de esas situaciones, en las que uno no sabe por que se ríe, pero que al ver a los demás reír no puede parar.

- No son muñecas, son Barbie Malibú. – Dijo Luisito después de un rato, y entonces las carcajadas aumentaron de intensidad.

Uno de los gorilas tuvo que prestarle el pañuelo púrpura que

sobresalía bien doblado del bolsillo de la pechera de su americana. El mafioso se secó las lágrimas, pero cada vez que intentaba decir algo sus propias carcajadas le interrumpían.

- Me habéis caído bien muchachos, pensaba que andabais trapicheando con droga en mi territorio... - Se puso muy serio instantáneamente e hizo un gesto pasándose el dedo pulgar por el cuello.

Comentó que sus hombres nos echarían una mano, así que nos llevaron a la puerta de la estación y allí nos pusieron a vender muñecas a todo el que pasaba. Tardamos casi dos meses en venderlas todas, y durante todo aquel tiempo estuvimos continuamente vigilados por los matones. Tuvimos que bajar mucho los precios para conseguir venderlas todas fuera de temporada y además los intereses de la deuda aumentaron al pasar el plazo de 48 horas a 58 días. En definitiva salimos del embrollo más o menos igual que habíamos entrado.



Capítulo 25

Un café con somníferos

Mogadiscio

1988



Todas las tardes acudía a un orfanato, donde colaboraba, aportando parte de su escaso sueldo y dando clases como profesor de matemáticas a los muchachos. Gracias al trabajo que la fundación estaba realizando desde hacía ya diez años, aquellos niños cuando saliesen podrían encontrar un trabajo, valerse por si mismos y tener su lugar en la sociedad.

Él venía de una familia muy humilde y sabía de las dificultades para aquellos niños, así que ayudaba en todo lo que podía: Dando clases en sus horas libres, aportando lo que podía y organizando galas benéficas para conseguir fondos para la fundación. Él pensaba que si cada persona ayuda a los de su alrededor, nadie en el mundo tiene porque pasar hambre o necesidades.

Últimamente estaban ocurriendo cosas muy extrañas a su alrededor. Esa misma tarde, al salir de la universidad, antes de dirigirse al

orfanato en taxi, paró en la cafetería más cercana y cogió un café, aunque esta vez la joven dependienta que le solía atender no se encontraba y en su lugar había un hombre pequeño y muy delgaducho, de piel gris, le sorprendió ver a un extranjero sirviendo café. Con las prisas, no pudo beber ni un trago de café pues justo en ese momento pasaba un taxi por la puerta del establecimiento. Silbó al tiempo que levantó su mano izquierda, sosteniendo el vaso de café en su mano derecha.

- Al orfanato de Los Muchachos por favor.

- Puede esperar un momento, iba ahora mismo a bajar a por un café. - Dijo el conductor. – Llevo toda la noche trabajando y la verdad, me muero de sueño.

- Tenga, tenga, no se preocupe, tome el mío, no lo he empezado.

- ¿De verdad?

- Claro no tiene importancia, ya tomaré uno en el orfanato.

- Se lo agradezco de verdad. – lo cogió en sus manos y antes de ponerse en macha se lo tomó de un trago.

Tresor desde la cafetería los observaba incrédulo, había llenado el café con un montón de somníferos. De nuevo el plan les salía mal, aunque esta vez aún cabía la posibilidad de que el conductor se estrellase matando al profesor. Ni en el mejor de sus planes lo hubiese imaginado, de esta manera parecería un accidente y asunto resuelto, caso cerrado, no hay más que hablar.

Cinco minutos después el conductor comenzó a dar volantazos en medio de la carretera.

- Tenga cuidado que nos la damos. – El profesor se agarraba al asa lateral del techo. – El, el, camión. – Un repentino cambio de dirección consiguió esquivarlo.

- ¿Se encuentra usted bien? Pero por dios abra usted los ojos. – En la parte trasera del coche, Marilyn saltaba como si se encontrase sobre un toro mecánico.

El conductor abría los párpados apenas un segundo y los volvía cerrar. El profesor se abalanzó desde la parte trasera sujetando el volante. Pero el taxista aunque tenía los ojos cerrados no lo soltaba, lo agarraba con tanta fuerza que no podía hacerse con el control. Un nuevo giro los colocó de nuevo en el carril contrario, esta vez iban directos a un autobús escolar.

- ¡Pise el freno! ¡Frene, Frene, que nos la damos! – Pero ahora el conductor estaba totalmente inconsciente. Se había quedado dormido y por fin había soltado las manos del volante.

Al menos ahora se pudo hacer con el control. Otro fuerte giro y pasaron rozando el autobús, después tiró del freno de mano poco a poco y el coche fue perdiendo velocidad hasta quedar detenido en el arcén.



Capítulo 26

La teoría de la tercera generación



La teoría de la tercera generación: Los sociólogos habían predicho que en la tercera generación la cadena de marginalidad se rompía y que los individuos por fin se integraban de forma normalizada en la sociedad. Lo que sucedió es que la tercera generación al darse cuenta que para el gobierno sólo eran escoria, se reveló. El plan no iba más allá de meterlos en un gueto, en una especie de campo de concentración donde tener el problema oculto y alejado. Cada vez que se derribaba una chabola en cualquier lugar del país, en mi barrio realojaban una nueva familia. Con la globalización, nos traían lo peor de cada rincón del mundo y a aquella jungla le llamaban un barrio multicultural...



Los Hombres de las Tabernas



La falta de cultura , la ignorancia y los vicios mundanos, solían estar directamente relacionados con la falta de recursos de las familias. Mi abuela decía: Un estacazo en la cabeza a cada borracho que va saliendo de la taberna y se acabó la pobreza infantil…

Cuando el padre de Luisito no estaba entre rejas, se pasaba los días enteros bebiendo ginebra y jugándose el dinero a las máquinas tragaperras. Su mujer trabajaba limpiando escaleras a doscientas cincuenta pesetas la hora y después de trabajar ocho horas al día, seis días a la semana, le daba el sobre con el sueldo a su marido, que era el que lo administraba. Administrar no era la palabra adecuada, más bien derrochar, aunque su mujer y sus hijos pasasen hambre a él no le faltaba su copa de Larios, su pincho de tortilla y sus tres cajetillas diarias de cigarrillos. El padre de Luisito era un hombre de las tabernas, la involución del ser humano. Beber y fumar mata, pero hasta que eso sucede da tiempo a tener muchos hijos y matarlos de hambre. Una vez le dijo su hijo:

- Papá, no deberías fumar tanto. – A lo que el padre contestó:

- A lo mejor te mueres tú antes que yo…



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor...



...Si no lees mi libro te borro del Facebook

— ¡No sabía que eras escritor! - Me suelta uno de mis amigos del Facebook...

Llevo más de cinco años enviándole invitaciones a mis presentaciones, pegándole las novedades de mis libros y hasta promociones en vídeo.

— Pero si siempre pones que asistirás a mis eventos y marcas que te gustan todos mis escritos, fotos y documentos.

— Lo siento no sabía que habías escrito un libro...

— Pero si van ya diez novelas... ¡Puede que los prólogos no te guste leer, pero al menos las portadas las has de ver!

— Pensé que se trataban de películas... A mi no me gusta leer...

Tiene cojones la cosa, este tío me sigue desde hace años, me pega todos los días un comentario con su estado y por GPS localizado desde el McDonalds, el Burguer King o un bar de copas e incluso me ha enviado más de cien invitaciones a que me haga una granja… y ahora resulta que ni siquiera ha leído mi perfil, en el que pone que soy escritor o se ha dado cuenta que de un blog literario es seguidor.

Llegados a este punto, va y me salta:

– ¿Por qué me agregaste al Facebook?

– Perdona, pero fuiste tú, quien se hizo mi seguidor, hace años que no envío una invitación.

Por cierto se me llena el buzón de solicitudes de admisión, la mayoría de jóvenes en ropa interior. Da igual que sea el Twitter, el Facebook, o una red profesional. Y no penséis mal, me refiero a las profesionales, laborales, empresariales; no a las de relaciones sexuales…

Viva la manipulación, estos de Facebook se pasan un montón, ya ni siquiera puedo contestar a los amigos que me felicitan por mi cumpleaños: Le doy a que me gustan sus comentarios y me dice que no tengo suficiente permiso para hacer eso… La era de la información, donde todo el mundo puede opinar… Bueno más vale que tu opinión sea positiva, pues sino de inmediato te marcan como Spam y te dan de baja la cuenta. No hay mayor manipulación, ni sistema más capitalista y fascista que el que se aplica en las redes sociales. Pagando puedes comprarte un millón de seguidores en Twitter o en Facebook y si eres pobre no puedes ni contestar dando las gracias a quien por tu cumpleaños te ha felicitado.

Esto está llegando hasta el más absoluto de los absurdos: tener un blog en Internet llamado Mis libros por Francisco Angulo. Y si pego una reseña me lo cierran por Spam, solo se puede hablar del tiempo, del Mafia wars, del Framville 1 y 2, y de lo bien que canta Lady Gaga.

Así que en ocasiones es mejor apagar el ordenador y sentarse en un sillón. Ponerse a leer, un buen libro como El Olfateador y beber un

buen té o café.



PD. POR FAVOR, NO ME enviéis más solicitudes de amistad de perfiles falsos con fotos de top models y dejar de llenarme el correo con emails en los que alguien me quiere hacer su heredero, ya sé que solo necesitáis mi número de cuenta para ingresarme la herencia…



Capítulo 27

El Jardín

Madrid

1988



Habían ido a parar a un jardín interior, los tres hombres cruzaron corriendo por la densa vegetación, hasta alcanzar el muro que había al otro extremo. Aún no habían hecho aparición los guardias civiles, pero no tardarían mucho en hacerlo. Los tres intentaron escapar trepando por el muro, pero aunque era de granito, los bloques estaban bien asentados y las juntas estaban selladas con cemento, era imposible conseguir subir por él. Marilyn alzó a Agustín, para ver si conseguía llegar a la parte superior, pero nada, no había forma de alcanzarla. Comenzaban a darse por vencidos, aunque eso era algo desconocido para Luisito, que seguía intentando trepar quitándose las botas tejanas. Cuando llevaban un rato, apenas unos segundos, que por la excitación de la persecución les parecieron interminables, se dieron cuenta de que un niño de unos siete años, pelirrojo, con los pelos de punta por la cantidad de remolinos que tenía en la cabeza, les observaba en silencio.

- ¿Pero qué hacéis? – Y se reía sin parar al vernos intentar trepar por la pared.

Le faltaban los dos paletos, tenía la cara llena de pecas del mismo color anaranjado que el cabello. Luisito estaba apunto de perder la paciencia, los niños no le hacían mucha gracia y aquel menos.

- Queréis dejar de hacer el tonto... Os están esperando... - Y señaló otra de las puertas de emergencia que daba al jardín, que el niño había dejado entre abierta.

Luisito se acercó al pequeño y frotándole la cabeza, como si intentase alisar sus remolinos y peinar su pelo indomable le dijo:

- ¿Dónde nos esperan majete? – Le había cogido gusto a lo de atusarle el pelo, lo frotaba como si estuviese acariciando un perro.

- Venga, vamos, hasta que no estemos todos no comenzaran los discursos... El mío es muy bueno, ya lo veréis. – El pequeño hablaba como un diplomático, era un niño muy espabilado para su edad.

La guardia civil aparecería de un momento a otro, lo mejor era salir cuanto antes de allí. La verdad les pareció raro que Paco, el joven guardia no apareciese todavía. En el interior los hermanos Silvestri habían interrumpido la persecución, tropezando adrede con el joven. El golpe fue tan fuerte, que tardó un rato en recuperarse por completo. La enorme maleta de Lucien, repleta de ropa, se abrió desparramando todo el contenido por el pasillo del aeropuerto. En un momento se montó un buen espectáculo, la gente intentaba ayudar recogiendo cosas del suelo. Estuvo apunto de pedir la documentación a los dos, pero enseguida recordó que estaba persiguiendo al hombre que cruzó la aduana sin autorización. Sólo le informaron de que un hombre

procedente de Somalia, intentaba cruzar la aduana sin tener los papeles en regla. Desconocía los motivos, podía tratarse de un traficante de droga o de un terrorista, los motivos que llevaban a alguien a intentar cruzar de forma ilegal, siempre eran una incógnita.

Luisito se puso sus botas tejanas, se sacudió los vaqueros y los tres hombres siguieron al niño, que ahora no paraba de hablar de un tal Wallter.

- ¿Lord Wallter Smith? – Dijo Marilyn mirando al muchacho.

- Sí, el tío Wallter. – puntualizó mientras continuaba hablando sobre su discurso.

El doctor había conocido a Lord Wallter Smith en una de sus galas benéficas, era un hombre afable, un millonario filántropo, colaboraba con multitud de organizaciones no gubernamentales.

En aquel momento una mujer pecosa, casi con el mismo color de pelo que el niño, asomó medio cuerpo por la puerta entreabierta.

- Venga, venga, entren de una vez, la ceremonia está apunto de empezar y al tío Wallter no le gustaba nada la impuntualidad. – La madre del pequeño, agitaba el brazo en un movimiento repetitivo igual que un policía de tráfico dando paso a los coches en un cruce urbano.



Capítulo 28

La Capilla

Madrid

1988



En el interior se encontraba una capilla, una sala austera, diáfana, repleta de gente singular. Había una gran cantidad de filas de bancos de madera y al fondo en el centro el púlpito y a la derecha un atril con un micrófono metálico. Al otro lado un féretro, con varias coronas de flores delante. La caja estaba abierta y podía verse a un hombre corpulento en su interior.

- Maldita sea mi suerte, esto me da mal fario. – Susurró Luisito disimuladamente.

Agustín se estaba mareando, las cosas relacionadas con la muerte le provocaban una gran ansiedad. Si le era posible, aunque quedase mal ante los familiares y amigos, evitaba asistir a los velatorios. Ya le

habían comenzado los temblores de manos y sentía frío y calor al mismo tiempo. En cualquier momento podía perder la conciencia. Así que buscó en el bolsillo y sacó un botecito de píldoras, se echó una en la boca sin abrir ni siquiera la cápsula y la masticó. Sintió la mirada penetrante de la mujer pelirroja, que le observaba con desaprobación, pensando que estaba mascando chicle en el funeral. Una verdadera falta de respeto pensó.

No había lavabos a la vista y eso le inquietaba aún más. Los brazos comenzaban a dormírsele y su mente no paraba de pensar en un ataque al corazón. Se sentó al borde de uno de los largos bancos que daba al pasillo central, junto a un hombre vestido de tirolés. Más que un velatorio, parecía una de esas reuniones internacionales o de disfraces tradicionales. Había gente realmente extraña, pero al mismo tiempo se percibía el carácter auténtico de cada uno de ellos. A diferencia de las películas de bajo presupuesto, en las que los trajes son de alquiler y todos salen impecablemente limpios y planchados, aquí podía verse hasta el último detalle. Y no eran únicamente las vestimentas, el tirolés era claramente de los Alpes, los indios maoríes tatuados hasta la cara, eran claramente polinesios, y así sucedía con el resto de asistentes. La iglesia parecía el arca de Noé representado con seres humanos de todas las razas. Tal vez descendientes de los constructores de Babel en Babilonia.

Luisito estaba atónito, no podía aguantar un minuto sin reírse de los asistentes; como si el fuese la persona más normal del mundo. Agustín le había visto hablar a voces en varias ocasiones, cada vez que se ponía a hablar con un extranjero lo trataba como si fuese sordo, como si por gritar le fuese a entender y al mismo tiempo gesticulaba con la cabeza como diciendo, este tío es idiota. Le llamó la atención que había varios asistentes que vestían como si fuesen de la alta sociedad y pensó que tal vez todavía podía sacar algo ese día. Luisito que hablaba como un comunista cuando tomaba una cerveza en el bar, en cuanto tenía oportunidad se hacía pasar por capitalista y hombre de negocios. La creencia de que el que se ha hecho rico robando, te va a contar su secreto del éxito, va a ayudarte. Si el dueño de la fábrica de jamones fuese regalándolos no sería millonario. El pobre confía en que le regale uno de los miles de jamones que tiene, pero al menor descuido el empresario le habrá robado el bocadillo de mortadela.

Marilyn aunque tranquilo, estaba concentrando, pensando cómo salir de allí, cómo dar esquinazo a los guardias civiles y a los hermanos Silvestri. Por el momento era tal la cantidad de asistentes, que era difícil que alguien pudiese ir entre ellos, identificándolos uno por uno para dar con ellos. Al ver gente de todos los rincones del mundo pensó

que Wallter Smith tuvo que ser un hombre muy querido. Era evidente que toda aquella gente asistía de forma voluntaria y por propia iniciativa. No como en esos funerales de estado, a los que el pueblo está obligado a asistir y muchos simplemente pasan por delante del cadáver del viejo dictador para constatar su defunción. Personas que han sido oprimidas durante décadas y que finalmente bailan sobre la tumba del tirano.

Mercedes la desconsolada viuda del señor Wallter, era la única persona que vestía un estricto luto negro, incluido un fino velo unido a un pequeño sombrerito con un lirio negro sobre el lateral de su cabeza. Era una mujer joven, guapa y atractiva, a la que se veía muy afectada. La mayoría de asistentes parecían conocerla bien, continuamente la mostraban su cariño con abrazos cercanos y familiares. Mer, como la conocían familiares y amigos, era una entregada cooperante, habían trabajado desde muy joven en la fundación del tío Wallter, desde niña lo idolatraba, para ella los príncipes de cuento de hadas, los héroes y los superhéroes, eran de carne y hueso, Wallter Smith era uno de ellos.

- Hermanos, nos encontramos aquí reunidos para despedir a un gran hombre. Grande de estatura, pero más grande de corazón...

El cura comenzó su sermón. Su voz era serena, calmada, con una pronunciación anestesiada. Arrastraba y unía las palabras unas a otras, formando largas frases en ocasiones difíciles de comprender. Durante los primeros diez minutos habló del difunto, con cariño y admiración. Después poco a poco su oratoria se fue desviando hacia los presentes y en especial hacia la viuda. Parecía haber algo de recelo en sus palabras, casi un tono de acusación hacia la joven. No directamente, no de forma personal, más bien de una manera ambigua, casi culpando a los asistentes o tal vez a toda la especie humana. Cogió la enorme biblia dorada y de memoria abrió el libro por el pasaje que le interesaba comentar.



Libro del Génesis Capítulo tercero

La serpiente era más astuta que todos los animales salvajes que Dios el Señor había creado,

y le preguntó a la mujer…



- ¡Y no! No me refiero a una cobra ni a una pitón, me refiero a la pequeña culebrilla de un solo ojo, que siempre es el causante de todos los males que padece la humanidad. – Ahora parecía enajenado, su voz se tornó áspera y cortante en un tono grave.

Con la mirada del juez y los ojos del verdugo, escudriñó a los presentes para terminar clavándose en la joven viuda. La mayoría de los asistentes no entendían muy bien el comportamiento del párroco, únicamente él y un puñado de asistentes comprendían que estaba hablando de la causa de la muerte del tío Wallter. Al parecer casarse a su avanzada edad con Mercedes, no fue una buena idea, pues en su luna de miel falleció. El cura como por otra parte suele ser habitual, condenaba los placeres carnales, más en este caso, que llevaron a Wallter a la tumba.

Mientras el sacerdote continuaba con su intensa intervención, sacando

los colores de los presentes, hablando cada vez más sobre el sexo, casi equiparándolo a la guerra, los hermanos Silvestri escudriñaban la capilla en busca de Marilyn. La labor no era sencilla, la masificación de asistentes, los hacía permanecer apiñados y era difícil poder ver más de las caras de las personas cercanas. Desplazarse era imposible, a duras penas, con mucho esfuerzo a empujones, se conseguía avanzar uno o dos metros, provocando el revuelo y la indignación de los asistentes al interrumpir la ceremonia. Desde luego discretos y hábiles no eran, torpes como siempre y de forma abrupta, intentaban avanzar entre la multitud, pero a cada paso chocaban de frente, cara a cara con un individuo cada vez más extraño. El pie derecho de Tresor fue a caer sobre el pie descalzo de un hechicero Shuar, con sus tradicionales pequeñas cabezas jibaras colgadas a la cintura. Le miró con ojos como pozos y habló en una jerga ininteligible. Lucien miró a su hermano y se echó a reír.

- Claro como tú no tienes cerebro y no se te puede reducir más la cabeza... - Tresor era muy supersticioso y aunque el chaman sólo le dio las gracias por asistir al entierro de tío Wallter, él pensó que se trataba de una maldición y casi se caga en los pantalones.

Paco el joven guardia civil, estaba estupefacto, viendo al cura en posición de esquiar, hablando del mete y saca, del toma y daca, del zumba y rumba, palabras textuales que estaba utilizando acompañadas de un montón de gesticulación que estaba dejando perplejos a los asistentes. Lo que nadie sabía era lo que hacía unos minutos hizo el pequeño diablejo pelirrojo: Le había cogido la petaca de whisky escocés a uno de los gaiteros y había vertido todo el contenido en la botellita de vino de la sacristía, guardada bajo el púlpito. El cura que no acostumbraba a beber, tomó varios tragos del cáliz sagrado y la fuerte graduación alcohólica del licor se le había subido a la cabeza.

Permanecía a la espera, no quería estropear la ceremonia, además, no tenían escapatoria.

Diez gaiteros en formación a los pies del féretro exhalaron por los sopletes de sus cornamusas. El aire de los odres salía por los bordones y con hábiles movimientos de dedos sobre el puntero producían una preciosa y triste melodía que recordaba el llanto de un niño mezclado con el quejido de un animal herido. El kilt lucía tartanes granates y

negros con unas finas rayas verde oscuro símbolo del clan Smith. Sobre ellos el tradicional sporran de crin blanco y negro. Los melancólicos acordes producían vibraciones que llegaban al corazón. La gente de tan distintos lugares, razas y credos, se mantuvieron firmes en silencio, recordando cada uno a su manera al tío Wallter.

El cura era un pésimo contador de chistes, pero no podía evitar soltar uno de vez en cuando, tan pronto te soltaba un sermón, como te contaba un chiste de esos tan malos que daban ganas de llorar.

Nada más ver a un niño tan pecoso, aunque estaba hablando con su madre, no pudo evitar hacer uno de sus chistes.

- A ti tengo que confesarte: Pecador, pecas seguro... - Se echó a reír mientras la madre y el niño le miraban atónitos.

El pobre párroco no sabía con quien se metía, aquel niño era el mismo demonio. Su madre estaba delgada como el palo de una escoba debido al estrés que le provocaba el diablejo. Lo había intentado todo, incluso con ayuda profesional, pero hasta los psicólogos y pedagogos terminaban desistiendo. El último tras la primera semana de terapia, le devolvió el dinero cobrado por las horas de terapia, cerró la clínica y se mudó de ciudad.

Cuando los gaiteros dejaron de tocar se hizo el silencio. Entonces uno por uno los presentes fueron subiendo al atril desde donde dedicar unas últimas palabras al difunto. Recordando sus virtudes y bondades. Buenos momentos de tiempos pasados. Cómo lo conocieron y cómo ayudó a cambiar sus vidas. Hay personar ricas en bienes materiales y hay personas como Wallter que eran ricas en amigos. Aunque nació con un amplio patrimonio familiar, que sin atender fue creciendo con los años, tierras en el norte de Escocia y la mansión que perteneció a sus antepasados, la larga estirpe de los Smith.

El cura parecía estar cada vez más borracho y mientras una por una las personas subían y dedicaban unas últimas palabras al difunto él gesticulaba de forma similar a un intérprete de signos para sordos, aunque sus movimientos eran más de pelvis que de brazos.

Agustín pensó que había llegado el momento de largarse, antes de que les hicieran subir a la tribuna para hablar del difunto, casi desconocido, aunque no del todo para Marilyn. Desde luego no era

una buena idea llamar la atención del guardia civil, que aún no los había localizado. Tampoco le parecía correcto subir y hablar del fallecido sin conocerlo, ante sus familiares y amigos. Una falta de respeto que podía costarles muy caro si les descubrían, cosa que no parecía muy difícil cuando le tocase el turno a Luisito.

- Mira ahí al fondo, hay una pequeña puerta, con suerte podremos escapar de este lugar. – Les comentó Agustín.

Los tres hombres cruzaron entre la multitud que permanecía de pie, escuchando las palabras que dejaba cada uno de los presentes. Les costó llegar a la salida, pero la puerta estaba cerrada. No era algo que Luisito no pudiese solucionar con algún objeto a forma de ganzúa. Pero en aquel momento no tenía nada a mano, entonces vio el alfiler ornamental que una mujer llevaba en la solapa de su chaqueta.

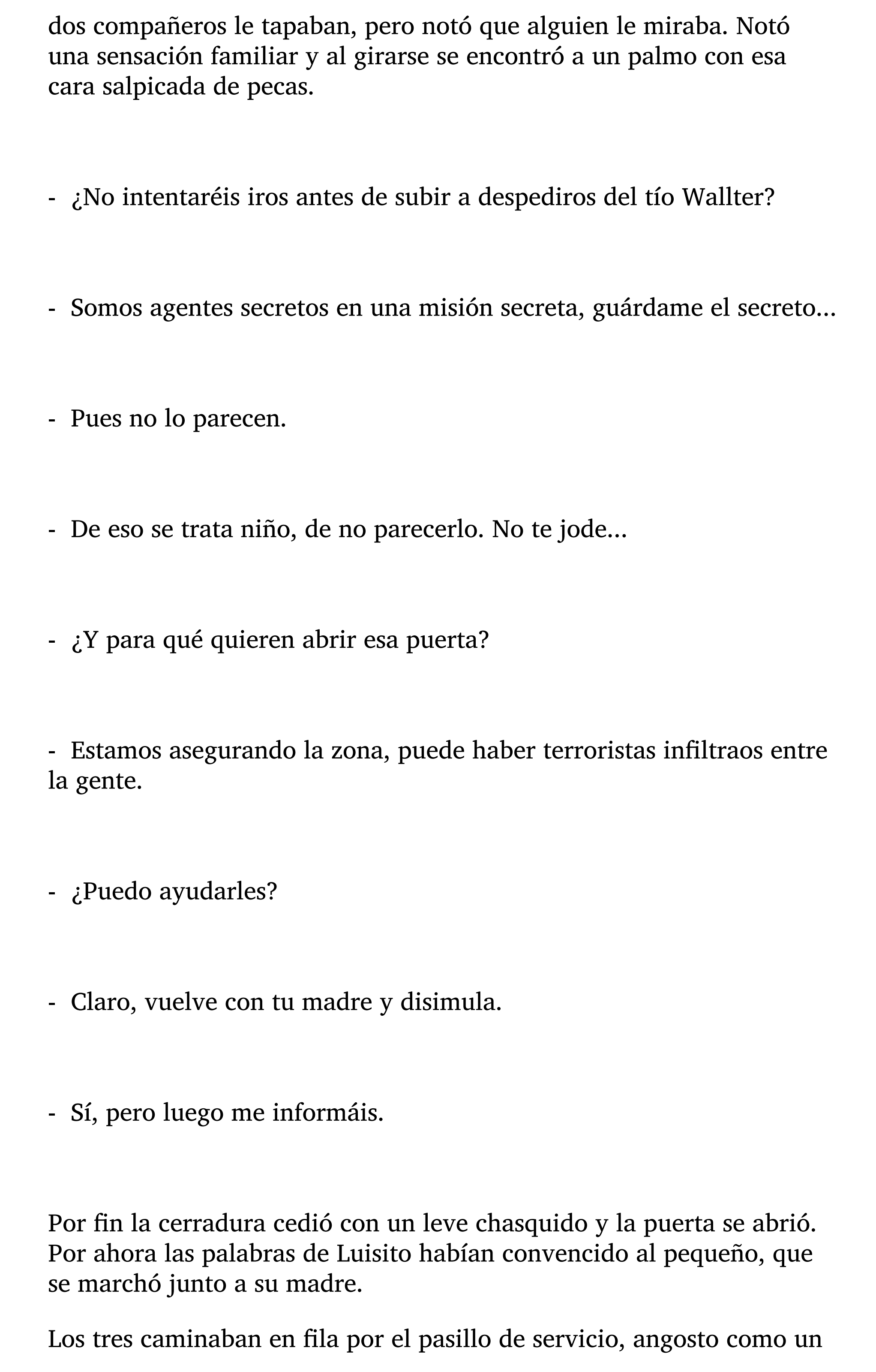
- Necesito algo para abrir la puerta, el alfiler de esa mujer. – Antes de decir nada más Marilyn se acercó a ella.

Hizo gala de su donde de gentes y en un instante entabló conversación con la mujer. Agustín y Luisito le observaban asombrados. Pero pensaban que le iba a resultar imposible robárselo. Entonces sin poder oírlos, viendo únicamente como gesticulaban mientras hablaban, él señaló el adorno de la mujer y ella se lo quitó de la chaqueta y se lo entregó. Luego regresó con él en sus manos.

- ¿Pero qué milonga le has contao? – Preguntó Luisito mientras cogía el alfiler y se disponía a forzar la cerradura.

- Ya te lo contaré, ahora a lo tuyo, que tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Mientras se concentraba en los precisos movimientos de relojero, los



dos compañeros le tapaban, pero notó que alguien le miraba. Notó una sensación familiar y al girarse se encontró a un palmo con esa cara salpicada de pecas.

- ¿No intentaréis iros antes de subir a despediros del tío Wallter?

- Somos agentes secretos en una misión secreta, guárdame el secreto...

- Pues no lo parecen.

- De eso se trata niño, de no parecerlo. No te jode...

- ¿Y para qué quieren abrir esa puerta?

- Estamos asegurando la zona, puede haber terroristas infiltraos entre la gente.

- ¿Puedo ayudarles?

- Claro, vuelve con tu madre y disimula.

- Sí, pero luego me informáis.

Por fin la cerradura cedió con un leve chasquido y la puerta se abrió. Por ahora las palabras de Luisito habían convencido al pequeño, que se marchó junto a su madre.

Los tres caminaban en fila por el pasillo de servicio, angosto como un

pasadizo. Dejaron atrás el tenue brillo de las luces de emergencia. Caminaron por la oscuridad guiados por la luz que se encontraba sobre la puerta de salida. Como barcos guiados en la niebla por el faro escucharon cánticos, pero no era de sirenas. El cura había cogido el micrófono y se había puesto a cantar, comenzó con cantos eclesiásticos, pero pronto comenzó con la discografía de Julio Iglesias. La lengua se le trababa, dando muestra de su estado de embriaguez. Pero nadie dijo nada, los extranjeros porque desconocían las costumbres funerarias de nuestro país, los otros por que no conocían al párroco y pensaron que tal vez se estaba dejando llevar por la emoción y la tristeza. Cada uno siente el dolor a su manera y las tradiciones dan muestra de ello, unos visten de luto y lloran al difunto y otros se engalanan con vivos colores y celebran una especie de fiesta comiendo, bebiendo y bailando hasta caer exhaustos.

Alcanzaron la salida, las puertas disponían de un sistema para emergencias que permitía abrirlas desde el interior. Luisito puso la mano sobre el tirador y antes de empujar, se concentró como quien lanza una moneda al aire esperando que salga lo que ha elegido. Antes de abrir los tres percibieron una vibración rítmica producida por instrumentos de percusión acompañados de guitarras y golpes de tacones sobre el suelo.



Capítulo 29

¡Esta primavera nos forramos!

Caracuel

1986



De la parte trasera de la furgoneta sacaron pala y pico, dos sacos de cemento arena y grava que habían robado previamente de una obra pública. Cavaron cuatro hoyos y colocaron cuatro tubos de hierro cortesía de la comunidad de Castilla La Mancha. Era ya muy tarde, pasadas las doce de la noche y para ver donde picaban tuvieron que alumbrarse con los faros del vehículo.

- Verás, vamos a montar un chiringuito cojonudo. – Luisito estaba entusiasmado, no paraba de hablar mientras hacia la mezcla de cemento arena y grava.

- ¿Estás seguro de que no nos dirán nada? ¿Cómo vamos luego a desmontar esto? – Agustín estaba algo preocupado, aunque contagiado

por la ilusión.

- Mañana a primera hora cargamos la furgoneta de bebida, que ya lo tengo hablao con el dueño del New York... Los botijos nos los deja a cinco duros y nosotros aquí los podemos vender a veinte... Nos vamos a forrar...

A las seis de la mañana cargaron en Villaverde y para las ocho ya estaban en Caracuel, una pequeña aldea de Ciudad Real, donde ese día de primavera se celebraba la romería del santo. Para las diez de la mañana ya había multitud de gente, familias enteras que habían ido a pasar el día en el campo, beber cerveza y comer morcilla y chorizos asados como manda la tradición. Para eso de las doce, el chiringuito estaba atestado, había al menos tres filas de personas rodeándolo. Luisito y Agustín no daban abasto. Llevaban toda la mañana sirviendo cervezas sin parar, parecía que esta vez la idea parecía buena, ya habían cubierto los gastos y a partir de ahora todos los botellines que vendiesen serían ganancias para ellos. En aquel momento el cielo se iluminó, después se escuchó un trueno y al instante un granizo grueso comenzó a caer del cielo apedreando a la gente, que corrían a refugiarse a la emita y a los coches. Después de quince minutos granizando comenzó el diluvio. Lo único que quedó en pie fue el sombrajo que cimentaron la noche anterior. Cuando terminaron de recoger, el barro les llegaba a los tobillos y en el New York estuvieron sirviendo botellines con barro durante un mes. Una vez más ni Dios ni el diablo quisieron tomar parte en los asuntos de Luisito y de Agustín. Por esta vez y devolviendo la bebida sobrante al dueño, se habían quedado sin deudas, tal y como empezaron, con una mano delante y otra detrás.



Capítulo 30

Amores que Matan



Wallter Smith era un hombre centrado en su fundación. Viajaba por todo el mundo para implantar proyectos de colaboración, que mejorase la vida de las personas, centrándose especialmente en los más necesitados y en dar educación a los niños.

Curiosamente para ser descendiente de la nobleza, era un hombre grande y fornido, con grandes manos, si en lugar de vestir galantemente, se pusiese pantalones vaqueros y camisa de cuadros se diría que era un leñador. Se le veía especialmente ridículo a la hora del té, sosteniendo la tacita con delicadeza con sus enormes dedos. Pelo ya caoba que fue naranja vivo en su infancia y pecas pequeñas, que con la edad parecían difuminadas. El espeso y largo bigote, junto con la perilla seguían conservando ese color anaranjado.

Una vez Wallter le dijo a Marilyn:

- No sé si nos ganaremos un sitio en el cielo, pero seguro que tendremos amigos en el infierno. – Se atusó el amplio mostacho anaranjado con el índice y pulgar mientras sonreía.

Y resumía muy bien la realidad, ya que puedes ayudar a una persona en dificultades, puedes dar de comer al hambriento, de beber al

sediento y refugio al vagabundo, pero no puedes pretender cambiar lo que son. No puedes decidir qué hacer con sus vidas. Trabajar con niños resultaba más complicado, pero los resultados eran mayores, se podía romper la cadena de pobreza, borrar las huellas y seguir un nuevo camino.

Tío Wallter estaba interesado en el proyecto que Marilyn estaba desarrollando en Mogadiscio: Un orfanato para niños desamparados, donde principalmente se les daba formación práctica para el día de mañana: Educación primaria para los más pequeños y escuelas de oficios para los más mayores.

Mercedes pasaba todos los veranos en Escocia, en casa de una familia de acogida de intercambio de estudiantes para estudiar inglés. A los catorce años, en su primer año de intercambio, vio por primera vez a Lord Wallter Smith, vecino de la finca colindante que solía salir por las mañanas a pasear a caballo. Aunque era un hombre adulto que perfectamente podría ser su padre e incluso su abuelo y ella prácticamente una niña, se enamoró de él. Le parecía el hombre más apuesto y atractivo del mundo, un hombre fuerte y elegante.

Salía todas las mañanas a caminar por los alrededores, con esperanza de encontrarse con él, pero no era sencillo, pasaba mucho tiempo fuera, viajando a diferentes países. Aunque finalmente, el verano siguiente cuando Mer acababa de cumplir los quince, por fin se encontraron. Ella montaba a Hazel una yegua de color castaño que le dejaba su familia de acogida. Un caballo joven y asustadizo, que únicamente ella se atrevía a montar. Al cruzarse con el caballo del señor Smith, Hazel se desbocó, salió al galope poniendo en peligro a Mercedes. Lord Wallter se vio obligado a ir tras él para intentar detenerlo. Consiguió darle alcance y hacerse con las riendas del animal. Cuando el susto hubo pasado, se presentó cortésmente ante la jovencita que conmocionada por lo ocurrido y por tener delante a Lord Wallter Smith, sólo acertaba a decir:

- ¡My hero! – Sus ojos verdes acuosos por la emoción parecían esmeraldas.

Wallter se echó a reír escuchando a la joven que no paraba de repetir la palabra héroe.

- Sin duda que me gustaría ser un héroe, pero le garantizo que he pasado al menos tanto miedo como usted... - Con las riendas de ambas monturas en su mano izquierda, cogió con su diestra la delicada mano de ella. – Wallter.

- Mercedes. – Dijo ella sin dejar de mirar sus ojos azules profundos como el mar.

Él realizó un saludo galán y después la preguntó hacia dónde se dirigía. Bajaron de sus caballos y pasearon por la verde campiña escocesa, mientras charlaban.

Desde aquel día, Mer estaba perdidamente enamorada de Wallter, aunque para él, ella no era más que una niña simpática y graciosa, con la que le gustaba charlar y pasear por los prados y bosque cercanos, que colindaban con su finca.

En 1988 casi veinte años después de que se conociesen, Mercedes y Wallter se casaron. Habían sido amigos primero durante los largos paseos veraniegos y más tarde, cuando ella terminó la carrera trabajó en su fundación, viajando para implantar proyectos de cooperación a todos los rincones del mundo.

Los grupos armados rebeldes, comenzaban a hacer aparición, por el país, en Somalia comenzaba a cocinarse una larga guerra civil. Pero debían seguir trabajando en el orfanato, ahora los niños les necesitaban más que nunca.

No se podía decir que era un viaje de luna de miel al uso, pero era lo habitual en Wallter y por otro lado lo esperado por Mercedes. Ya habían estado varias veces en Mogadiscio, en pleno cuerno de África, pegando a la costa y con su catedral y mezquita tenía el encanto de las ciudades antiguas, perdidas en la distancia, en las que el turismo en masa todavía no había engullido.

Tresor Silvestri hablaba por teléfono desde una cabina en la calle, casi a gritos, tapándose con la mano derecha la oreja para intentar seguir la conversación con su jefe, sin que interfiriese el estruendo producido por el trasiego de vehículos: Viejos camiones cargados de mercancía, expulsando humo igual que locomotoras de vapor. Nerviosos conductores de motocicletas que no levantan el dedo del claxon y avispados taxistas con sus desvencijados, descoloridos y abollados

Mercedes Benz. Mientras su hermano Lucien disfrutaba de un helado, recién raspado de un bloque de hielo, con un chorro de sirope de frambuesa recostado contra la parte posterior de la cabina telefónica. Colgó su hermano el aparato con un sí señor, a la orden señor.

- Como si no tuviésemos suficiente trabajo... Nos dan un nuevo encargo...

- Deberíamos hacer dos equipos, yo puedo encargarme del profesor. – El cucurucho estaba en el punto justo, parcialmente derretido con el caramelo bien mezclado. De un manotazo el otro se lo tiró al suelo.

- Deja de comer hostias y escucha: Tenemos que eliminar a un tal Wallter Smith.

Lucien miraba como su helado se derretía en la acera, si no llega a estar su hermano delante se hubiese lanzado de cabeza de forma instintiva como un perro a por un hueso.

Un botones muy delgado, huesudo y una mujer gorda, entraron en la habitación del hotel donde se hospedaban los Smith.

- ¡Te dije que te disfrazases de camarero, no de doncella!

- Pero no entraba en los pantalones...

- Si no comieses tanto... Me gasto la paga entera en llenar la nevera y tú la vacías en un día.

El plan de los hermanos era añadir unos polvos usados en magia negra para envenenar al señor Wallter. Los pondrían en la botella de whisky

escocés, que había en la pequeña nevera. Esta vez todo había salido bien, ahora sólo quedaba esperar y observar. Tresor miraba con unos enormes prismáticos desde la ventana del bloque de enfrente.

- Déjame ver a mí. – Lucien quería usar los prismáticos, pero el otro no le dejaba. Se cruzó de brazos con cara de niño enfadado.

- Calla, calla, que ya han llegado...

La pareja llegaba al hotel, ella cogió la botella de alcohol, sacó dos vasos del mueble bar y sirvió dos copas de Chivas Regal.

- ¡Bien! ¿ves? Los escoceses siempre beben whisky.

- A ver, a ver, déjame ver a mí. – Esta vez no pudo aguantar más y le quitó los prismáticos de las manos. – Se lo beben, se lo beben...

Ahora el que estaba enfadado era Tresor, con cara de niño malo castigado en un rincón.

Antes de terminar la primera copa y servir otra, Mercedes puso el disco de la banda sonora de Grease, movimiento repentino de caderas y comenzó a bailar dando saltos por la habitación. Wallter también parecía animado y pese a su edad realizaba una imitación de John Travolta insuperable.

- Aquí pasa algo raro. – Comentó Lucien. – Un tirón de sopetón y los binoculares volaron de sus manos.

- Pero que diablos... ¿Le pediste al brujo la poción que te dije?

- Claro, le dije que me diese lo más fuerte para eso...

- ¿Para eso?

- Tú hablaste antes con él. Al entregarme el frasquito dijo: Esto es lo que necesitas...

La pareja comenzó a bailar agarrados, luego un largo beso y de un giro terminaron en la cama. Walter se sentía como un chaval de quince años, pensando únicamente en los pechos de Mercedes.

- Tres puñeteras horas llevan follando sin parar... ¿Qué coño te dio el hechicero? – Tresor estaba perdiendo la paciencia, observándolos nervioso mientras que su hermano sentado en una incomoda silla se había quedado dormido de aburrimiento, con la barbilla apoyada en el pecho y la boca entreabierta babeando.

Antes de alcanzar el quinto orgasmo, Mer gritaba llamándole campeón. No sabía lo que le pasaba, pero se encontraba continuamente en estado de éxtasis. Los jadeos fueron subiendo de volumen y como la traca final tras los fuegos artificiales llegó el momento álgido, el clímax. Cohetes, tambores y hasta gaitas escocesas escuchó Lord Wallter Smith, después con cara de estúpida felicidad, su rostro se quedó congelado en una mueca burlona. Se desplomó y se quedó tieso. El médico que llegó con la ambulancia certificó su defunción. Motivo del fallecimiento: Muerte por agotamiento y felicidad. Al cubrirlo con la sábana se montó una tienda de campaña canadiense. No había manera de que su miembro viril descendiese. La situación era tal, que decidieron trasladarlo al tanatorio tumbándolo del revés. Se escuchó un estallido, parecido a la explosión del neumático de un coche, la piel sintética de la camilla fue penetrada. Lo peor llegó a la hora de meterlo en el ataúd, el forense hubo de emplearse a fondo usando incluso un martillo y después atársela a la pierna para que no volviera a levantarse.

Don Raimundo, el cura, puso de monaguillo al pequeño diablo pelirrojo, quien sorprendentemente aceptó de buen grado. La labor del turífero es llevar el incensario, pero tal vez era pedir demasiado. Así que en esta ocasión lo llevaría él, el pequeño se limitaría a ayudar en los preparativos. La práctica de pasar con el humo sagrado alrededor del ataúd se estaba perdiendo. Don Raimundo, aunque era un sacerdote joven, le gustaba mantener las tradiciones. A esas alturas, los efectos del alcohol estaban remitiendo, no podía imaginar que el mocoso estaba contrariado por los continuos chistes sobre pecosos que hacía el cura.

Lord Wallter Smith parecía reírse de todos los asistentes desde su ataúd, su cara impertérrita como una fotografía continuaba con la misma sonrisa estúpida con la que falleció.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…Soy medio escritor

Antiguamente con escribir un relato era suficiente para considerarse escritor: Véase la Biblia…

Más tarde según avanzaba el conocimiento y la cultura, nacieron los escritores de un solo libro: De estos en nuestro país hay un montón… No hace muchos años comenzaron con las trilogías: para ser escritor no valía con escribir un novelón, había que publicar una saga de gruesos y voluminosos tomos. Y ahora en la era digital si escribes diez o veinte novelas, a lo más que puedes aspirar es a que te llamen medio escritor…

— ¿Pero has escrito un libro? ¡Fírmamelo por favor!

— Van ya más de diez. - Contesté a la vez que le dedicaba el ejemplar.

Se trataba de un conocido que hizo aparición en una reunión familiar. A veces a uno le gusta presumir un poco, aunque sea regalando un libro ante un familiar…

— Y ¿De qué va la historia?

— La Reliquia es la primera novela que publiqué, allá por el 2006, un relato de aventuras en el ámbito de la ciencia-ficción, aunque también contiene mucho humor y alguna que otra historia de amor…

Comentaba el libro mientras le estampaba mi firma bajo una breve dedicatoria.

— Es ya un libro antiguo, ahora escribo algo mejor, con estilo más depurado, menos ciencia-ficción y algo más de acción; pero siempre con un mensaje de fondo, creo que lo fundamental es tener algo que contar…

Como es habitual se las dio de ávido lector. Siempre se suelen tirar el folio dándoselas de cultos, me fío más de la gente que pregunta: ¿Cuándo sacarán la película..?

Pues bien dice un amigo mío, que en este país todo el mundo escribe y nadie lee.

— ¡Ya ve, este nieto mío que es medio escritor! - Soltó mi abuela, echando a perder mi intento de sorprender. ¡Todo mi gozo en un pozo!



¿DÓNDE QUEDARON AQUELLOS tiempos en los que para ser escritor bastaba con escribir un relato y además te erigían santo?



Capítulo 31

La Boda

Madrid

1988



Alcanzaron la salida , las puertas disponían de un sistema para emergencias que permitía abrirlas desde el interior. Luisito puso la mano sobre el tirador y antes de empujar, se concentró como quien lanza una moneda al aire esperando que salga lo que ha elegido. Antes de abrir los tres percibieron una vibración rítmica producida por instrumentos de percusión acompañados de guitarras y golpes de tacones sobre el suelo.

El cambio de contraste les dejó algo descolocados, pasar de un entierro a una gran celebración, donde todo el mundo bebía, bailaba y cantaba, les produjo una sacudida.

Tanto la familia del novio, como la de la novia, eran muy numerosas y había una enorme cantidad de invitados. Las bodas gitanas se suelen celebrar por todo lo alto, de manera efusiva y ostentosa. Los novios suelen ser muy jóvenes, ya que al igual que sucedía en el pasado, la

familia del novio realiza la petición de la mano de la muchacha cuando aun son prácticamente niños. El noviazgo puede durar varios años, el tiempo suficiente para conocerse bien, aunque hasta después de casados no consumaran el matrimonio.

Al inicio de la ceremonia los invitados se rompen las camisas en señal de alegría y euforia. Los novios son levantados en hombros y les echan almendras caramelizadas, a la vez que se canta el Yeli: Una de las diversas canciones de alborea que cantan los gitanos en honor de la novia. Dicho cante sólo se realiza en las bodas, pues se dice que hacerlo fuera de ella trae mala suerte.

La novia a de llevar dos vestidos, uno rosa que es símbolo de feminidad y sobre él uno blanco que simboliza la pureza.

La ceremonia no suele durar más de unos minutos, aunque los festejos pueden extenderse varios días.

La novia llevaba un precioso vestido blanco con bordados, larga cola, volantes y encajes. El pelo negro recogido en un elaborado peinado, rematado por una corona blanca de fina orfebrería, en plata y pequeñas perlas. Ancha gargantilla y pulsera a juego con la corona y los pendientes. Era muy joven y hermosa, de piel canela, ojos grandes y brillantes y una sonrisa perfecta.

El novio era de tez muy pálida, con tonos anaranjados, tenía el pelo de color castaño y vestía un traje blanco, con americana, pantalón, chaleco y fajín de un blanco perla, que contrastaba con el blanco crudo de la camisa y la corbata. A ambos se les veía algo nerviosos, pero muy felices.

Por ahora habían despistado al guardia civil joven, que quedó atrás en el entierro. Pero seguían atrapados. La sala donde se celebraba la boda al igual que la capilla únicamente disponían de una puerta de entrada y salida, que daba hacia el corredor central, donde les esperaban el guardia civil de mayor edad junto al director de aduanas del aeropuerto. Estaban atrapados en ese rincón del aeropuerto, mientras escuchaban despegar los enormes Boeing 747 desde la zona internacional. Atrapados en el lugar desde el que miles de personas todos los días partían hacia lugares de todo el mundo. Los tres destacaban entre la gran cantidad de invitados. Luisito con pintas de un cantante de rock, Agustín con su piel blanca acentuada ahora por los nervios, y sus bajadas de tensión. Como colofón, Marilyn, negro como el carbón y largo como un día sin pan.

Cuando entraron algunos de los gitanos los miraron desconcertados, pero tal vez por el ánimo festivo de la celebración no dijeron nada. El motivo real y desconocido para los tres hombres, era que el hermano de la novia era un importante patriarca, aunque aparentaba ser bastante mayor, debía de rondar la treintena, su padre había fallecido cuando él era un niño y se había convertido en el padre de familia, haciéndose cargo de sus tres hermanas pequeñas. Así que si había decidido invitarlos, nadie le llevaría la contraria y a todos les parecería bien.

Sentado a la mesa, cerca de los novios, se encontraba observándolos un hombre de traje negro, sombrero de fieltro con lazo blanco y profundos ojos oscuros. Agustín cruzó la mirada un instante y agachó la cabeza instantáneamente evitando mirarle.

- Me parece que aquí no somos bienvenidos, no sé si será mejor entregarnos a la policía o esperar que nos linchen aquí mismo. – El profesor Marilyn, susurraba entre dientes.

La tensión era palpable, aunque la música no había parado, todo el mundo los miraba de reojo. Luisito se acercó a una de las mesas, cogió una copa de vino en la mano mientras todos le apuñalaban con la mirada, la puso en alto y gritó:

- ¡Vivan los novios! – Y se la bebió de un trago. Todos a la vez gritaron. - ¡viva!

La gente volvió a sus cánticos, a sus palmas y a sus bailes. Pero el hermano de la novia se levantó y cruzó entre la multitud directo hacia ellos. Ahora que Agustín lo veía desde más cerca, se le hizo cara familiar. Había visto esos ojos en algún sitio, pero no conseguía recordarlo, no lograba poner un lugar y una fecha. El hombre se detuvo a un metro de distancia, sin decir nada, ahora todo el mundo se quedó en silencio observándolos, la celebración se había detenido. Los tres hombres estaban pasmados, ni siquiera Luisito era capaz de articular palabra, esta vez no se le ocurría ninguna frase ingeniosa, ninguna manera de salir del paso.

- Verá, sentimos... - Antes de poder decir tres palabras el patriarca se abalanzó sobre Agustín.

- Ven aquí amigo.

Lo estrechó entre su brazos y le dio dos besos, como si fuese un familiar o un viejo amigo al que llevaba años sin ver. Entonces la mirada se le hizo más familiar y recordó los ojos de un niño, la mirada de un niño asustando en una vieja fundición. Se trataba sin duda del niño al que ayudó a escapar.

- ¡Que traigan tres sillas! – y Señaló con un movimiento de cabeza que las colocasen en la mesa de los novios, junto a él.

Los tres estaban preocupados por escapar de la policía, pero aquella era la boda de la hermana pequeña del Chato y nadie le despreciaba una copa.

- Otra ronda para mis primos: Arriba, abajo, al centro y pa dentro... - Le habían caído bien al Chato, sobretodo el senegalés y eso que no había visto uno en su vida.

El patriarca se había empeñado en que eran parientes, seguramente primos lejanos, el caso es que no podían perderse la fiesta. Incluso decía que Marilyn era un familiar lejano, muy lejano. Se encargó de que a los tres hombres no les faltase comida y bebida en abundancia. La verdad, era fácil sentirse cómodo entre aquellas personas, casi como uno más de la familia.

En una mesa redonda, cercana a la de los niños, destacaban por su volumen dos enormes mujeres. Las hermanas gemelas Rosa y Margarita, dos florecillas de más de cien kilos, a las que nadie quería deshojar. Las dos con vestido largo, una de color magenta y la otra

fucsia, con tanta tela, que podía servir perfectamente de cortinas o de sábana. Solían llevar ropa de colores diferentes, al igual que la pintura de los ojos y labios, también solían alternar los peinados, cuando una llevaba el pelo recogido la otra lo llevaba suelto. Lo hacían desde niñas, tal vez comenzó haciéndolo su madre para diferenciarlas, pero ahora lo hacían para sentirse diferentes una de otra.

Los gitanos solían casarse a muy temprana edad, pero ambas mujeres pasaban ya de los treinta y nadie las había pedido en matrimonio. No había hombre joven o viejo que se atreviese con tanta carne.

No se podía despreciar una copa ofrecida por El Chato, menos aún siendo invitados de honor en la boda de su hermana. Agustín que no estaba acostumbrado a beber, tenía las mejillas y las orejas rojas y hablaba sin parar con Marilyn sobre sus novelas. El somalí estaba interesado en algunas de las ideas que se les habían ocurrido a los dos madrileños. Los viejos permanecían sentados charlando alrededor de las mesas, los jóvenes y niños bailaban en el espacio despejado del centro de la sala. La abuela Eulalia La Flaca, taconeaba sin parar, con más vitalidad que una niña de doce años. Vestido negro con lunares negros y amplios volantes hasta los tobillos que movía agarrando con la mano derecha en violentos zigzag, mano izquierda en lo alto con movimientos y giros de muñeca al son de la música. Entre toda aquella gente alegre algo rompía la coherencia de la escena y la vista del profesor se desvió hacia las dos sombra negras inmóviles que aparecían a lo lejos. Se trataba de los inconfundibles hermanos Silvestri.

Podía parecer distraído, incluso algo borracho, pero El Chato estaba al tanto de todo lo que ocurría en la sala. Había visto aparecer a los dos extraños hombres por la puerta de servicio y también vislumbró la preocupación o tal vez miedo en la cara de Marilyn. Desde la distancia y con una rápida mirada observó el pliegue de la chaqueta del huesudo, que debía de esconder un arma de fuego en el costado. Por otra parte al gordo podía vérsele una protuberancia en el bolsillo derecho del pantalón, posiblemente una navaja. Desconocía las intenciones de aquellos extraños personajes, pero desde luego entrar armado y sin invitación a una boda gitana no le parecía buena idea. Navaja como la que llevaba Lucien en el bolsillo era el juguete de cualquiera de los niños allí presentes. La navaja nunca faltaba en uno de los bolsillos, muchos de los jóvenes llevaban revolver, mientras que los ancianos solían portar armas clásicas: Bastón provisto de cañón, cargado con cartucho de postas, Sable en el paraguas o la típica vara de vergajo de pene de toro retorcido, con la que no se mata, pero se muele a varazos al más pintado.

Los hermanos como en otras ocasiones, no parecían percatarse de que eran el centro de atención.

- Mira, está ahí, en la mesa del fondo.

- Habla más bajo, disimula, nos acercaremos sin levantar sospecha.

Tresor ya estaba tramando un nuevo plan para matar al profesor. Pero antes debía pensar como hacer que saliese de aquel lugar.

- ¿Pero qué demonios haces? – Le dio un manotazo en el cogote a Lucien.

- Es que me gusta esta música.

- Te he dicho que no llames la atención y te pones a bailar...

Cruce de miradas esperando la confirmación del patriarca para echarlos de la fiesta previa molienda: Dos ingenuos granos de café en el centro del molinillo rodeados por cuchillas.

Al Chato le interesaba lo que Marilyn pudiese saber sobre aquellos dos individuos. Le contó lo poco que sabía, rumores, habladurías, sin saber hasta que punto eran ciertas. Pero eso le bastó para hacerse una idea de qué tipo de personas eran. El alto, aunque fuerte y grande, le pareció inofensivo, un oso sin garras ni colmillos; Por el contrario el delgaducho, nervioso e inestable, era impredecible, el gato famélico que salta como un cepo clavando sus dientes.

Decidió encargarse personalmente del asunto, no quería que nadie estropease la boda de su hermana pequeña. Además, tal vez, pensó que podía matar dos pájaros de un tiro, quien sabe, cosas más raras se han visto.

Miradas, señas, algún tipo de código secreto, pero el patriarca ordenó a sus hombres que no hiciesen nada. Se levantó y se dirigió directamente hacia los dos forasteros. Los músicos dejaros de tocar y se hizo un silencio. El chato se echó mano al bolsillo derecho de su chaleco buscando su encendedor. El puro que llevaba entre los labios

hacía rato que estaba apagado. Al ver ese movimiento los dos hermanos pensaron que iba a sacar un arma, así que aunque estaban en inferioridad numérica, se dispusieron a sacar sus armas y prepararse para el enfrentamiento. En un instante al menos ocho hombres se abalanzaron sobre ellos, dos hombres por cada brazo, inmovilizándolos. Sacó su mechero chapado en oro, se encendió el puro y exhaló una nube de humo sobre la cara de Tresor, que no paraba de moverse nerviosamente intentando zafarse de las manos de sus captores. Los hombres del Chato impacientes, como perros de presa esperando ser desatados, esperaban sus órdenes.

- Está bien muchachos, soltarlos. – Cedieron con sorpresa, no estaban acostumbrados a ser tan benevolentes.

Los hermanos permanecían inmóviles, petrificados. Todo el mundo los miraba en absoluto silencio.

- ¡Música! Vamos, que siga la fiesta, aquí no pasa nada.

El Chato tenía un plan secreto para aquellos dos hombres; además, no quería estropear la boda de su hermana pequeña.

- Nada de peleas, hoy estamos de celebración. Somos todos hombres de Dios y de familia. – Tresor no entendía ni media palabra y permanecía con cara de lelo, pero su hermano Lucien había ido a un internado donde las profesoras hablaban castellano.

- Sentimos mucho lo ocurrido. – Se disculpó con acento andaluz.

- ¿Están ustedes casados? – Lucien sonrió sin motivo aparente.

- No, los dos somos solteros.

- ¡Perfecto! - Lo que había imaginado.

Siempre andaba buscando marido para sus primas, pero la cosa cada vez estaba más difícil. Aunque esta vez tenía un presentimiento. Los hermanos Silvestri le venían ni que pintados. Estos dos no se le escapaban.

Los camareros pusieron dos sillas junto a Rosa y Margarita, siguiendo las instrucciones del patriarca. Surgió algo inesperado, a los hermanos les parecieron dos mujeres preciosas, con muchas curvas, como a ellos les gustaban y a las hermanas aquellos hombres morenos con rasgos persas, les parecieron de lo más atractivos. Ciertamente la belleza va en gustos, sólo hace falta viajar un poco para darse cuenta de ello. Además las dos hermanas eran muy buenas personas, siempre se ocupaban de mediar para resolver los problemas que se producían en la comunidad. El Chato decía que tenían un corazón tan grande que no les cabía en el pecho.

Lucien hacía las veces de traductor, aunque la verdad, las hermanas eran poco habladoras. Esquivaron como pudieron las preguntas sobre su trabajo: Seguridad privada, comentó sin profundizar en el asunto.

Los brindis por los novios se sucedían de continuo, a menudo con gracia y salero, la gente se ponía en pie tocando las palmas. El ambiente era tan cálido y familiar, que incluso Agustín parecía despreocupado, la alegría de la gente era contagiosa, aunque uno no hubiese tocado las palmas en su vida, en aquel ambiente y habiendo tomado alguna copa, era fácil arrancarse por bulerías.

El Chato se levantó, antes de coger la copa en su mano, tocó las palmas al ritmo de la música y se marcó un corto pero explosivo taconeo.

- Quiero hacer un brindis por mis primas: Rosa y Margarita las dos flores más bonitas.

Al sentarse, serio y en voz queda sentenció:

- Como me llamo Miguel Egidio Gonzales que estos no salen de aquí si no se casan con mis primas.

Pidió a los músicos que tocasen canciones para el baile, luego regresó a su sitio en la mesa central de los novios y poniéndose en pie ordenó a todos que se pusiesen a bailar.

- A bailar todo el mundo.

Lucien le pidió a Margarita que bailase con él. Acepto la invitación encantada, con alegría e ilusión. Tresor aunque sin muchas ganas, sacó a la otra hermana. Era difícil desplazarse por la pista, con tanta gente apiñada era obligatorio bailar bien pegados. La cara larga y triste de Tresor cambió cuando notó el calor y el tacto de los enormes pechos de Rosa contra su cuerpo. Pero a su hermano no le pillaba por sorpresa, se había fijado desde un principio en los enormes pechos como cantaros de miel y procuró desde el comienzo del baile estar lo mar pegado posible a su pareja.

Ahora la música era más lenta y su cabeza que reposaba en el hombro fue deslizándose hacia los enormes pechos.

- ¡Cambio de pareja! – Ordenó el Chato.

Ahora Lucien bailaba con una niña de diez años y Tresor intentaba separar su cuerpo sin demasiado éxito de una anciana que era todo piel y hueso. La mujer se le pegaba como una lapa. Tal vez el vino o simplemente la edad, pero aquella mujer estaba más salida que el pico de una mesa, no hacía más que restregar la entrepierna contra su pareja. Sólo de pensarlo se estaba poniendo amarillo.

- ¡Cambio de pareja! – Gritó de nuevo.

Sin darse cuenta, Tresor se encontró abrazado a Marilyn, Lucien bailaba con Agustín y Luisito reposaba su cabeza sobre los pechos gigantes de Margarita. Tresor y Marilyn se miraron desafiantes, en cada quiebro echaban un pulso, intentando llevar las manos al cuello del otro. Evidentemente el somalí era mucho más fuerte y consiguió colocar sus dos manos sobre el gaznate de Tresor. Mientras giraban evolucionando, se ponía morado por la falta de aire. Cuando lo tenía prácticamente asfixiado, se ordenó un nuevo cambio de pareja, esta vez con mayor fortuna todos regresaron a la inicial. Amoratado, con la lengua fuera, intentaba recuperar el aire entre los senos de Rosa.

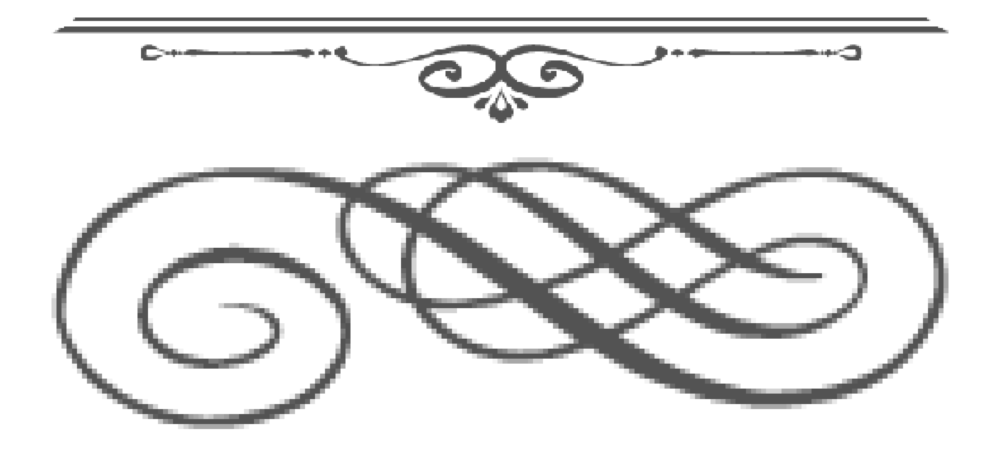


Capítulo 32

Un Hombre muy Gordo

Madrid

1986



AGUSTÍN ACOMPAÑÓ A Luisito a mirar unas cosas en los almacenes de Galerías Preciados en la zona centro de Madrid. Nada más entrar, Luisito comenzó a comportarse de forma nerviosa, mirando a uno y otro lado, como si alguien le persiguiese. El otro se dio cuenta y dedujo que algo andaba tramando, así que para no verse implicado, se fue a echar un vistazo a la sección de librería. Pasó unos treinta minutos mirando y hojeando las páginas de las novelas más vendidas;

dejándolas más tarde en el lugar de donde las había cogido. En esta ocasión, como en la mayoría de veces, no llevaba dinero encima. Las primeras ediciones encuadernadas en tapa dura, solían ser bastante caras y pensó que tal vez si conseguía ahorrar un poco, para el mes que viene se podría comprar alguna.

- Déjate de libros, que estropean la vista. – Le sorprendió la voz de su amigo mientras andaba entretenido leyendo el prólogo de una novela. – Venga, vámonos de aquí.

Dejó el libro en la estantería y al darse la vuelta vio la figura deforme de Luisito: Los pantalones vaqueros hinchados apunto de estallar, le conferían forma de embutido a las extremidades, salchichas, chorizos o para ser más exactos, barras de mortadela. Llevaba la camisa de cuadros azules por fuera del pantalón y en la zona del abdomen le salía una prominencia, que le daba toda la vuelta a la cintura, como si llevase debajo un neumático o un flotador.

- Venga, vamos. – Repitió otra vez, como si no pasase nada.

Caminaba como las muñecas de Famosa. No podía doblar las rodillas, los pasos eran cortos y rígidos. Agustín no sabía que hacer, pensó en distanciarse, pero Luisito le hacía señas de forma insistente, para que permaneciese a su lado. Pasaron por delante de una de las dependientas, una chica joven, de pelo rubio y ojos claros muy guapa. Se quedó mirando con cara de pena, pensando tal vez que lo de Luisito era alguna enfermedad rara de nacimiento o causado por algún accidente de coche.

La salida estaba controlada por varios vigilantes de seguridad y al pasar por delante, uno de ellos les dio el alto.

- Acompáñenme por aquí. – El tono sereno y calmado, con normalidad, intentando no llamar la atención.

- ¡Eh, tranqui, a mí no me toques! – Evaluó en un instante las posibilidades de escapar a la carrera, pero con lo que llevaba encima apenas podía andar.

- Por favor, vengan por aquí. – Con voz templada intentaba no montar un escándalo.

- ¡Policía, policía, llamen a la policía que este tío me quiere secuestrar!

A esa hora el comercio se encontraba repleto de gente y todo el mundo se volvió para ver lo que estaba sucediendo. Agustín comenzó a marearse, el estómago le daba vueltas y las piernas le temblaban. Luisito no paraba de dar voces y forcejear con los vigilantes, se lo tuvieron que llevar por la fuerza a una habitación en la trastienda, en la zona del almacén. Los dos jóvenes se encontraban rodeados por cuatro agentes de seguridad vestidos con traje de pantalón y chaqueta azul marino, camisas blancas y corbatas color burdeos. Eran unos hombres corpulentos, de entre metro ochenta y metro noventa de altura, sobrepasaban con facilidad los cien kilos de peso.

- ¿Puede bajarse los pantalones?

- Será maricón. ¿Has oído Agustín? Estos son unos bujarrones…

- Si no colabora, tendremos que llamar a la policía y le tomarán los datos y le pondrán una denuncia.

- ¡Pero que yo no llevo na!

- Si devuelve lo que lleva se podrán ir. – Le levantó la camisa,

dejando ver un traje de neopreno, un traje de una pieza de submarinista, que llevaba bajo la ropa.

Había enrollado la parte superior y la llevaba alrededor de la cintura, bajo la camisa.

- ¿Qué es eso? ¿Qué lleva ahí? – Dijo sorprendido uno de los vigilantes.

- Pues na... son mis gallumbos. – El tono chulesco, como si llevase la razón.

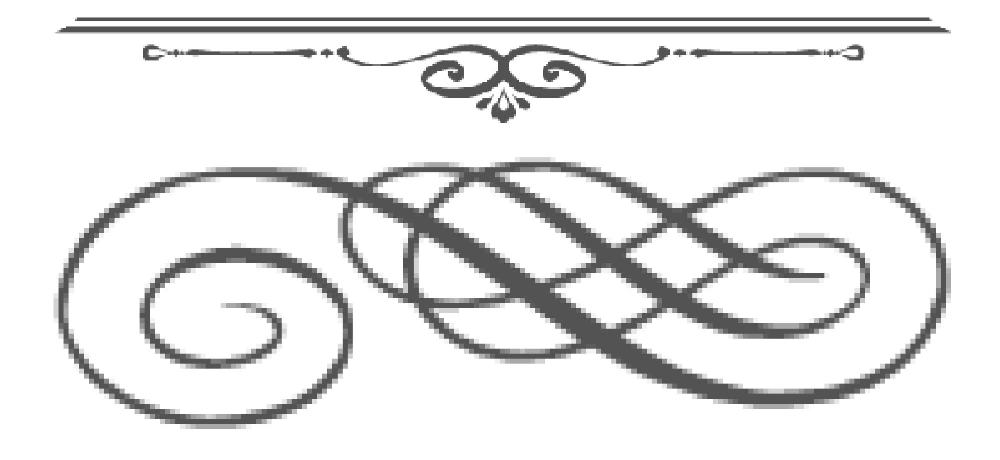


Capítulo 33

El Discurso

Madrid

1988



PASARON VARIAS HORAS entre el bullicio del festejo. Los tres estaban bastante afectados por el alcohol y el humo del tabaco que llenaba la sala. Comieron, bebieron y danzaron entre la multitud, sudando como en una sauna, sin parar de dar saltos y tocar las palmas. Marilyn se preguntó si habrían despistado a los guardias, desde que se cambiaron de sala no los habían visto. Cuando se encontraban algo más relajados y despreocupados, vieron abrirse la

puerta principal y como un mal presagio hecho realidad vieron aparecer a los dos guardias civiles.

- Hay que abrirse, que nos encaloman... - Luisito señaló la pequeña puerta que daba al velatorio.

- Vamos, salgamos de aquí. – Marilyn se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo blanco doblado en cuadradillo.

Los guardias intentaban atravesar la sala, pero la gente que danzaba se ponía en medio y chocaban contra ellos deliberadamente. ¿Qué hacían dos guardias civiles en una boda gitana? Desde luego lo mejor era salir de allí cuanto antes y no hacer ningún alboroto.

Dos gitanas enormes, muy gordas y tetonas, les cayeron en sus brazos como llovidas del cielo. Definitivamente les fue imposible dar el alto a los tres hombres.

Esta vez el paso por el pasillo en forma de túnel se produjo a la inversa, la música y el calor de la fiesta se iba extinguiendo a sus espaldas mientras que el frío silencio del velatorio les entraba por el cuerpo.

Al otro lado se encontraba esperando el niño pelirrojo, la cara se le iluminó al ver a los tres hombres, como si se encontrase con uno de esos jóvenes disfrazados del pato Donald o Mickey Mouse de los que trabajan en Disney World.

- Ya estamos otra vez, la familia feliz, los recién casaos, el padre, la madre y el mocoso este. – Luisito aludía al contrato matrimonial de manera despectiva.

Por un momento Agustín estuvo apunto de soltar una contestación, agregándole en la familia como el tío toxicómano que no deja de meter a todos en problemas. Para qué molestarse pensó.

- Venga, venga, que ya os toca. – El niño tiraba de la mano de Marilyn intentando arrastrarle sin éxito hacia el altar, donde la gente subía a decir unas últimas palabras.

Las insistentes voces del pequeño, convirtieron a los tres hombres en el centro de atención. Marilyn estaba acostumbrado a hablar en público, aunque en ese momento y dadas las circunstancias le faltaban las palabras. Con todos los asistentes clavándole los ojos, no tuvo más remedio que subir al púlpito. Al aproximarse, el cura le dio un efusivo abrazo, luego miró al niño pecoso y nuevamente soltó uno de sus chistes malos, esta vez ante todo el mundo, sin soltar el micrófono de la mano.

- Este muchacho me gana por puntos... - Y soltó una carcajada.

Pero no hubo respuesta, todos permanecieron en silencio, nadie le siguió la gracia. Al cabo se escuchó una carcajadas tras otra, desde el fondo de la sala Lucien no dejaba de reírse.

Marilyn colocado detrás de la tribuna, contempló la amalgama de gentes de todos los rincones del mundo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. No sabía que decir en un momento tan delicado. La joven viuda, con un vestido negro de encaje que insinuaba su esbelta figura, una gran peineta sobre la cabeza y un velo que le caía hasta la frente, dejando ver sus ojos verdes y tristes, le observaba con atención. Notó la garganta seca y tragó saliva, desvió la mirada de la preciosa mujer y al desplazarla de izquierda a derecha fueron pasando ante él: gaiteros escoceses, chamanes mayas, monjes budistas, guerreros maorís tatuados de pies a cabeza, gente de todo tipo de razas, colores y credos. Al fin, tras un largo silencio comenzó diciendo:

- Mi tío Wallter. – Esas no eran las palabras, puede que algunos allegados llamasen a Lord Wallter Smith tío, pero él había dicho mi tío y no el tío.

De esta forma parecía que intentaba dar a entender que el difunto era

verdaderamente familiar suyo. Teniendo en cuenta que el somalí era negro como el carbón y el escocés era blanco como la leche se hacía cuanto menos raro ese parentesco. Entre los asistentes caras de desaprobación, algunos my serios, cejijuntos, ceños fruncidos y caras largas.

- Tal vez no sea el más apropiado para decir unas últimas palabras sobre Lord Wallter, tengo la sensación de no haberlo conocido lo suficiente, apenas lo vi un par de veces. Pero puedo decir que nos ayudó a financiar el orfelinato de Mogadiscio y que podía verse en sus ojos el cariño que le tenía a los niños. Una persona que sin necesidad, trabajó toda su vida por hacer un mundo mejor y gracias a él, nos encontramos hoy aquí reunidos en familia, gente de todos los rincones del mundo, sin importar el color de nuestra piel, política o religión...

Sus palabras fueron tan sinceras, que sin pretenderlo conmovieron a todos los allí presentes. Lucien le pidió un pañuelo a su hermano para secarse las lágrimas.

La viuda emocionada subió y le dio un abrazo, que le inundó instantáneamente de calma, una fugaz sensación de felicidad. Sensaciones perdidas, olvidadas, de otro lugar y otro tiempo, cuando de niño al salir de la escuela su madre le abrazaba. El olor a perfume de jazmín, su abrazo dúctil pero próximo.

Luisito buscó un pañuelo de papel en los bolsillos de su pantalón, pues tenía los ojos rojos de la emoción y se le caía el moquillo. Pero en lugar de ello, notó el tacto de una bolsita de plástico y recordó que se trataba de un poco de hierba, de la que pasaba de contrabando. Sólo faltaba que le cogiese la guardia civil con droga encima. Así que se acercó a la papelera y se deshizo de ella, sin percatarse de que el niño le seguía.

Don Raimundo, el cura, puso de monaguillo al pequeño diablo pelirrojo, quien sorprendentemente aceptó de buen grado. La labor del turífero es llevar el incensario, pero tal vez era pedir demasiado. Así que en esta ocasión lo llevaría él, el pequeño se limitaría a ayudar en los preparativos. La práctica de pasar con el humo sagrado alrededor del ataúd se estaba perdiendo. Don Raimundo, aunque era un sacerdote joven, le gustaba mantener las tradiciones. A esas alturas, los efectos del alcohol estaban remitiendo, no podía imaginar que el

mocoso aún estaba contrariado por los continuos chistes sobre pecosos que hacía el cura.

Esta vez se le ocurrió cambiar el incienso por las hierbas que había en la bolsita que Luisito había tirado. El cura prendió fuego con un fósforo largo de madera y una nube de humo blanco le envolvió, se dispuso a realizar el ritual, pero nada más inhalar notó como el pecho convulsionaba y soltó involuntariamente una pequeña carcajada. Intentó mantener la compostura, pero cada vez que pasaba de un lado al otro del difunto agitando el incensario el humo le volvía a producir una nueva carcajada. El niño parecía sorprendido por el efecto, se mantenía a varios metros de distancia, donde el humo aún no había llegado. La madre que estaba algo asustada por los repentinos espasmos que le estaban dando al sacerdote, decidió llamar al hijo para que se alejase de él y volviese con ella.

- Delante, delante, detrás, detrás, izquierda, izquierda, derecha, derecha, un, dos, tres... - Se le escuchaba cantar a Don Raimundo mientras realizaba una especie de baile de la conga envuelto en la humareda.

Se escuchó una especie de chasquido proveniente del ataúd, el pantalón del señor Smith comenzó a abultarse por la zona de la pernera. Con cada chasquido algo parecía saltar en el interior abultando cada vez más la taleguilla. La resistente cuerda de hilo bramante con la que el forense de Mogadiscio había atado el miembro viril a la pierna del difunto, se estaba desquebrajando. La sala estaba inundada por una niebla de marihuana y los efectos psicotrópicos no tardaron en hacer efecto entre los asistentes.

La gente enajenada por las sustancias que flotaban en el aire, hacía cosas extrañas: Un hombre se quitó su americana y la utilizó para hacer unos pases toreros al brujo jíbaro, que llevaba unos cuernos de animal sobre la cabeza. Tanto el torero como el toro, realizaban muy bien su papel y la gente gritaba y aplaudía a cada pase de verónica.

Se escucharon de nuevo las gaitas, pero esta vez el ritmo era más rápido, canciones alegres y festivas que invitaban al baile.

Un nuevo chasquido y el miembro viril de Lord Wallter Smith rompe las ataduras y se yergue como el mástil de la bandera.

Don Raimundo que a inalado una gran cantidad de humo, está totalmente descontrolado, parecía poseído por el diablo.

- ¡Os lo avisé! ¡La serpiente! ¡El demonio! ¡Arderéis en el infierno pecadores! – Y se tronchaba de la risa. No paraba de reírse a carcajadas, mientras la gente formando pequeños grupos, cada uno parecía haber viajado a exóticos planetas distantes.

Con movimientos de brazos el cura ordenó que le siguiesen. Iba danzando en cabeza y detrás la gente formaba una cola bailando una especie de conga. Todos marcharon por el pasillo que llevaba a la sala donde se celebraba la boda gitana. Allí fueron bien recibidos y se unieron a la fiesta. Dos indios maoríes gigantescos, cogieron a tío Wallter, llevándolo en medio, como si llevasen a un compañero borracho. Las tripas de Don Raimundo no paraban de sonar, repentinamente le había entrado unas voraces ganas de comer. El camarero dejó sobre la mesa de Rosa y Margarita una enorme pata de cordero asada y al verla se lanzó como un perro a por un hueso. Las hermanas luchaban por quitarle la pata al cura, pero no había forma de que la soltase de su boca. Cuanto más tiraban para intentar arrebatársela mayores eran sus gruñidos. Cuando el camarero regresó con más asado, le dejaron por fin comer. Devoró el cordero como si no hubiese comido en una semana.

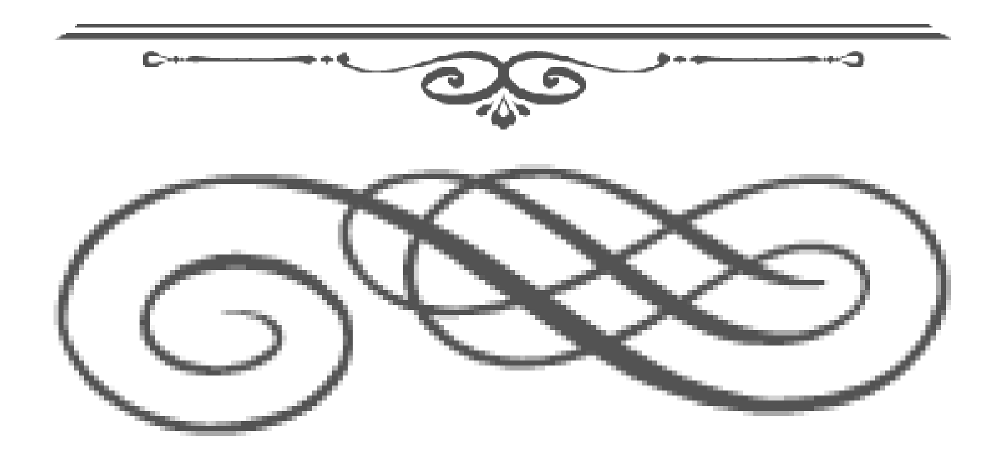


Capítulo 34

Un flechazo inesperado

Barajas

1988



ERA UN PEQUEÑO SOL, que daba luz y calor pero que no quemaba. Sus ojos verdes como jade en unas ocasiones y en otras brillantes como turmalina bajo luz clara.

Amor a primera vista, los que lo han vivido saben de lo que hablo. Una fuerza irracional que hace que te olvides de quién o qué eres y te empuja ha realizar locuras. Algo desconocido para Marilyn, una

persona seria, comedida, racional, pero no tanto para Mercedes, impulsiva y atrevida, nunca dejaba para mañana lo que podía hacer hoy, no dejaba perder ningún tren. En pocas ocasiones aparece la chispa que desata la reacción en cadena.

Todos se habían marchado de fiesta incluido el tío Wallter y los dos se habían quedado solos en la sala vacía. Se estuvieron mirando durante un largo rato, en silencio, ninguno dijo nada, pero los dos deseaban lo mismo. Una fuerza invisible los fue acercando y cuando estuvieron cerca sus labios se juntaron.

Puede que el efecto de las copas de vino que había tomado en la boda junto con el humo psicotrópico de la marihuana que llenaba la sala, le hizo desinhibirse y sin pensarlo sus manos siguieron las curvas de su cuerpo mientras la besaba.

Estaba muy alterada, ya tenía cierta edad y era prácticamente virgen. Semi-virgen decía ella. Sin saber como, terminaron enrollándose tumbados en el ataúd. Con tanto meneo, la tapa se deslizó sobre sus bisagras laterales y se cerró. Los operarios del aeropuerto al ver la sala vacía dieron por terminada la ceremonia y llevaron el féretro a la zona de carga. A uno de los operarios le pareció escuchar gemidos, pero no sabía de donde provenían.

- Silencio, lo he vuelto a oír… Te lo juro, he oído una voz de mujer.

- ¿Y qué decía?

- Decir, decir, no decía nada, más bien jadeaba.

- Si claro, deja de ver esas películas francesas, están afectándote a la cabeza…

Los dos hombres siguieron empujando el carrito que portaba la caja, sin hablar más sobre el tema. Pero de repente la caja vibró.

Avanzaban por el túnel que desembocaba en la zona de carga y

descarga. Se utilizaba para el transporte de mercancías especiales, y las paredes estaban llenas de desconchones y arañazos, por el choque de algunos carros de carga y por algún carretillero despistado. Como era un túnel de servicio, estaba algo abandonado, el suelo de cemento llevaba meses, tal vez años sin barrerse. En la línea central del techo abovedado, una larga cadena de pantallas con tubos fluorescentes, iluminaban porciones circulares, dejando vanos oscuros entre una y otra. Se escuchaban los pasos de los dos hombres reverberar en la distancia. Aquel túnel subterráneo de servicio, fue diseñado en principio para albergar vías y un pequeño tren que trasportase las mercancías en vagonetas; pero finalmente se dejó para transportes especiales, todo lo demás pasaba directamente por la cinta de equipajes que se encontraba en la superficie.

- ¿Lo has notado?

- Calla, calla, escucha.

Ahora se escuchó un grito de gozo, Mer estaba llegando al clímax e involuntariamente emitía placenteros estertores.

- Es del interior…

- ¿La abrimos?

- ¿Pero tú no has visto La Noche de los Muertos Vivientes? Ni de coña, además el vuelo dura poco más de una hora. Que la abran en el destino.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…INTERNET cantera de nuevos escritores

Como la mayoría de escritores jóvenes, durante años he intentado que alguna gran editorial publicase alguno de mis libros. Desesperado y desilusionado por recibir una y otra vez la misma contestación, un corta y pega sin la menor atención, intenté darme a conocer a través de Internet.

Los libros electrónicos eran algo extraño, un aparato novedoso y misterioso, que nadie sabía muy bien como hacer funcionar, el brillo y el contraste graduar, para la vista no estropear…

Dos horas seguidas aguanté leyendo en aquel insulso instrumento, un aparatejo con pantalla tft, donde solo se podía leer en txt, con una letra titilante, borrosa, difusa y estresante. Después el mareo, náuseas y vómitos; aquel maldito artilugio debía estar patrocinado por ópticas San Gabino, Visionlab o por gafas de madera la tía Manuela, cuanto más las usas más ciego te quedas.

La verdad es que no se podía usar más de veinte minutos sin tenerlo conectado a la red, la batería tenía menos energía que una pila de petaca. ¿Quién se va ha gastar 600 € en un libro de estos? Cuatro frikis locos…

Pero va y llega Internet, presenta su eBook y además lo puedes descargar gratis para PC, Tablet y Smartphone. Yo llevaba años colgando mis libros en blogs y webs, pero de poco servía si no disponías de un buen lector que fuese compatible.

Las buenas tiendas de e-Book, eran las de La Casa del Libro, Fnac o El Corte Inglés, y por supuesto si no tenías el respaldo de un gran sello editorial, no te dejaban entrar. El club selecto de los grandes literatos y sus célebres obras, legado de la humanidad: Harry Potter, El código Da Vinci y algún otro título de autor español, previo cambio de nombre bajo seudónimo para parecer inglés.

— Si quieres vender libros lo primero es cambiarte el nombre, nadie comprará una novela de un tal Angulo... - Eso me dijo un editor, por supuesto le envié a tomar por...

Quien lo iba a decir, poco a poco, cada vez eran más los lectores de libros electrónicos, y yo al no tener nada firmado con Planeta, podía bajar el precio o incluso regalarlos si me venía en gana. De la noche a la mañana, me encontré entre los más vendidos, en el Top 10 de Internet, y no os lo vais a creer, ahora son las editoriales quienes me escriben, intentado sacar caldo y tajadas de la situación.

— ¡Y no, no soy alemán, inglés, americano o francés, que soy de aquí, de un barrio pobre de Madrid!

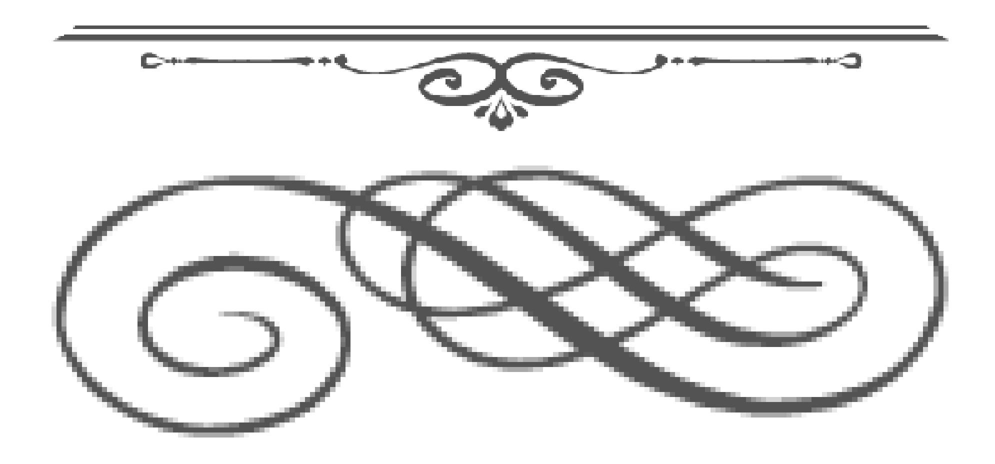


Capítulo 35

Este verano nos forramos...

Madrid

1985



- Yo creo que sería mejor poner un depósito metálico. – Agustín sujetaba el compresor mientras Luisito lo conectaba con ayuda de una llave inglesa, a un calderín de plástico.

- ¿Quién tiene el título de gas y fontanería?

EL INVENTO CONSISTÍA en un compresor eléctrico, montado sobre una plancha de corcho y madera a modo de pequeña embarcación, conectado a una batería de motocicleta, provisto de una manguera con un regulador de buceo en el extremo.

- Mira, nos llevamos dos de estos a la playa y los alquilamos. Cinco minutos veinte duros, quince por cuarenta.

- ¿Y no se nos ahogará alguien?

- Naa, nada, para eso estamos nosotros, para que no salgan de la orilla. En cuanto se metan donde no hacen pie les quitamos el cacharro.

Se fueron a probar el artilugio al pantano de San Juan, era un día de verano, hacía un calor terrible y había mucha gente tumbada en sus toallas cerca de la orilla, como si estuviesen en la costa, aunque aquí en lugar de arena blanca y fina, había tierra negra y pedruscos. Agustín colocó el artefacto sobre el agua, las pruebas de flotación y equilibrado realizadas en la bañera de Luisito habían sido correctas, la pequeña caja flotaba perfectamente. Tras dejarla sobre el agua se quedó mirando al otro.

- ¿Qué me miras? Métete en el agua. – Ordenó Luisito.

- Pero tú eres el experto: ¿Por qué no lo pruebas tú?

- Ya sabes que tengo mal este oído ¿Qué quieres que acabemos en el hospital?

Con resignación se metió en el agua hasta la cintura, la entrada era abrupta, el suelo repleto de piedras descendía de forma acusada. Mantuvo el equilibrio con dificultad y presionó el botón de encendido. El motor se puso en marcha produciendo un sonido similar al de un ciclomotor. El depósito de aire fabricado por Luisito con un trozo de tubo de desagüe comenzó a deformarse por la presión.

- El depósito hace unos ruidos muy raros.

- Naa, eso es normal.

- ¿Seguro? Parece que va a estallar.

- Pero vamos a ver: que es un tubo grueso de la bajada de la taza del wáter. ¿Tú sabes lo que aguanta eso? Imagina los zurullos cayendo desde un noveno...

Apenas hubo terminado de hablar y se escuchó un enorme chasquido, la tubería había cogido forma de balón de rugby. Los dos se miraron, el que estaba en el agua con cara de terror, el otro a un metro de distancia con cara sonriente. El sonido de la explosión hizo saltar de las toallas incluso a un hombre de avanzada edad que estaba medio sordo y se había quedado plácidamente dormido tomando el sol. La onda expansiva tiró a los dos de espaldas, Agustín se hundió en el agua y Luisito quedó patas arriba, tirado en la tierra descalzo mientras sus chanclas aterrizaba una en la cabeza de un niño y la otra en la fuente de ensalada que una familia se disponía a degustar.



Capítulo 36

Escapando

Aeropuerto

1988



La fiesta estaba apunto de concluir, bueno, más que terminar era un traslado, pues seguirían celebrándolo por lo menos dos días más en el poblado.

Abrieron las dos hojas de la puerta principal, para que la gente pudiese abandonar la sala cómodamente. A cada lado de la puerta se apostaba uno de los guardias civiles. Esta vez Agustín y Luisito estaban acorralados, ya no había forma de escapar. El nerviosismo le produjo instantáneamente una sensación de mareo. Lo habitual en Agustín. Otra vez se veía declarando ante el juez. Con mal cuerpo y mareado, sin un duro en los bolsillo y metido en un galimatías judicial.

La multitud se arremolinaba entorno a la puerta, así que intentaron salir entre ellos, pero según se iban acercando a la salida la cosa se ponía más complicada. Francisco, el guardia joven estaba atento,

escrutando minuciosamente a todos los que pasaban junto a él. Por el lado en el que se encontraba el más mayor, tendrían más posibilidades. Los había visto un instante, de lejos, mientras corrían desde la zona de la aduana. Cuando se encontraban a unos metros de la puerta, Agustín pudo ver como el guardia civil, movía la cabeza de izquierda a derecha, escaneando las caras de la gente, como una de esas cámaras automáticas de seguridad. Agachó la cabeza, cuando estaba delante y de repente escuchó la voz del Chato.

- Vengan, aún queda bebida, les invito a una copa. – palmeaba con su mano en el hombro del guardia joven.

Evidentemente, su intención era distraerlo para que Luisito y Agustín pudiesen escapar, así que fue insistente en exceso, realmente pesado. Realizó una buena actuación, se hacía el borracho y se abrazaba a Francisco, como si fuese a perder el equilibrio. Aunque intentaba identificar a los dos hombres, le era imposible, de las buenas palabras y las disculpas pasó a ponerse serio y casi discutir, pero el Chato seguía erre que erre. Agustín agachó la cabeza, envuelto entre la gente, aguantó la respiración y finalmente durante un par de segundos cerró los ojos, cuando los abrió ya se encontraba al otro lado. Miró a su espalda y vio a Luisito unos metros por detrás, los dos lo habían conseguido, ahora era cuestión de seguir con los invitados hasta salir del aeropuerto.

Había sido un día muy largo, pero ahora por fin regresaban al barrio. Agustín estaba pensando en llegar a casa, meterse en la cama y no salir en dos días. Luisito ya se veía apostado en la barra del New York, saboreando una cerveza. Caminaban en grupo, por un amplio corredor, al fondo ya se veía la puerta de salida. Los gitanos seguían de celebración, cantando y bailando mientras andaban. Siempre había alguien dispuesto a entonar una nueva canción, en solitario, formando dúo o en coro. Unas veces arrancaban primero las guitarras y luego al reconocer la canción alguien le ponía letra. En otras ocasiones se escuchaba primero la voz de alguien y las guitarras y las palmas le seguían. Para la mayoría de ellos, la fiesta no había hecho más que empezar.

Un hombre con mirada nerviosa, camisa arrugada y corbata mal anudada, se encontraba en la puerta de salida. Agustín lo reconoció de inmediato, se trataba del oficinista que llegó con los guardias, el

director de la aduana. De nuevo sus intestinos se movieron provocándole ganas de ir al baño. Vio como la mirada de aquel hombre se clavaba en Luisito, estaba claro que lo había reconocido. Se encontraban en la misma puerta de salida, un paso más y saldrían a la calle, pero el director fue directo a agarrarle. Hasta ese momento no se había percatado, seguía pensando en la cerveza que se tomaría en el bar de Villaverde. Con sus manos abiertas se lanzó sobre el cuello, pero antes de poder agárralo, las hermanas: Rosa y Margarita, como dos luchadores de sumo, se le echaron encima, tirándolo al suelo, aplastado por las dos enormes mujeres.

La sensación de ser perseguido, de deber algo, de estar en deuda, nunca desaparece. Desde niño, cuando se levantaba por la mañana para ir a la escuela con los deberes sin hacer y la habitación sin recoger. La sensación de estar eternamente con la espada contra la pared, de tareas sin hacer que se van acumulando, como granos de arena hasta formar una montaña.



Capítulo 37

Trasnochados Compañeros

Aeropuerto

1988



En una fila de sillas que daba a los ventanales y desde donde se veía toda la pista, sentados al atardecer, viendo como los tonos azulados del cielo se tornaban anaranjados; Don Raimundo con su brazo izquierdo sobre los hombros de tío Wallter y con una botella de vino en la otra. Hablaba con el difunto como si estuviese vivo, como dos trasnochados compañeros de juerga. Entre frase y frase pegaba un trago y después le daba otro a su compañero, aunque todo se vertía desde los labios cerrados, por el cuello terminando en el pecho de la camisa.

El cura fue a una de las escuelas de tío Wallter y desde niño siempre tenían largas charlas. Lord Wallter siempre le hablaba de hombre a hombre, sin tener en cuenta la edad. Conversaciones transcendentales, sobre la vida, la muerte y Dios. Fue entonces a la edad de diez años cuando decidió que dedicaría su vida a ayudar a los demás sirviendo a Dios como misionero. Amigos y aliados, con diferentes caminos pero

con objetivos similares.

Don Raimundo con ayuda de cooperantes y de las gentes de la aldea, habían realizado un gran trabajo. Entre todos construyeron una escuela para los niños con comedor, las cocinas se encontraban en la parte posterior y aunque emplearon los materiales que tenían a mano: piedras, cañas y barro, quedó incluso bonito, aunque lo realmente importante era escolarizar a los niños de esa aldea y de las colindantes. No se pueden dar clases a alguien con el estómago vacío, pensaba el cura, por eso la escuela tenía su propio comedor, para que los niños pudiesen al menos tomar una comida caliente al día. Se encontraban en una recóndita zona de Tailandia, rodeados por la exuberante jungla. Los aldeanos subsistían con el cultivo de arroz, la pesca en el río cercano y alguna gallina o cerdo que campaba alrededor sus chozas.

La escuela llevaba ya cuatro meses funcionando, pero los dos últimos días no habían podido abrir, debido a las intensas lluvias que estaban convirtiendo la zona en un pantanal. Había tanto barro, que ni los todo terreno podían atravesar los caminos. La gente que intentaba desplazarse a pie, se hundía en el lodo hasta las rodillas. La situación fue a peor, cuando el río amenazó con desbordarse y llevarse por delante la aldea. Cuando ya lo daban todo por perdido, bajo la intensa lluvia apareció Lord Wallter Smith, a lomos de una mula. De inmediato organizó a todos habitantes en enormes cadenas de gente, llenando sacos de tierra y colocándolos en la orilla próxima a la aldea. Durante dos días y dos noches, se trabajaron codo con codo bajo la intensa lluvia. Gracias al esfuerzo de todos consiguieron salvar la escuela y la aldea.

Era gentes humildes, pobres pero felices. Tras las inundaciones, cuando las aguas regresaron a su cauce, se organizó una gran fiesta. Don Raimundo y tío Wallter fueron los invitados de honor y pasaron toda la noche de juerga, bebiendo, cantando y bailando al son de viejo ritmos tribales.



Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor…



…Confiar en los amigos de Facebook



DEBO DE SER UNO DE los primeros en tener una cuenta en FB, pensé que el ser escritor sería una buena razón. En poco tiempo me comenzaron a llegar las solicitudes de amistad, escritores, poetas, narradores y editores; a ninguno podía decirle que no…

En el primer año ya tenía la cuenta a rebosar, llegué a los cinco mil contactos y ya no podía a ni uno más aceptar. ¿Qué hago ahora? No puedo quedar mal con un colega escritor. Muchos no entendían que no les podías agregar, se pensaban que era algo personal, así que no me quedó más remedio que crear otra cuenta, el perfil 2, cosa según Facebook del todo ilegal. No sirvió de nada, en pocos meses estaba a reventar, y no me quedó más remedio que abrir otra más…

Tengo siete cuentas, en total unos 30.000 contactos y resulta que si hago una presentación, más de mil pinchar en aceptar y confirmar,

pero luego de los mil, no aparecen ni dos.

Todo el mundo me pega la publicidad de sus libros, y aún queda algún constructor despistado que sus viviendas quiere patrocinar; como si no tuviésemos ya suficientes deudas, para hipotecarnos aún más. Subo un libro a mi web, a Wattpad, Internet, etc, a todo el mundo le envío el enlace de descarga GRATUITO y pongo bien grande ES GRATIS, pues bien, aún así no se lo descarga ni uno.

Entonces me puse a hablar con uno de los ilustres escritores de los miles que campan por mis redes sociales.

– ¿Qué te parece mi novela Compañía Nº12? Te agradecería mucho que pudieses hacerme una pequeña crítica. Buenas o malas, las opiniones de los demás siempre nos ayudan a mejorar...

– Lo siento, yo soy productor no lector, solo escribo, bastante tuve ya con los libros que me obligaron a leer en E.G.B. - Y ahí quedó todo.

Ya he dicho que soy de un barrio pobre, que no tengo mucho dinero y además soy algo disléxico, no puedo comprarme muchos libros, aunque de vez en cuando cae alguno, soy más lector de biblioteca o de intercambio, siempre encuentro algún amigo con el que intercambiar mis libros. Muchas otras veces le he comprado alguno a mi amigo Hugo, libros de segunda mano caseta 17 en la Cuesta de Moyano.

Siempre me ha gustado mucho leer y escribir, y es de todos sabido: que si quieres escribir bien, has de leer también.



Capítulo 38

Este año nos forramos

Madrid 1990



- Le he comprao el 25% de la patente al inventor del Supermang... - Le enseñaba el taco de fotocopias que llevaba en las manos, sin parar de hablar entusiasmado.

- ¿El Supermang? ¿Qué es eso?

- Tronco, no estás al día, no te enteras de nada, que ha salido en las noticias y to. Es un súper mango ergonómico que se adapta a to tipo de herramientas tradicionales. ¡Nos vamos a forrar! Bueno, eso si pones la mitad de la pasta que le he prometido al inventor...

- Pero si no tenemos un duro. ¿Cuánto tienes que darle?

- Me lo ha dejado tirao, regalao, dos millones de pelas.

- ¡Pero estás loco! ¿De dónde vamos a sacar tanto dinero?

- Tú tranqui colega, que yo controlo, que conozco a unos pibes...

Para terminar de concretar la compra de un porcentaje de la patente, viajaron hasta Los Cortijos en Ciudad Real, donde se encontraron con el inventor en el bar Avenida. Juampe, el muchacho que regentaba el establecimiento, al servirles las bebidas y viendo que venían de fuera, les preguntó si tenían hambre. Luisito y Agustín, asintieron con la cabeza y el camarero, les preparó unos bocadillos de boquerones en vinagre y pan de pueblo.

- No sé si tendremos dinero para pagar los bocadillos. – Comentó Agustín.

- No hay problema, a esto invita la casa. – Les dijo con simpatía.

Estuvieron hablando con Javier, sobre la comercialización del Supermang, pero en un determinado momento, Javier y Luisito comenzaron a hablar sobre el móvil perpetuo, dejando a Agustín fuera de la conversación.

Ahí estaban de nuevo Agustín y Lusito, como agua y aceite, pero siempre inseparables. No sé si llegarán a hacerse ricos algún día, desde luego ilusión e imaginación no les falta.



Epílogo



Los hermanos Silvestri se casaron con Rosa y Margarita, cambiaron el oficio de sicarios por el de vigilantes de obra en la empresa del patriarca: “Seguridad el Chato, vigilante gitano”.



MERCEDES Y MARILYN se casaron en Escocia, los gaiteros tocaron en su boda, El chato y su familia fueron invitados de honor y Agustín y Luisito los padrinos. Las arras las portó el niño pelirrojo y pecoso, del que aún no sé su nombre. Don Raimundo ofició la ceremonia, esta vez con cuidado de no hacer ningún chiste sobre pecosos. Entre los asistentes se encontraban gentes de todas las nacionalidades, con extrañas vestimentas tradicionales. El matrimonio pronto tuvo dos niños, aunque ambos siguieron trabajando en la fundación de Lord Wallter Smith, honrando su nombre y su memoria, ayudando a gente necesitada de cualquier rincón del mundo.



POR CASUALIDAD COMENZARON a hablar sobre escritores, de cómo tal o cuál escritor se había hecho famoso. Entonces Agustín les confesó a Marilyn y a Mercedes, que él también escribía, que llevaba muchos años intentando publicar sus novelas, pero no lo conseguía. No era algo de lo que le gustase hablar, prefería que nadie se enterase.

- ¿Si? No lo sabía. – Parecía sorprendida e interesada. - ¿Qué tipo de novela sueles escribir?

Marilyn prestaba atención, parecía muy interesado en la conversación, aunque sólo se limitó a escuchar.

- Pues siempre me gustaron los relatos fantásticos, de ciencia-ficción y terror, pero hace poco que he escrito sobre las cosas que nos han sucedido últimamente.

- ¿No me digas? ¿Nosotros también aparecemos en la novela?

- Por supuesto. – Sonrió al recordar algunas escenas del libro en el que aparecían Mercedes y Marilyn.

- En cuanto puedas tienes que enviarnos una copia. – Sonrió el marido.

Al llegar de nuevo a Madrid, les envió una copia del borrador por correo postal, al cabo de unos días recibió la llamada de un agente literario amigo de Mercedes. Había leído la novela y estaba entusiasmada con ella. Le pidió permiso para ser su representante y pronto el libro fue publicado convirtiéndose en un superventas. Ahora cuando Agustín pasaba por una librería o por un centro comercial, veía su novela en la estantería de los libros más vendidos.



DURANTE CASI UN AÑO, Luisito, había mantenido en secreto su romance con una prima de Juampe, yendo y viniendo de Madrid a Los Cortijos con su destartalada furgoneta. La conoció el día que fueron a hablar con Javier, el inventor del Supermang. Como zorro merodeando el gallinero, sin levantar sospechas, en algún momento hubo de entablar conversación con ella. Ni siquiera Agustín se percató. Luego más tarde, en los días siguientes, si notó un extraño comportamiento, cuando iba y venia con su furgoneta de no se sabe donde. Casi un año después, de repente un buen día le contó a Agustín que se iba a casar, que su novia se había quedado embarazada y que se iba a vivir con ella a Ciudad Real.

En unos cuantos años, Luisito se había convertido en padre de familia, tenía mujer y tres niños. Se ganaba la vida como agricultor, puso en practica los conocimientos de botánica que había adquirido con los años: Cultivos de marihuana, setas alucinógenas e incluso plastas de tabaco. Esta vez, aplicó lo aprendido a tomates, pepinos y demás hortalizas consiguiendo magníficos resultados. Los invernaderos le daban para mantenerse todo el año y no necesitó continuar con las chapuzas.



TODO EMPEZÓ EN BAUTIZOS, bodas, comuniones y el resto de fiestas a las que asistían, en las que ya se habían convertido en un clásico sus actuaciones. Los hermanos Silvestri, junto a sus mujeres Rosa y Margarita, formaban un conjunto flamenco, en el que cantaban y bailaban con gracia y salero, provocando las risas de los espectadores. Como tenían tanto éxito en sus actuaciones mitad musical, mitad comedia, enseguida les contrataron para animar todo tipo de fiestas. Primero familiares y amigos y poco después en cualquier lugar de España, salas de fiesta y plazas de toros. Meses más tarde les fichó un importante hombre de negocios, un famoso representante de artistas, que los llevo de gira por todo el mundo.



Patentes del profesor Marilyn





SISTEMA CATALIZADOR DE BAJA PRESIÓN Y LIMPIEZA DE LA CARBONILLA MEDIANTE ULTRASONIDOS



La presente invención tiene por objeto un sistema para la obtención de Hidrógeno, mediante la rotura y separación de las cadenas carbonadas, como las encontradas en las moléculas de gases como el metano o líquidos como el alcohol. La rotura de las moléculas se realiza a través de un catalizador de baja presión lo que permite romper las moléculas a menor temperatura..

ANTECEDENTES

SE CONOCEN DIVERSOS sistemas catalizadores, para la rotura de moléculas formadas por carbono e Hidrógeno. Todos ellos requieren de muchas energía para elevar la temperatura y romper las moléculas. Otro de los problemas que presentan son la obstrucción de los conductos catalizadores debido a la acumulación de carbono en forma de carbonilla.

ESTADO DE LA TÉCNICA

ACTUALMENTE SE CONOCEN diversos sistemas catalizadores, para romper las moléculas formadas por el carbono y el hidrógeno. Los catalizadores disponen de unas finas láminas por las que pasa el combustible a tratar, en su interior se eleva la temperatura y el carbono queda adherido a las paredes del catalizador. Este carbono se acumula en forma de carbonilla y en un breve período de tiempo el catalizador queda inservible.

Por lo tanto es necesario solucionar estos problemas.



RESUMEN DE LA INVENCIÓN



LA PRESENTE INVENCIÓN consiste en un sistema catalizador de baja presión y limpieza de la carbonilla mediante ultrasonidos. La presente invención tiene por objeto un sistema para la obtención de Hidrógeno, mediante la rotura y separación de las cadenas carbonadas, como las encontradas en las moléculas de gases como el metano o líquidos

como el alcohol. La rotura de las moléculas se realiza a través de un catalizador de baja presión lo que permite romper las moléculas a menor temperatura., que incluye:

Un catalizador cerámico con forma de panel de abeja.

Radiación de microondas mediante magnetrón, para elevar la temperatura en el interior del catalizador.

Limpieza mediante ultrasonidos, de la acumulación de carbonilla.

Contenedor de carbonilla extraíble.

Bomba de vacío, baja la presión en el interior del catalizador facilitando el craqueo.

DESCRIPCIÓN DETALLADA DE LA INVENCIÓN

Conforme se describe, la invención tiene por objeto un sistema catalizador de baja presión y limpieza de la carbonilla mediante ultrasonidos. El gas metano o el alcohol están principalmente compuestos por carbono e hidrógeno, el carbono será recogido en forma de carbonilla y el hidrógeno en forma de gas.

El combustible rico en hidrógeno entra 1, pasa por la bomba de combustible 2, que lo introduce en el catalizador 3, el combustible pasa por los finos tubos sexagonales 12, que forman el panel catalizador 4, en su interior la temperatura es elevada hasta romper las moléculas formadas por el carbono, mediante una radiación de microondas 6, emitida por un magnetrón 5. El carbono queda atrapado en el interior de los finos tubos 12, en forma de carbonilla, mediante las ondas de ultrasonidos 13, emitidas por el aparato de ultrasonidos 7. La carbonilla se desprende y cae al depósito extraíble 8. La bomba de vacío 10, baja la presión en el interior del catalizador, facilitando la rotura de las moléculas a menor temperatura. El hidrógeno sale del catalizador por el tubo de salida 9, pasa por la bomba de vacío 10. El hidrógeno queda listo para ser usado 11.

BREVE DESCRIPCIÓN DE LOS DIBUJOS



Figura 1. Muestra una vista en perspectiva de los tubos sexagonales del interior del catalizador.

Figura 2. Muestra una vista en perspectiva del sistema completo de catalización.

REIVINDICACIONES

1 Sistema catalizador de baja presión y limpieza de la carbonilla mediante ultrasonidos caracterizador por:

Un catalizador cerámico con forma de panel de abeja.

2 Sistema catalizador de baja presión y limpieza de la carbonilla mediante ultrasonidos caracterizador por:

Radiación de microondas mediante magnetrón, para elevar la temperatura en el interior del catalizador.

3 Sistema catalizador de baja presión y limpieza de la carbonilla mediante ultrasonidos caracterizador por:

Limpieza mediante ultrasonidos, de la acumulación de carbonilla.

4 Sistema catalizador de baja presión y limpieza de la carbonilla mediante ultrasonidos caracterizador por:

Contenedor de carbonilla extraíble.

5 Sistema catalizador de baja presión y limpieza de la carbonilla mediante ultrasonidos caracterizador por:

Bomba de vacío, baja la presión en el interior del catalizador facilitando el craqueo.

El combustible rico en hidrógeno entra 1, pasa por la bomba de combustible 2, que lo introduce en el catalizador 3, el combustible pasa por los finos tubos sexagonales 12, que forman el panel catalizador 4, en su interior la temperatura es elevada hasta romper las moléculas formadas por el carbono, mediante una radiación de microondas 6, emitida por un magnetrón 5. El carbono queda atrapado en el interior de los finos tubos 12, en forma de carbonilla, mediante las ondas de ultrasonidos 13, emitidas por el aparato de ultrasonidos 7. La carbonilla se desprende y cae al depósito extraíble 8. La bomba de vacío 10, baja la presión en el interior del catalizador, facilitando la rotura de las moléculas a menor temperatura. El hidrógeno sale del catalizador por el tubo de salida 9, pasa por la bomba de vacío 10. El hidrógeno queda listo para ser usado 1



BATERÍA DE COMPONENTES REACTIVOS SUSTITUIBLES



OBJETO DE LA INVENCIÓN

La presente invención, según se expresa en el enunciado de esta memoria descriptiva, se refiere a una batería en la que se puede sustituir los componentes internos que realizan la reacción química que produce la energía eléctrica, pudiéndose así cambiar el componente descargado eléctricamente por uno con nueva carga.

Para facilitar la extracción y reposición de los componentes, estos pueden fluidos líquidos o sólidos con una forma y tamaño que les permita fluir, como pueden ser pequeñas esferas o gránulos similares a los que forman un reloj de arena.

La idea principal, es poder ser utilizado en coches y aviones eléctricos. En los que mediante una manguera a presión, con diferentes tuberías de entrada y salida, puedan cambiarse los componentes de las baterías en cuestión de segundos. Los componentes sin carga, van al fondo de la estación de recarga, que funciona como si fuese una batería gigante, siempre en carga. A la vez que salen los componentes gastados entran los nuevos y recargados al vehículo.

ANTECEDENTES DE LA INVENCIÓN

Son conocidos y muy utilizados, dos diferentes sistemas para acumular y guardar la energía:

Por un lado las pilas, estas debido a una reacción química producida entre dos componentes y un oxidante producen un movimiento de electrones, pues el oxidante que suele ser ácido sulfúrico extrae átomos de los dos materiales uno cargado positivamente que puede

ser cinc y otro negativamente que puede ser cobre, debido a su numero de electrones, una vez extraídos estos átomos al ser unos positivos y otros negativos estos se atraen al ser de polaridad opuesta y este movimiento de electrones es básicamente lo que produce la energía eléctrica de la pila, en el momento que los componentes se desgastan deja de producirse la energía.

Por otra parte las baterías, que suelen estar formadas por un oxidante, que puede ser ácido sulfúrico y en lugar de tener dos componentes con diferencias atómicas, estas llevan el mismo componente tanto en el polo positivo como en el negativo. Este suele ser plomo, esto lógicamente no produce ningún movimiento de electrones pues tanto el ánodo como el cátodo sumergidos en el ácido tiene la misma composición, para que empiece a realizarse un movimiento de electrones, primero tendremos que aplicar una corriente eléctrica. Al someter una batería a una corriente eléctrica haremos circular los electrones por su interior y esto producirá una oxidación del polo positivo recubriéndose así el plomo del mismo y consiguiendo así tener ahora dos componentes de carga eléctrica diferente. Pues ahora tenemos uno de plomo y otro de formado por el material que se adhiere debido a la corriente eléctrica en el polo positivo.

En las primeras, las pilas cuando la reacción química se termina estas quedan inservibles y en las segundas las baterías el principal problema radica en que el proceso de recarga, es lento y necesita de mucho tiempo para que las baterías vuelvan a tener carga eléctrica.

La solución presentada es la siguiente, de igual modo utilizamos un mismo componente tanto en el ánodo como en el cátodo y un oxidante como el ácido sulfúrico, lo que la diferencia de las baterías normales es que, su polo positivo es intercambiadle, con lo cual en lugar de tener que poner a cargar la batería para que luego se produzca la reacción química anterior mente descrita y esta nos de una corriente eléctrica, este material es cargado fuera de la batería y luego introducido en su interior, sustituyendo el material descargado, por el de nueva carga, ahorrándonos así el tiempo de espera para su carga eléctrica, pudiendo sustituir de manera inmediata el componente que produce la reacción eléctrica cuando sea necesario.

DESCRIPCIÓN DE LA INVENCIÓN

BATERÍA DE COMPONENTES REACTIVOS SUSTITUIBLES, que está compuesta por un material reactivo que puede ser ácido sulfúrico y un ánodo y cátodo que en principio pueden estar formados por el mismo material, que puede ser plomo o mercurio entre otros.

El polo positivo que se introduce en el ácido está fabricado de tal manera que es hueco, pudiéndose recargar desde el exterior y que en el interior de la batería se amplia formando una especie de cubo rectangular que en su parte inferior tiene una tubería de desagüe conectada. El cubo será de forma rectangular para de esta manera poner la mayor cantidad de “plomo” en contacto con el ácido produciendo así una mayor reacción, el cubo estará perforado por unos micro taladros, siendo así sus paredes porosas y permitiendo estas la entrada de ácido y el paso de corriente eléctrica, pero no permitiendo que el “plomo” se desparrame por el interior de la batería. El material tanto de todo el circuito, tanto el cubo contenedor como la tubería de salida o desagüe, deberá estar formado por un material no conductor de la corriente eléctrica y no reactivo con el ácido “sulfúrico” que puede estar formado por vidrio, o teflón entre otros.

El material con carga eléctrica se prepara y se introduce de la siguiente manera:

Pueden ser muy diversos los materiales utilizados, como ejemplo se pueden utilizar, el mercurio o el plomo, como el plomo es menos contaminante utilizaremos este para la exposición.

El plomo que forma en polo negativo está formado por una plancha como en las baterías normales y el polo positivo, que está formado por el circuito anteriormente explicado, estará formado por el cubo rectangular que será rellenado por la tubería de entrada por pequeñas bolas de plomo o por plomo líquido, este anteriormente cargado eléctricamente. En una batería de con este mismo sistema de entrada y salida del componente del polo positivo, es cargado por una corriente eléctrica, la batería que utilizamos como cargador puede ser de un gran tamaño, pues no necesitamos moverla, una ver que el material se ha cargado se extrae por la tubería de desagüe y es utilizado para cargar las baterías más pequeñas que son las que vamos a utilizar. El “plomo” cargado eléctricamente, bien en pequeñas bolas o bien en líquido, se introduce por la tubería de carga llenándose así todo el circuito y a través del cubo rectangular poniendo este en contacto con el ácido “sulfúrico” y produciéndose así la corriente.

Una vez se termina la reacción química, al descargarse la batería, se introduce nuevamente “plomo” con carga, abriendo al mismo tiempo la tubería de desagüe y así al entrar el nuevo material cargado electrónicamente se expulsa el viejo.

El viejo material es recogido y puesto de nuevo a cargar en la gran

batería que está conectada a la corriente eléctrica y que funciona como estación de recarga.

La ventaja de la utilización de estas baterías, radica, en que pueden llevar un depósito donde se introduce el “plomo” con carga y que al estar en forma líquida o de pequeñas esferas, este se puede introducir fácilmente de la misma forma que se llena el depósito de un coche de gasolina. Que de esta manera no tenemos que esperar a la recarga de las baterías pues esta es inmediata y que de esta forma se pueden utilizar vehículos eléctricos sin preocupación por tener que recargar las baterías, pues podemos recargarlas, sustituyendo sus componentes internos tan fácilmente como podemos llenar el depósito de un coche de gasolina. Con las ventajas de que el coche eléctrico no contamina y produce apenas ruidos. También pudiendo competir de esta manera los vehículos eléctricos con los de hidrógeno, pues con este sistema, no necesitamos, preocuparnos por la duración de las baterías ya que se pueden recargar en las estaciones de recarga de manera sencilla y que además estos vehículos no tienen el peligro de transportar una bombona de hidrógeno, ahorrándonos también el alto coste de una pila de hidrógeno.

REIVINDICACIONES

BATERÍA DE COMPONENTES REACTIVOS SUSTITUIBLES

batería que tiene un dispositivo que permite extraer y cambiar el elemento que forma el cátodo o ánodo.

que el material que forma el polo positivo que puede ser “plomo” está formado por pequeñas esferas para que sea más fácil introducirlo por la tubería de recarga y ser extraído por la tubería de desagüe.

que el polo positivo en el interior de la batería esta formado por un material no reactivo con el ácido “sulfúrico” que puede ser vidrio, teflón o kevlar entre otros.

que el cubo estará perforado por unos micro talados haciéndolo así poroso para permitir la reacción con el ácido.

que el material que forma el polo positivo también puede ser líquido, como mercurio para facilitar su recarga.

que el material cargado eléctricamente es reutilizable una vez descargado, volviéndose a cargar en el exterior mediante una estación

de recarga.

el ánodo o cátodo forma un circuito de entrada y salida por el interior de la batería.

que el nuevo material cargado eléctricamente se introduce a presión, haciendo así salir el material descargado eléctricamente.

el material descargado es reutilizado, extrayéndose y poniéndose nuevamente a cargar para ser utilizado nuevamente.

que estas baterías no necesitan conectarse a la corriente eléctrica para cargarse, pues se cargan de una manera parecida a la que se llena un depósito de un coche de gasolina.



Agradecimientos



ANagore, que siempre me ayuda mucho en todas mis libros, con sus revisiones y sus sinceras críticas. También quiero dar todo mi agradecimiento a Verónica y Mercedes, por darme ánimos para escribir esta novela.

Podría llenar varias páginas con los nombres de todas las personas que me apoyan, me inspiran y me ayudan a seguir escribiendo; para todos ellos mi más sincero agradecimiento.



Acerca del autor



Francisco Angulo de Lafuente es un autor español nacido en Madrid en 1976. Como apasionado del cine y la literatura de fantasía, Angulo ha sido desde hace mucho tiempo fanático de influyentes escritores como Isaac Asimov y Stephen King. Esta pasión por la ciencia ficción especulativa y la fantasía inspiró a Angulo desde muy joven a seguir su propia carrera literaria enviando relatos a concursos.

Con solo 17 años, Angulo completó su primera obra literaria importante: una colección de poemas originales. Impulsado por el deseo de publicar sus escritos, comenzó a enviar sus textos recientes a varias editoriales españolas. Lejos de desanimarse por las extremadamente negativas respuestas de los editores desdeñosos al inicio de su carrera, Angulo persistió con determinación, usando las cartas de rechazo como motivación para seguir mejorando su arte y crear nuevas obras para enviar.

En 2006, una década después de comenzar a buscar activamente la publicación, Angulo publicó de forma independiente su primera novela "La Reliquia" – un cuento de aventuras de ciencia ficción bien recibido por los lectores y que ayudó a establecer la reputación de Angulo como autor emergente. Animado por este primer éxito, luego publicó proyectos más ambiciosos a través de diferentes géneros, cimentando su versatilidad como escritor.

En 2008, Angulo publicó el ensayo de no ficción "Ecofa", relatando sus experiencias educativas trabajando en un innovador proyecto de investigación enfocado en la producción de biocombustibles a partir de residuos orgánicos. Pasando a la ficción en 2009, escribió "Kira y la tormenta de hielo" – un drama que incorpora elementos de fantasía,

misterio y romance. El 2010 resultó ser un año particularmente exigente pero productivo para la escritura de Angulo, ya que logró completar el libro científico "Eco-fuel-FA" enteramente en inglés, así como varias otras obras literarias en español.

Todavía prolífico a principios de la década de 2010, Angulo continuó publicando nueva ficción como el drama distópico "Compañía N.o 12", el macabro "Lázaro RIP 2013", la novela de invasión extraterrestre "Los Invasores La Invasión Comenzó 2014", y la novela de terror "Freak El Circo de los Horrores 2015". Su producción también se expandió para incluir más ficción histórica romántica como "Una boda gitana y funerales escoceses 2016", aventuras bélicas con "Escapando del Infierno 2017", y drama de aprendizaje en "Estrellas fugaces en el cielo del verano 2018". Demostrando notable consistencia, Angulo publicó el thriller de espionaje "Comandante Valentina Smirnova" en 2019, marcando más de una década de diversa productividad literaria.

Más allá de su carrera como escritor, Angulo ha contribuido significativamente a la investigación en el campo de las ciencias ambientales. Como director del proyecto Ecofa, fue pionero en el desarrollo de un innovador biocombustible de 2a generación derivado de bacterias capaces de descomponer sosteniblemente los residuos orgánicos. Esta experiencia científica se refleja en las notables innovaciones tecnológicas y los avances futuros especulativos referenciados en muchas de las obras de ciencia ficción de Angulo, reflejando cómo autores legendarios como Julio Verne mezclaron conocimientos tecnológicos reales e imaginación.

Con ahora más de una docena de novelas que abarcan fantasía, terror, romance, thrillers y más, Francisco Angulo ha demostrado ser un autor versátil capaz de cautivar a los lectores a través de géneros. Su perseverancia frente a los primeros rechazos y la ética de trabajo duro que le permite producir múltiples novelas complejas año tras año dan fe de la determinación y pasión de Angulo por la narración. Combinadas con sus logros científicos, estas cualidades han consolidado la reputación de Angulo en España como un hombre del Renacimiento contemporáneo y visionario especulativo que abre nuevos caminos tanto en literatura como en investigación ambiental.

Aunque Angulo sin duda ha asegurado su lugar entre los grandes de la literatura española, su espíritu independiente y adopción de nuevas tendencias digitales sugieren que su carrera no convencional y su bibliografía ecléctica continuarán evolucionando en nuevas direcciones. Pero ya sea explorando mundos de un futuro lejano o sumergiéndose en ficción histórica, la increíble imaginación y

ambición de Angulo permanecen constantes. Al igual que sus propias inspiraciones literarias de juventud, la audaz creatividad y curiosidad de Francisco Angulo ofrecen posibilidades infinitas a medida que avanza hacia el futuro, asegurando su impacto sustancial en las letras españolas para las décadas venideras.

Did you love Una Boda Gitana y un Funeral Escocés? Then you should read La Golondrina Azul - Comandante Valentina by Francisco Angulo de Lafuente!



Edición Ilustrada de la novela Comandante Valentina Smirnova.

Llega a las librerías la esperada nueva obra del consagrado autor Francisco Angulo, que con certera pluma nos transporta a la convulsa España de los años 30 con su apasionante historia de la joven piloto de caza Valentina Smirnova.

Hija de madre argentina y padre ruso, Valentina creció en las gélidas estepas siberianas, donde forjó un espíritu indómito y una sed de libertad. Tras la muerte de su madre, es acogida por su abuelo Stanislav, con quien comparte las duras tareas del campo y largas travesías de esquí que avivan su amor por la naturaleza.

Sin embargo, la irrupción de su padre alcohólico destroza sus sueños de realización personal al llevársela por la fuerza a Moscú. Allí es comprometida con el siniestro Konstantinovich Popovmakarov, hombre de poder dentro del partido comunista y mucho mayor que ella. Valentina queda bajo la férula de su malvada suegra, la temible "cuervo" Liudmila.

Desesperada, intenta suicidarse en Barcelona arrojándose al mar, pero es rescatada por el apuesto teniente Mauro Silvano, con quien surge una conexión instantánea. Tras múltiples vicisitudes, Valentina logra zafarse del matrimonio pactado y cumplir su anhelo de convertirse en aviadora de caza del Ejército Rojo, volando intrépidamente su Polikarpov en la Guerra Civil española. En un arriesgado viaje, también se reencuentra con su amado abuelo en Siberia.

En paralelo, Mauro asciende en la milicia al mando de una unidad secreta en los Pirineos. El reencuentro de estos predestinados amantes parece inevitable, mientras la vorágine bélica se expande por Europa.

Otro gran logro es la capacidad del autor para recrear una turbulenta época histórica con asombroso realismo y detalle. La Guerra Civil cobra vida en estas páginas, atrapando al lector desde la primera hasta la última página.

En definitiva, "Comandante Valentina Smirnova" se erige como una nueva obra maestra de Angulo que ya ocupa un lugar destacado en la narrativa histórica contemporánea. Con esta electrizante historia de amor, intriga y guerra, Francisco Angulo demuestra estar en la cima de sus facultades creativas. Lectura obligatoria para sus seguidores y para todos los amantes de la gran literatura.

Marie Curie aislando el radio y el polonio en su pequeño laboratorio de la calle Lhomond. Con probetas de material radiactivo en sus bolsillos. Enfrentándose a los clichés sociales de su tiempo. Se

comenta que intentaron denegarle su segundo premio Nobel, por no llevar una vida sentimental adecuada, correcta a ojos de sus contemporáneos.

Un siglo después es muy difícil si no imposible ponerse en las circunstancias de la época. Por eso lejos de cualquier etiqueta política, es de admirar el valor de mujeres que se enfrentaban al establishment. Adoctrinadas desde niñas en una cultura y sociedad machista donde lo más a lo que podían aspirar era a convertirse en la señora de un acaudalado comerciante o la consorte de un aristócrata. No soy ni siquiera capaz de imaginar dónde prende la llama interior que convierte a una niña instruida costurera, bordadora y demás labores domésticas en dirigente revolucionario o en aviador, combatiendo sobre los cielos de España en un caza Polikarpov I-16.

Read more at Francisco Angulo de Lafuente’s site.

Also by Francisco Angulo de Lafuente

Eco-fuel-FA (ECOFA) A viable solution

El Olfateador нюхальщик

Kira y la Tormenta de Hielo

Los Mejores (The Best)

То,что Вы не должны делать ,чтобы стать писателем

如果你想成为作家就 不应该做这些事

Compañía Nº12

Destino La Habana - Destination Havana

EL OLFATEADOR

La leyenda de los Tarazashi

LÁZARO RIP

Estrella fugaces en el cielo de verano

Commander Valentina Smirnova

Escapando del Infierno

Comandante Valentina Smirnova

Freak - El Circo de los Horrores

INVADERS La invasión ha comenzado

The Sniffer

Una boda gitana y un funeral escocés

Freak - The Circus of Horrors

Escaping from Hell

Shooting Stars in the Summer Sky

Cosas que no debes hacer si quieres ser escritor

Destination Havana

The Relic

Invaders the Invasion Has Begun

Lazarus - rip

Kira and the Ice Storm

The Best

The Legend of the Tarazashi

Commandante Valentina Smirnova

La Relique

Dinge die Du nicht tun solltest, wenn Du Schriftsteller werden willst

Eco-fuel-FA (ECOFA) second generation biofuel

El Olfateador

La Reliquia

Lázaro Project

A Gypsy Wedding and a Scottish Funeral

Company N12

クラゲの侵略

Choses à ne pas Faire si Vous Voulez Devenir Écrivain

Things You Shouldn't Do if You Want to Be a Writer

Coisas que não Deves Fazer se Queres ser Escritor

Cose che non Devi Fare se Vuoi Diventare uno Scrittore

Things You Shouldn't Do if You Want to Be a Writer

Rzeczy, Których nie Należy Robić, Jeśli Chcesz Zostać Pisarzem

Der Schnüffler

S'échappant de l'Enfer

Étoiles Filantes Dans le Ciel D'été

Destination La Havane

Freak - Le Cirque des Horreurs

Kira and the Ice Storm

Kira et la Tempête de Glace

L'invasion a Commencé

Andorinha Azul

O Farejador

Un Mariage Gitan et des Funérailles Écossaises

Der Blaue Schwalbe

Projet Lazare R.I.P.

Compagnie Nº12

La Golondrina Azul - Comandante Valentina

Les Meilleurs

Destino Havana

Ziel Havanna

Destinazione L'Avana

Le Renifleur

Cosas que no Debes Hacer si Quieres ser Escritor

Destino La Habana

Estrellas Fugaces en el Cielo de Verano CS

Freak

Olfateador

Una Boda Gitana y un Funeral Escocés

Watch for more at Francisco Angulo de Lafuente's site.



About the Author

Francisco Angulo Madrid, 1976

Enthusiast of fantasy cinema and literature and a lifelong fan of Isaac Asimov and Stephen King, Angulo starts his literary career by submitting short stories to different contests. At 17 he finishes his first book - a collection of poems – and tries to publish it. Far from feeling

intimidated by the discouraging responses from publishers, he decides to push ahead and tries even harder.

In 2006 he published his first novel "The Relic", a science fiction tale that was received with very positive reviews. In 2008 he presented "Ecofa" an essay on biofuels, whereAngulorecounts his experiences in the research project he works on. In 2009 he published "Kira and the Ice Storm".A difficultbut very productive year, in2010 he completed "Eco-fuel-FA",a science book in English. He also worked on several literary projects: "The Best of 2009-2010", "The Legend of Tarazashi 2009-2010", "The Sniffer 2010", "Destination Havana 2010-2011" and "Company No.12".

He currently works as director of research at the Ecofa project. Angulo is the developer of the first 2nd generation biofuel obtained from organic waste fed bacteria. He specialises in environmental issues and science-fiction novels.

His expertise in the scientific field is reflected in the innovations and technological advances he talks about in his books, almost prophesying what lies ahead, as Jules Verne didin his time.

Francisco Angulo Madrid-1976

Gran aficionado al cine y a la literatura fantástica, seguidor de Asimov y de Stephen King, Comienza su andadura literaria presentando relatos cortos a diferentes certámenes. A los 17 años termina su primer libro, un poemario que intenta publicar sin éxito. Lejos de amedrentarse ante las respuestas desalentadoras de las editoriales, decide seguir adelante, trabajando con más ahínco.

Read more at Francisco Angulo de Lafuente’s site.